

¡Adorada sea la Santa Faz de Nuestro Señor Jesucristo!

**IGLESIA CRISTIANA PALMARIANA
DE LOS CARMELITAS DE LA SANTA FAZ**

Residencia: "Finca de Nuestra Madre del Palmar Coronada", Avenida de Jerez, Nº 51,
41719 El Palmar de Troya, Sevilla, España.

Apartado de correos de Sevilla 4.058 — 41.080 Sevilla (España)

Iglesia Una, Santa, Católica, Apostólica y Palmariana



VIGÉSIMA TERCERA CARTA APOSTÓLICA

Consagración Solemne del mundo al Espíritu Santo

Nos, Pedro III, Sumo Pontífice, Vicario de Cristo, Sucesor de San Pedro, Siervo de los siervos de Dios, Patriarca del Palmar de Troya, de Glória Ecclésiæ, Heraldo del Señor Dios de los Ejércitos, Buen Pastor de las almas, Inflamado del Cielo de Elías y Defensor de los Derechos de Dios y de la Iglesia.

Amadísimos hijos: El día de Pentecostés, en la Basílica Catedralicia de Nuestra Madre del Palmar Coronada, después de la celebración de la Santa Misa, Nos, hemos pronunciado las siguientes palabras para consagrar el mundo solemnemente al Espíritu Santo:

“Nos, Pedro III, Sumo Pontífice, Vicario de Cristo, Sucesor de San Pedro, Siervo de los siervos de Dios, Patriarca del Palmar de Troya, de Glória Ecclésiæ, Heraldo del Señor Dios de los Ejércitos, Buen Pastor de las almas, Inflamado del Cielo de Elías y Defensor de los Derechos de Dios y de la Iglesia.

Nos, en unión con los Obispos de la Iglesia, Una, Santa, Católica, Apostólica y Palmariana, en el día de hoy, 15 de mayo del Glorioso Año Santo Palmariano de Nuestra Madre del Palmar Coronada 2022, y séptimo de Nuestro Pontificado, consagramos el Mundo solemnemente al Espíritu Santo, en el día de su Fiesta Principal.

El primer Pentecostés fue el Domingo 15 de mayo del año 34, en el Cenáculo de Jerusalén, en presencia de la Santísima Virgen María, los doce Apóstoles, los setenta y dos discípulos, las cuarenta piadosas mujeres o discípulas de María, y un buen número de fieles terciarios de la Orden Carmelitana. También estuvieron



presentes en tan magno acontecimiento, los Apóstoles planetarios, Elías, Enoc y Moisés, visibles a todos allí reunidos. Con el Pentecostés, todos los congregados recibieron la gracia que corresponde al Sacramento de la Confirmación, la confirmación en la Fe, el don de lenguas y múltiples dones sobrenaturales. El primer Pentecostés fue visible para muchos con Lenguas de Fuego.

Nos, tenemos el ardiente deseo de consagrar el Mundo al Espíritu Santo, y pedir el pronto segundo Pentecostés sobre los Apóstoles Palmarianos para recibir el precioso Don de la Confirmación en la Gracia, en un derroche de la Divina Misericordia.

Y ¡que los habitantes del Mundo se arrepientan, se conviertan de sus pecados y que el Espíritu Santo pueda tomar posesión de sus almas!”

Luego, arrodillados rezamos la **Consagración solemne del Mundo al Espíritu Santo:**

“¡Oh Espíritu Santo, Divinísimo Paráclito, Tercera Persona de la Santísima Trinidad, Consolador, Defensor, Maestro, Abogado y Santificador de las almas!

En este día de la festividad del Pentecostés, Nos, el Papa Pedro III, consagramos el Mundo entero solemnemente al Espíritu Santo. Lo hacemos, oh Divinísimo Paráclito, como Vicario de Jesucristo en la tierra, con Suprema Autoridad espiritual y temporal sobre todos los seres humanos viadores.

Por medio de esta Consagración, pedimos en especial a la Tercera Persona de la Santísima Trinidad la pronta venida apoteósica sobre los Apóstoles Palmarianos en el Último Pentecostés, para recibir el precioso Don de la Confirmación en la Gracia, en un derroche de la Divina Misericordia, para quedar marcados con el sello de la

impecancia, lo cual es la impecabilidad extrínseca o moral, que les preservará de cometer pecado mortal y venial, y les quedará para siempre garantizada la salvación eterna y para que a dichos Apóstoles Palmarianos les sea impresa para siempre en sus frentes la Cruz luminosa de los elegidos, que en todo momento se manifestará visible entre ellos. Dicha Confirmación en la Gracia es de mucha necesidad para el glorioso Triunfo de la Iglesia en el desierto y fortalecimiento de sus miembros, como fue en la primera venida apoteósica en el tiempo de Cristo con la Confirmación en la Fe.

Creemos que el Espíritu Santo, el Divino Paráclito, Defensor y Consolador nuestro, es la misma Gracia Santificante, el Gran Don Sobrenatural que regenera a las almas por el Sacramento del Bautismo, que habita



realmente en las almas de los justos, y las vivifica, santifica y diviniza, convirtiéndolas en templos vivos de Dios, hijos y herederos de su gloria.

Creemos que, el Espíritu Santo, es el Alma Increada de la Iglesia, el Esposo de las almas vivas de los fieles; a los que va llenando de sus dones y frutos según su correspondencia.

Creemos que el Espíritu Santo, como personificación del amor trinitario, es el impulsor de toda la obra creadora al ser ésta viva expresión del amor divino.

Creemos que el Divino Paráclito habitó en el Arca de Noé, confundió las razas y lenguas de Babel, justificó a Abrahán, nuestro padre en la Fe, fortaleció a Isaac, figura de Cristo, condujo a Jacob, símbolo de la Iglesia, enseñó a Moisés la observancia de la Ley, le hizo conductor del Pueblo de Israel, y habitó en el Arca de la Alianza.

Habló por los profetas, ungió a los reyes, embraveció a los caudillos, descendió sobre la Virgen María, se manifestó en el Jordán al ser Cristo bautizado por San Juan el Precursor, se derramó en la Sangre de la Víctima Inmolada en la Cruz, vino en llamas de fuego sobre los Apóstoles en el Cenáculo, fortaleció a los mártires de Cristo, y sigue fortaleciéndoles, continúa hablando por el Magisterio de la Iglesia; y se prodiga sobre los Apóstoles Palmarianos, que preparan los caminos del Retorno de Cristo y de su Reino Mesiánico de paz en la Tierra, sobre los que vendrá apoteósicamente en el Último Pentecostés.

¡Oh Fuego vehementísimo de Caridad! ¡Oh Dulcísima Paloma! ¡Oh Fuente de Sabiduría! ¡Oh Brisa de Consolación! ¡Oh Luz Beatísima! ¡Oh Soplo de Dios! ¡Océano infinito de claridad! ¡Desvanecedor de las tinieblas! ¡Viento impetuoso de salvación! ¡Resplandor de la gloria de Dios! ¡Oh Don Amorosísimo de las almas!

Pedimos humildemente los Siete Dones del Espíritu Santo:

Sabiduría, entendimiento, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios.

Y los Doce Frutos del Espíritu Santo:

Caridad, gozo espiritual, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, fidelidad, mansedumbre, modestia, continencia y castidad.

Finalmente, deseamos, oh Divinísimo Paráclito, que todos los hombres te reconozcan como Consolador, Defensor, Maestro, Abogado y Santificador de las almas, y se arrepientan de sus pecados para que puedas morar en sus almas limpias, convirtiéndolas en templos vivos de Dios. C/. Amén.”

Acto seguido, procedimos a la recitación de las letanías del Espíritu Santo, terminadas las cuales, Nos, rezamos el Acto de Consagración al Espíritu Santo del devocionario palmariano. Luego se cantó el himno “Adorable Amor Divino,” y dimos los correspondientes vivas al Espíritu Santo. Todos los Obispos de la Santa Iglesia Palmariana estuvieron presentes y participaron en esta Solemne Consagración, con excepción de nuestros Obispos misioneros, todos los cuales rezaron aquel día las letanías y el acto de consagración al Espíritu Santo en sus respectivas capillas.

Para que comprendáis la importancia de esta consagración, son de especial interés las siguientes palabras proféticas de Nuestro Señor Jesucristo a Santa Concepción Cabrera Arias sobre el Espíritu Santo, el segundo Pentecostés y la Era del Espíritu Santo:

“Ha llegado el tiempo de exaltar en el mundo al Espíritu Santo, alma de la Iglesia tan amada, en donde esta Persona divina se derrama en todos sus actos con profusión. Quiero que esta última etapa del mundo se consagre muy especialmente al Santo Espíritu, que no obra sino por el amor. Quiero que en estos últimos tiempos se acentúe este amor santo en todos los corazones, especialmente en el corazón del Papa y de mis sacerdotes. Todo el mundo, hasta el infiel, tiene que someterse al poder de Dios, quien es el Padre de todos los seres humanos. Vuelvo a pedir que el mundo se consagre al Espíritu Santo, a la Tercera Persona de la Trinidad que enlaza y une a la Trinidad misma. El Espíritu Santo es el alma, el gran motor divino de la Iglesia, su

energía, su corazón, su latido, porque es el amor. El amor, la caridad, se ha enfriado en el mundo, siendo esto el origen de todos los males.

Algún día no lejano, en el centro de mi Iglesia, el Papa llegará a hacer la consagración del mundo al Espíritu Santo, y las gracias especiales del Divino Espíritu se derramarán en el Papa feliz que esto haga. Hace mucho tiempo que vengo indicando este mi deseo de que se consagre el universo al Divino Espíritu para que se derrame en la tierra un segundo Pentecostés. Cuando esto llegue, la Iglesia tendrá un gran triunfo y el mundo se espiritualizará con la unción santa de pureza y de amor con que lo bañará el soplo vivificante del Espíritu. Barrerá este soplo santo todas las impurezas en los corazones, todos los errores en las inteligencias, y la faz del mundo se renovará, restaurando todas las cosas en Mí; pero sobre todas esas cosas a mis sacerdotes, que son y serán los primeros en esa restauración universal, que vendrá a glorificar en la unidad de la Iglesia a la Trinidad.



Se rendirán muchas sectas ante la unidad divina de mi Iglesia, cesarán muchos cismas; el Concilio futuro tendrá y dará frutos de vida eterna, y la Iglesia cobijará muchas naciones, extendiendo sus alas para abarcar a todo el mundo y traerlo a su seno. La redención fue una; su extensión infinita se renovará en favor de las almas por medio de Sacerdotes santos, llenos de caridad, celo y olvido propio, consagrándose a la salvación de las almas sólo para glorificar a la Trinidad. El impulso del cielo es fuerte, impetuoso, fecundo, activo, porque viene del Espíritu Santo que todo lo impulsa por ser Él la Gracia Santificante.”

Esta consagración tiene ciertas implicaciones para los hijos fieles de la Santa Iglesia Palmariana, y otras diferentes para el mundo que vive de espaldas a Dios.

San Luis María Grignon de Montfort escribe en el Tratado de la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen: “He dicho que esto acontecerá especialmente hacia el fin del mundo – y muy pronto – porque el Altísimo y su Santísima Madre han de formar grandes santos que superarán en santidad a la mayoría de los otros santos cuanto los cedros del Líbano exceden a los arbustos. Así fue revelado a un alma santa cuya vida escribió el señor de Renty.” Esta ‘alma santa’ es María des Vallées (1590-1656), profetisa de los últimos tiempos, que ofreció su vida de indecibles sufrimientos para la salvación y perseverancia de los que íbamos a vivir ahora. San Juan Eudes también escribió su vida. María des Vallées nos anuncia el juicio del mundo por el fuego; será un diluvio de fuego, precursor del diluvio de gracias del Reinado del Espíritu Santo, cuando el Espíritu del Señor llenará la redondez de la tierra: “Lo que se entiende del tiempo en el cual el Espíritu Santo pondrá el fuego del amor divino sobre toda la tierra y en que hará su diluvio. Porque hay tres diluvios, los tres son tristes, y son enviados para destruir el pecado. El primer diluvio es el del Padre



Eterno, que ha sido un diluvio de agua; el segundo es el diluvio del Hijo, que ha sido un diluvio de sangre; el tercero es el del Espíritu Santo, que será un diluvio de fuego. Mas será triste como los otros porque encontrará mucha resistencia y cantidad de madera verde que será difícil de quemar. Dos ya han pasado, pero el tercero permanece; y como los dos primeros han sido predichos largo tiempo antes de que llegaran, así el último, solo Dios conoce el tiempo.”

La primera catástrofe universal, fue el diluvio universal. El que rompió con su mano omnipotente los diques del mar y abrió las cataratas del cielo, nos lo revela en pocas palabras: “No permanecerá mi Espíritu conservador para con el hombre, pues su carne se ha corrompido.” Esto es como decir: ‘a pesar de todas mis advertencias, el hombre ha sacudido el yugo de mi espíritu, espíritu de luz y de virtud; y se ha hecho carnal, se ha entregado a la influencia del espíritu de tinieblas y malicia. El mundo sobrenatural, su propia alma, y Yo mismo, ya no somos nada para él. De su cuerpo ha hecho su dicha, se ha convertido en carnal. Esa criatura culpable y degradada es indigna del beneficio de la vida; perecerá.’ De este modo, un diluvio de pecados trajo el diluvio de agua que acabó con todos.

Olvidando la terrible lección que había recibido, el hombre se sustrajo nuevamente a la acción del Espíritu Santo. Entregado en cuerpo y alma al Espíritu maligno, ha llegado a reconocerlo casi universalmente por su rey y por su dios. Como antes del diluvio, así ahora el hombre se ha hecho carnal, y por esto vendrán los castigos, como predijo un sabio autor del siglo XIX: “Vendrá otra catástrofe, más terrible y no menos cierta que el diluvio universal, y es la ruina del mundo apóstata del Cristianismo por el diluvio de fuego que prácticamente pondrá fin a la existencia del hombre sobre el globo. Pisoteando los méritos del Calvario y los beneficios del Cenáculo, el mundo de los últimos tiempos se alzarán en plena rebelión contra el Espíritu del bien. Más esclavizado por espíritu del mal que nunca lo haya sido, se entregará con inaudito cinismo a toda suerte de

iniquidades. El número de apóstatas será tal, que la Ciudad del bien quedará casi desierta, en tanto que la del mal tomará proporciones colosales. Una vez más el hombre se hará carnal: el Espíritu del Señor se retirará para no volver, y un diluvio abrasará la tierra, mil veces más culpable, porque será mil veces más ingrata que la de los paganos y los gigantes de los tiempos del diluvio de agua.”

María des Vallées anuncia un diluvio de fuego, que es fuego del Espíritu Santo. Para la conversión general, todos los amigos de Dios a la vez se extenderán por la tierra para poner cerco a las almas. ¿Quiénes son estos amigos de Dios? Gastón de Renty refiriéndose a las palabras de María des Vallées, precisa: “Serán grandes mártires aunque los verdugos no los toquen, pero serán mártires del Amor divino. Será el Amor divino el que los martirizará. Serán quemados en el horno del Amor y serán mártires mayores que muchos de los primeros mártires que sufrieron el martirio en la esperanza de coronas y gloria, pues estos no miran la recompensa sino únicamente la gloria de Dios.” Y es la Santísima Virgen quien sostendrá las fuerzas de estos fieles en estas terribles batallas.



Para facilitar la comprensión de sus enseñanzas, Cristo le pidió a María des Vallées que usara una camisa y la mantuviera puesta durante trece semanas, hasta que estuvo sucia e infestada de alimañas. Esa camisa sucia es la condición de los hombres pecadores. Entonces, Cristo ordenó a María que quemara esta camisa manchada: ‘las llamas la destruirán, como el pecado del mundo será destruido durante la gran tribulación, por el fuego del Cielo.’

¿Qué será este diluvio de fuego? El diluvio de fuego, “es el fuego del odio al pecado, que ataca al pecado para aniquilarlo. La leña de la que se alimenta es la caridad divina; el humo, las oraciones que se hacen para su destrucción por el odio al pecado.”

Por tanto, debemos prepararnos para las grandes tribulaciones: “Nuestro Señor y la Santísima Virgen le dijeron varias veces que vendrá una gran y horrible aflicción por la cual se borrarán todos los pecados de la tierra, en comparación con la cual todas las demás aflicciones de este tiempo no son nada.”

Es necesaria la purificación por el fuego; pero es la Misericordia de Dios que está obrando. Dios quiere renovar su creación, pues es Obra de su Misericordia: “Será mi Misericordia la que ejercerá todos los castigos que entonces vendrán, pero no será conocida como tal, porque se revestirá de justicia.”

Esta Consagración del mundo al Espíritu Santo es como una invitación al Señor a realizar ya esta purificación, por lo que podemos esperar que muy pronto empiecen ya a haber grandes sufrimientos para la humanidad: hambre, enfermedades, guerras, y todo lo que sirva para destruir el pecado. Mucho más terrible que ninguna guerra mundial es la batalla espiritual y el espantoso ataque satánico contra Jesucristo y su Iglesia, que con rabia infernal trata de destruir nuestra Fe y hacer desaparecer todo lo que es de Dios, pues las huestes satánicas luchan para oscurecer las inteligencias y abusan de la ciencia para imponer el ateísmo. El Señor nos advierte de este peligro cuando dice: “No temáis a los que matan el cuerpo, y no pueden matar el alma; temed, más bien, al que os puede matar el alma con el pecado, y así arrojaros en alma y cuerpo en el infierno.”

Nos, humildemente suplicamos al Padre Eterno, que acelere la hora de la purificación del mundo y de la glorificación apoteósica de la Santa Iglesia Palmariana, por el bien de las almas. Así será el cumplimiento del Credo Palmariano: “Creo que, por la gran apostasía general de la iglesia romana, sobrevendrán la terrible Tercera Guerra Mundial y los primeros Tres Días de Tinieblas de la Era Apocalíptica; todo lo cual, será un espantoso castigo purificador, como manifestación de la justa Ira de Dios. Creo que, con esta gran purificación, será la apoteósica Aparición de la Santísima Virgen María o Gran Milagro de El Palmar de Troya, el Pentecostés sobre los Apóstoles Palmarianos, el nuevo encadenamiento de Satanás, la universal exaltación de la Santa Iglesia Palmariana, y la conquista del Sacro Imperio Palmariano Hispano o Reinado de los Sagrados Corazones de Jesús y María, llevado a cabo por la Orden de los Carmelitas de la Santa Faz o Crucíferos, capitaneados por el Papa.” Es lo que también fue anunciado en el libro del Apocalipsis, como lo explica la Santa Biblia: “En aquel majestuoso día del Gran Milagro de la aparición de la Santísima Virgen María en el



Lentisco del Monte de Cristo Rey, acontecerá el apoteósico Pentecostés sobre el Papa, los Obispos y otros Apóstoles Palmarianos; sobre cuyas cabezas serán vistas las lenguas de fuego, al mismo tiempo que sea visto el Espíritu Santo, en forma de paloma, sobre la Sagrada Cabeza de la Santísima Virgen María.”

El Sagrado Corazón de Nuestro Señor quiere la salvación de todas las almas, por lo que, en una visión, Jesús le dijo a María des Vallées que Él sacaría del abismo del pecado a todas las almas en el momento de la

conversión general. Sí, la Misericordia de Dios está obrando: en 1645 la Virgen María le anuncia: “La voluntad divina ha pronunciado sentencia de muerte contra el pecado. Todo lo que queda es ejecutarlo.” La conversión general está cerca; una hoguera universal llenará todo el universo bajo la tutela del hombre reconciliado con Dios, avivando en los corazones el Fuego del Amor divino. Y la tierra será poblada de santos. Esta regeneración será obra de los mártires y de todas las víctimas del Amor. Después de la gran tribulación, la tierra será poblada de santos. Será el Reino de Cristo Rey, el Reino de Dios.

Antes de llegar a esa dicha, la Iglesia tendrá que pasar por grandes tribulaciones, pues dijo Nuestro Señor Jesucristo en su trascendental Sermón Escatológico: “Mirad, que nadie os engañe... Cuando viereis guerras y oyereis rumores de nuevas guerras y de sediciones, no os turbéis. Porque conviene que esto suceda antes. Mas, aún no será el fin. Porque primero se levantará gente contra gente, y reino contra reino; y habrá enfermedades repugnantes y epidemias devastadoras, y terremotos por los lugares, y hambre, y cosas espantosas, y grandes señales del cielo. Y todo esto no será más que el principio de los dolores. Mas, guardaos a vosotros mismos... y después vendrá el fin, pues el mundo será purificado por el fuego... Mas, no perecerá un cabello de vuestra cabeza sin que Yo lo permita. Con vuestra paciencia y perseverancia salvaréis vuestras almas... Y se multiplicará la iniquidad, hasta el punto que desaparecerá la caridad en muchos, a causa de las grandes apostasías. Mas el que perseverare hasta el fin, éste será salvo... habrá entonces una tribulación tan grande, cual no la hubo desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá... Cuando comenzaren, pues, a cumplirse estas cosas, mirad, y levantad vuestras cabezas, porque cercano está el día en que la Tierra será purificada y renovada... cuando vosotros viereis todo esto, sabed que está cerca el Reino de Dios en la Tierra, o sea el Reino Mesiánico... Velad, pues, orando en todo tiempo.”



Cuando Cristo anunció su inminente muerte a los Apóstoles, les animó diciendo: “Porque os he dicho estas cosas, la tristeza ha ocupado vuestros corazones. Pero Yo os digo la verdad: Que conviene que Yo me vaya; porque si no me fuere, no vendrá sobre vosotros el Consolador; mas si me fuere, os lo enviaré... Vosotros estaréis tristes, mas vuestra tristeza se convertirá en gozo... y ninguno os quitará vuestro gozo.” Así también sucede en estos tiempos, y aunque es triste pensar en los inminentes sufrimientos de la humanidad, todo eso es necesario para que el mundo sea purificado y pueda venir el glorioso reinado del Espíritu Santo.

Para muchos cristianos el Espíritu Santo ha sido un desconocido. El Señor reveló a Santa Conchita Cabrera Arias de Armida la identidad personal del Espíritu Santo en el seno de la Trinidad donde Él es el Amor, y su misión en la tierra: conducir a las almas al hogar del Amor; de aquí la necesidad del reinado del Espíritu Santo y la urgencia de una renovación de su culto. La frase capital nos recuerda que “su misión en el cielo, su Vida, su Ser: es el Amor.” Tocamos aquí la raíz de todo, su función propia dentro, ‘ad intra’. Su misión ‘ad extra’, hacia afuera del misterio trinitario refleja las propiedades del amor. “Existe un tesoro escondido, una riqueza que no ha sido explotada ni se aprecia en su verdadero valor, siendo que es lo más grande del cielo y de la tierra: el Espíritu Santo. No, ni el mundo de las almas lo conoce debidamente. Él es la luz de las inteligencias y el fuego de los corazones; y si hay tibieza, y si hay frialdad y debilidad, y tantos males que aquejan al mundo espiritual, es porque no se acude al Espíritu Santo... Su misión en el cielo, su vida, su Ser, es el Amor; y en la tierra, llevar a las almas a ese centro del amor que es Dios. Con Él se tiene cuanto se puede apetecer, y si hay tristeza es porque no se acude al divino Consolador, que es el gozo completo del espíritu; si hay flaqueza es porque no se acude a la fortaleza invencible; si hay errores es porque se desprecia al que es la luz; si se extingue la fe es porque falta el Espíritu Santo. No, no se le da el culto que se le debiera dar en cada corazón, en la Iglesia entera, al Espíritu Santo; y la mayor parte de los males por los que se llora en la Iglesia y en el campo de las almas es porque no se le da toda la primacía que Yo le di a este Santo Espíritu, a esa tercera Persona de la Trinidad, que tuvo parte tan activa en la Encarnación del Verbo y en el establecimiento de la Iglesia. Se le ama con tibieza, se le invoca sin fervor y en muchos corazones, aun de los míos, ni siquiera se le recuerda, y esto lastima muy hondamente a mi Corazón.” En el año 1911, decía el Señor como conmovido: “Es tiempo ya de que el Espíritu Santo reine, y no allá lejos, como una cosa altísima, aunque lo es; y no hay cosa más grande que Él, porque es Dios, conjunto y consubstancial con el Padre y con el Verbo, sino acá cerca, en cada alma y corazón, en todas las arterias de mi Iglesia. El día que circule por cada Pastor, por cada sacerdote, como sangre, así de íntimo, el Espíritu Santo, se renovarán las virtudes teologales, que languidecen aun en los que sirven a mi Iglesia, por la falta del Espíritu Santo. Entonces cambiará el mundo, pues todos los males que en él se lamentan hoy tienen por causa el alejamiento del Espíritu Santo, su remedio único... Que reaccionen mis ministros en la Iglesia por medio del Espíritu Santo y todo el mundo de las almas será divinizado. Él es el eje en donde todas

las virtudes giran, y no hay virtud verdadera sin el Espíritu Santo. El impulso celestial para levantar a mi Iglesia de la postración en que yace está en que se active el culto al Espíritu Santo, en que se le dé su lugar, es decir, el primer lugar en las inteligencias y en las voluntades. Nadie será pobre con esta riqueza celestial, y el Padre y el Verbo que soy Yo deseamos la renovación palpitante, vivificante de su reinado en la Iglesia.” –“Señor, pero si en la Iglesia sí reina el Espíritu Santo, ¿por qué te quejas?” “¡Ay de ella si no fuera así! Él es el Alma de esa



Iglesia tan amada. Pero de lo que me quejo es de que no se dan cuenta muchos de ese favor celestial, no le dan toda la importancia que se debe, lo hacen rutina; y languideciendo su devoción en los corazones, es muy tibia, es secundaria, y esto trae males sin cuento, tanto a la Iglesia como a las almas en general. Por esto las Obras de la Cruz vienen a renovar su devoción y a extenderla por toda la tierra. Que impere en las almas este Santo Espíritu, y el Verbo será conocido y honrado, tomando la Cruz un impulso nuevo en las almas, espiritualizadas por el divino amor. A medida que el Espíritu Santo reine, se irá destruyendo el sensualismo que hoy inunda la tierra; y nunca enraizará la Cruz si antes no prepara el terreno el Espíritu Santo... Uno de los principales frutos de la encarnación mística es el reinado del Espíritu Santo que debe consumir el materialismo.”

El Espíritu Santo está muy cerca de las almas. El Espíritu Santo habita en lo más profundo de las almas. En realidad toda la Trinidad habita en nosotros: “Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él.” Todos los bautizados, todos los que poseen la gracia, son templos del Espíritu Santo. “Creen las almas muy lejos al Espíritu Santo, muy elevado y por encima, y es, por decirlo así, la Persona divina más asistente con la criatura. La sigue a todas partes, la impregna de sí mismo, la llama, la cuida, la cobija, la hace su templo vivo, la defiende, la ayuda, la ampara del enemigo, y más cerca está que ella misma. Todo lo bueno que el alma ejecuta es por su inspiración, por su luz, por su gracia y auxilio, ¡Y no se le invoca y no se le nombra, ni se le agradece la acción tan profunda e inmediata con cada alma! Si llamas al Padre, si lo amas, es por el Espíritu Santo. Si te enamoras de Mí, si me conoces, si me sirves, si me copias, si te unes a mis quereres y a mi Corazón, es por el Espíritu Santo. Se le considera intangible, y lo es, pero no hay sin embargo cosa más sensitiva, más cerca y al alcance de la criatura en su miseria que la altura más grande, que el Espíritu Santísimo que se refleja y es una misma santidad y poder con el Padre y con el Hijo. Y los siglos han pasado siendo Él siempre el principio de todas las cosas, el sello sagrado de las almas, el carácter del Sacerdote, la luz de la fe, el que infunde todas las virtudes, el riego que fecundiza el campo de la Iglesia, y sin embargo ni se le estima, ni se le conoce, ni se le agradece su influencia siempre santificadora. Si hay ingratitud para Mí en el mundo, más la hay para con el



Espíritu Santo. Por esto, al acabarse los tiempos quiero que se extienda su gloria. Uno de los dolores más crueles para mi Corazón fue el de la ingratitud en todos los tiempos; el de la idolatría, entonces adorando ídolos, y hoy adorándose los hombres a sí mismos y a las criaturas, es decir, el alejamiento del Espíritu Santo. En estos últimos tiempos la sensualidad ha puesto su trono en el mundo, esa vida de los sentidos que ofusca y apaga la luz de la fe en las almas. Y por eso más que nunca se necesita que el Espíritu Santo venga a destruir y a aniquilar a Satanás que en esta forma se va introduciendo hasta en la Iglesia.” (Enero de 1915).

Un Nuevo Pentecostés. “Al enviar al mundo un como segundo Pentecostés quiero que arda, quiero que se limpie, ilumine e incendie y purifique con la luz y el fuego del Espíritu Santo. La última etapa del mundo debe señalarse muy especialmente por la efusión de este Santo Espíritu. Él quiere reinar en los corazones y en el mundo entero; más que para su gloria, para hacer amar al Padre y dar testimonio de Mí, aunque su gloria es la de toda la Trinidad.” (1916). “Dile al Papa que es mi voluntad que en todo el mundo cristiano se clame al Espíritu Santo implorando la paz y su reinado en los corazones. Sólo este Santo Espíritu puede renovar la faz de la tierra, y traerá la luz, la unión y la claridad a los corazones. El mundo se hunde porque se ha alejado del Espíritu Santo, y todos los males que le aquejan tienen su origen en esto. Ahí está el remedio porque Él es el Consolador, el autor de toda gracia, el lazo de unión entre el Padre y el Hijo, y el Conciliador por excelencia porque es caridad, es el Amor increado y eterno. Que a ese Santo Espíritu acuda todo el mundo, pues ha llegado el tiempo de su reinado y esta última etapa del mundo a Él le pertenece muy especialmente para ser honrado y exaltado. Que la Iglesia lo pregone, que las almas lo amen, que el mundo entero se le consagre y vendrá la paz, juntamente con una reacción moral y espiritual más grande que el mal que a la tierra aqueja. Que a la mayor brevedad se proceda a llamar con oraciones, penitencias, y lágrimas a este

Santo Espíritu, suspirando por su venida. Y vendrá; Yo lo enviaré otra vez de una manera patente en sus efectos, que asombrará e impulsará a la Iglesia a grandes triunfos.” (1918). “Pide esta reacción, este ‘nuevo Pentecostés’, que mi Iglesia necesita: sacerdotes santos por el Espíritu Santo. El mundo se hunde porque faltan sacerdotes de fe que lo saquen del abismo en que se encuentra; sacerdotes de luz para iluminar los caminos del bien; sacerdotes puros para sacar del fango a tantos corazones; sacerdotes de fuego que llenen de amor divino al universo entero. Pide, clama al cielo, ofrece al Verbo para que todas las cosas se restauren en Mí por el Espíritu Santo.” (1927).



“Quiero volver al mundo en mis sacerdotes: quiero renovar al mundo de las almas manifestándome Yo mismo en mis sacerdotes: quiero dar un poderoso impulso a mi Iglesia infundiéndole como un ‘nuevo Pentecostés’, el Espíritu Santo en mis sacerdotes... Para alcanzar lo que pido deben todos los sacerdotes hacer una consagración al Espíritu Santo, pidiéndole, por intercesión de María, que venga a ellos como en un ‘nuevo Pentecostés’, y que los purifique, los enamore, los posea, los unifique, los santifique y los transforme en Mí...” “Algún día, y no lejano, en el centro de mi Iglesia... se llegará a hacer la consagración del mundo al Espíritu Santo, y las gracias especiales de este divino Espíritu se derramarán en el Papa feliz que esto haga... Hace mucho tiempo que vengo indicando este mi deseo de que se consagre el universo al Divino Espíritu para que se derrame en la tierra como un ‘segundo Pentecostés’.” (1928).

El Señor no cesaba de repetir a Santa Conchita: “No quiero que te derrames en el exterior de las criaturas, no; tu misión es otra, a la cual debes corresponder fidelísimamente. No más conversaciones ni pensamientos vanos, tu vida debe estar encerrada en el santuario de tu alma, todo interior, porque ahí reside el Espíritu Santo... Dentro de ese santuario debes vivir y morir. Ahí tus delicias, tus consuelos, tu descanso, no lo busques en otra parte porque no lo encontrarías, puesto que para él te crié muy especialmente. Entra pues hoy dentro de tu alma, dentro de esas regiones desconocidas para muchos y en donde está la felicidad que soy Yo; entra para no salir jamás. Allá te conducirá un camino: el de la modestia, recogimiento y silencio; no existe otro... Enciértrate en ese claustro interior del que tantas veces te he hablado y ofrecido; que María será tu Maestra... Ahí encontrarás al que es todo pureza y sentirás el ensanchamiento de esta virtud en toda su plenitud. Ahí alcanzarás la santidad con la pureza del alma. Ahí te esperan los dones y frutos del Espíritu Santo para santificarte y dar por tu medio gloria a Dios. Ahí tomará tu alma alas y fuerzas



para hundirte en aquella inmensidad de Dios que algo conoces. Un campo muy vasto de virtudes te espera ahí para que las practiques y entiendas, crucificándote. Ahí está tu claustro... tu perfección religiosa; no basta encerrar el cuerpo para ser religiosa... El encierro interior es el esencial para la santificación del alma que quiere ser mía... no debes salir nunca de ese santuario interior, aun en medio de tus obligaciones exteriores. Este continuo recogimiento interno se te facilitará a medida que lo practiques, y la presencia de Dios que esto produce te ayudará grandemente para tu santificación... ¿Quieres la perfección para acercarte a Mí? Pues aquí tienes el camino práctico para alcanzarla. El alma limpia y recogida vive en Mí y Yo en ella; pero no en el ruido y la vanidad, sino en la soledad interior y en el sacrificio de su propio desprecio. Acá está, en este santuario que nadie ve, la verdadera virtud y por tanto la mirada de Dios y la morada del Espíritu Santo.”

En los Mensajes del Palmar el Señor muchas veces habló de esta futura venida del Espíritu Santo:

El día 22 de julio de 1972, Nuestro Señor Jesucristo: “Tanto en la Iglesia como en la humanidad, muchos de sus miembros se mofan de mis palabras. Pero estas palabras se cumplirán, más tarde o más temprano, según la condición a la oración y a la penitencia. Mis palabras se cumplirán; y esta mi querida Iglesia, que está sufriendo la Pasión, a imitación mía, ha de llegar hasta el Calvario y pasar por la Crucifixión para luego resucitar gloriosa y formar parte del Reino de Paz, con mi Segundo Advenimiento, en la era del Espíritu Santo. Estad alerta a los próximos acontecimientos, ¡muy alerta!, porque han de ser grandes, y grandes signos han de haber, signos palpables. ¡Andad con cuidado!... ¡Sed firmes! firmeza en la Fe, hoy que está tan tambaleada. ¡Santa energía!”

El día 2 de abril de 1973. El vidente tuvo terrible visión y exclamaba: ‘¡Fuego abrasador por todas partes! ¡No permitas, Señor, que se abra la tierra! ¡Cómo se traga a los habitantes!’ Nuestro Señor Jesucristo le habla: “Pero aparece la Gran Señora, vestida de Sol, coronada de doce estrellas y la media luna a sus pies. Y he ahí la esperanza para remediar los males de estos tiempos: la Aparición Universal de la Gran Señora que pronto, la

Gran Señora, ha de aplastar la cabeza de la serpiente. Entonces habrá una gran división, grande y patente. Los hijos de la Gran Señora y los hijos de Satán, la luz y las tinieblas. Una guerra sin cuartel y una lucha abierta entre el dragón y la Gran Señora. Y todos mis enemigos serán puestos como escabel de mis Pies. Pero antes ha de verse el triunfo de la Gran Señora. Y ninguno os apuréis ni andéis turbados, aun en medio de la persecución. Porque llegará el día de los grandes mártires de los Últimos Tiempos; y esos serán los hijos de la Gran Señora, y Ella dará el aliento y será la confusión de sus enemigos. ¡Alegraos, alegraos por el tiempo que se acerca! El Reino de mi Paz está para llegar. El triunfo de Cristo está pronto: la Era del Espíritu Santo. Mas para llegar vivos a ese Reino, hay que pasar por una purificación con que el Padre acrisolará la tierra. Benditos los que tomen parte en esos martirios como mártires. Benditos de ellos, porque me verán por toda la Eternidad. Si verdaderamente supieran lo que significa ese Reino de Paz, estarían siempre diciendo: ¡Ven, Señor Jesús! ¡Ven, Señor Jesús! ¡Ven, Señor Jesús! Ese día de mi Gloriosa Venida, llegará. Será el acontecimiento más glorioso que se habrá dado sobre la tierra. Para unos tendré Rostro de Padre; para otros Rostro de Juez. Para unos será una alegría infinita el contemplar mi Rostro lleno de Misericordia y Majestad. Y, para otros, será horrible y terrible ver mi Rostro lleno de Ira: La Ira del Señor que reclama los mártires... Pronto, muy pronto, habrá grandes acontecimientos, unos buenos y otros malos. Ninguno se acobarde. Ninguno diga: ‘Yo no podré soportar los martirios.’ Nadie, por muy valiente que sea, puede soportarlo si no es por el auxilio divino. Los mártires han llenado de confusión a sus verdugos, al ver cómo se ofrecían a Dios en medio del dolor. He ahí las maravillas de Dios. La sabiduría está en entregarse totalmente a Dios, en ponerse en sus Manos.”

El día 27 de mayo de 1977, Nuestro Señor Jesucristo: “Es necesario que sepáis que aún no ha llegado el día del prometido Pentecostés. Aún no es el momento... Será más adelante, después que hayáis sufrido más, después que hayáis hecho más penitencia durante un largo tiempo; después que hayáis sido más perseguidos; entonces será cuando descienda el Espíritu Santo sobre vosotros.”

El día 9 de septiembre de 1975, Nuestro Señor Jesucristo: “Recogeos profundamente que, el Espíritu Santo, va a descender y os perfeccionará de vuestras debilidades, de vuestros defectos. ¡Que el Espíritu Santo habite en vosotros! Y que tengáis presente que habita, pero lo echáis muchas veces de vuestro corazón... El Espíritu Santo os ayudará y os perfeccionará. Pero, ¡invocadle con mucha frecuencia! ¡Que el Espíritu Santo habite en vosotros, que os ayude, que os inspire a hacer el bien y rechazar el mal! ¡Qué poco se invoca al Espíritu Santo! Diríase que es la Persona olvidada de la Santísima Trinidad. El Espíritu Santo, el Espíritu de Dios. Profesad gran devoción al Espíritu Santo, y cambiaréis. Y, ¿sabéis un secreto? ¿Cómo alcanzar la devoción al Espíritu Santo? Teniendo una intensísima devoción a María, la Esposa Purísima del Espíritu Santo. Quien tiene devoción a esa Purísima Esposa del Espíritu Santo, la tendrá al Esposo. Con razón hay lugares que llaman a la



Santísima Virgen la Paloma, la Blanca Paloma, el Rocío. Todo eso quiere decir: Esposa del Espíritu Santo. La Paloma Inmaculada, la Paloma Purísima, María. Si María está con vosotros, porque la invocáis, rápidamente llega el Esposo Amado, el Divino Espíritu, y desciende sobre vosotros.”

El día 10 de enero de 1976, el Señor: “Cuando un día, el Espíritu Santo descienda sobre este Sagrado Lugar, en forma visible, al igual que los primeros Apóstoles, y salgáis por el mundo... ¡Cuántas maravillas veréis! Os asombraréis. El Espíritu Santo descenderá a toda la grey de El Palmar. Sólo se puede comparar a la de los Apóstoles.”

Día 28 de enero de 1977, el Señor: “Hijos de mi Sagrado Corazón, no olvidéis que está prometida sobre vosotros la venida del Espíritu Santo. Mas, Yo os pregunto: ¿Cómo recibieron los Apóstoles el Divino Espíritu? Yo os respondo: En oración y penitencia y en perfecta hermandad y caridad. Si camináis con santa obediencia hacia vuestro Padre General y hacéis oración y penitencia con amor y, además, brilla la caridad entre vosotros, entonces el Espíritu Santo vendrá pronto, muy pronto sobre vosotros.”

Día 3 de febrero de 1977, la Santísima Virgen María: “Un día el mundo hablará de vosotros con gran admiración y veneración. El gran Pentecostés de los tiempos apocalípticos se aproxima. Ese día está muy cerca. Cuando llegue ese nuevo Pentecostés, asombraréis al mundo. ¡Cuántos planes tiene Dios para vosotros! Sois mis Apóstoles, los famosos Apóstoles Marianos de los Últimos Tiempos, de los que hablaba San Luis María Grignón de Montfort.”

Día 4 de febrero de 1977, Nuestro Señor Jesucristo: “¡Oh! Mi amadísima Orden de los Carmelitas de la Santa Faz, ¡cuánto os quiero! Y porque os quiero, os doy penitencia y sacrificio, para que alcancéis estos tronos que os preparo. Además, ya os he dicho que el Espíritu Santo vendrá pronto, muy pronto, sobre vosotros. Vosotros sois los encargados de preparar la Era del Espíritu Santo; cuya Era es el cumplimiento del segundo y

eterno Testamento. Porque, no hay tres Testamentos, como dicen los errados. Es el segundo Testamento en su plenitud, en su culmen. ¡Oh! Amadísimos hijos: Se aproxima la Era del Espíritu Santo. El reinado de paz. He ahí por qué os pido tanta penitencia y tantos sacrificios.”

Día 4 de febrero de 1977, la Santísima Virgen María: “Mis queridos hijos: He aquí vuestra Divina Pastora, que os apacienta, que os pastorea, que os cubre con mi Santo Manto. ¡Oh! Los Carmelitas de la Santa Faz, mis



Apóstoles, ¡cuánto espera el Señor de vosotros! Y cuando el Espíritu Santo descienda sobre vosotros, ¡cuántas maravillas haréis en el nombre del Señor, para la conversión de muchos pecadores, para restablecer el orden, restablecer la santa tradición! El Espíritu Santo obrará grandes maravillas en vosotros, para el bien de la Iglesia y del mundo. ¡Oh!, mis queridos hijitos, mis Apóstoles preferidos, mis Carmelitas de la Santa Faz, la Orden que tanto amo, que tanto mimo y que tanto protejo. ¡Cuántos Ángeles os custodian y os dan fuerza, para que caminéis seguros en medio de la vida de mortificación, de la vida de entrega total a Cristo en cuerpo y alma! ¡Vosotros, que renunciáis al mundo y a sus placeres, vosotros que estáis siempre dispuestos al pie del Altar! ¡Oh! mis queridos hijos: ¡Cuánto os amo! Y porque os amo tanto, estoy rogando intensamente a la Augusta Trinidad, para que el Espíritu Santo descienda pronto sobre vosotros, que os dará los dones necesarios para el gran apostolado de los Últimos Tiempos, de estos Tiempos

Apocalípticos. Tanto mi Divino Hijo, como Yo, durante estos días, os estamos llevando por el camino de la Santa Obediencia y Penitencia, para que os ejercitéis en el servicio del gran Ejército Mariano de estos Tiempos Apocalípticos. Por eso os transmito que, desde ahora, todos los miembros de la Comunidad de los Carmelitas de la Santa Faz, tanto Obispos, como Presbíteros, tendréis una cuarta Misa; y ésta es especialmente al Espíritu Santo, para pedir que descienda cuanto antes sobre vosotros, por el bien de la Iglesia. Y esta Misa ha de ser siempre en honor al Espíritu Santo; lo que quiere decir: Misa del Espíritu Santo. No os importe el sacrificio. Yo os daré fuerzas para resistir, Yo os daré devoción, si confiáis en Mí y acudís a Mí. Esta cuarta Misa, que cada miembro celebra todos los días, es para que el Espíritu Santo descienda pronto, muy pronto sobre vosotros. La Era del Espíritu Santo se aproxima. Pero, es necesaria esta cuarta Misa; porque el Santo Sacrificio del Altar es la oración más grande que podéis ofrecer a Dios. Ya que es el ofrecimiento de la Víctima Propiciatoria, Cristo Jesús. Y vosotros tenéis ese poder, porque sois Sacerdotes, y Sacerdotes Eternos, según el Orden de Melquisedec. ¿Quién podrá contra vosotros, después de celebrar diariamente cuatro Misas? Que vais a estar en el Altar más tiempo que en ninguna otra parte. Y que, además, vais a tener a Jesús con gran frecuencia dentro de vosotros, para que Él os guíe en todo momento.”



Para los miembros de la Santa Iglesia Palmariana, esta solemne consagración al Espíritu Santo es un beneficio que exige nuestra correspondencia. Leed con atención el acto de consagración en el devocionario palmariano, y veréis que estamos pidiendo unas gracias que requieren nuestra colaboración para que sean eficaces: “¡Oh, Espíritu Santo, Fuente de Sabiduría y Amor! Te consagramos para siempre nuestra alma, nuestro corazón y todo nuestro ser. Haz que en todo momento sigamos tus divinas y suavísimas inspiraciones, para que acatemos más fielmente las enseñanzas de la Santa Iglesia Palmariana, Nuestra Madre, de la cual eres el Alma Increada. Convierte nuestro corazón en hoguera inextinguible de Amor Divino, y somete nuestra voluntad a la Tuya, a fin de que nuestra vida sea

fiel reflejo de la de Jesucristo. Recibe, ¡oh Divinísimo Paráclito!, la consagración perfecta y absoluta que Te hacemos de todo lo que es nuestro, para que de ahora en adelante Te dignes ser en cada instante de nuestra vida y en cada una de nuestras acciones, el Director, la Luz, el Guía, la Fuerza y el Amor de nuestros corazones. ¡Oh Fuego vehementísimo de Caridad!, nos abandonamos, sin reserva, a tus divinas operaciones, para que siempre dóciles a ellas, seamos vivificados por tus excelsos Dones y saciados de tus sobrenaturales Frutos...”

Aunque en un tiempo nos hayamos dejado dominar miserablemente por nuestras pasiones y hayamos arrojado a Dios de nuestras almas; ahora pidámosle que Él solo reine en ellas; cuando mande le obedeceremos. Digamos con Santa Teresa: “Oh amante que me amáis más de lo que yo puedo comprender; haced que mi alma os sirva más al gusto vuestro que al mío. Muera en mí este yo, y viva en mí otro que yo. Viva Él y que me dé la vida. Reine Él y sea yo esclava, pues mi alma no desea otra libertad.” Feliz aquella alma que en verdad puede decir: ‘Vos sois mi único Rey, mi único bien y mi único amor,’ por tener docilidad a las inspiraciones del Espíritu Santo y dejarse guiar por Él.

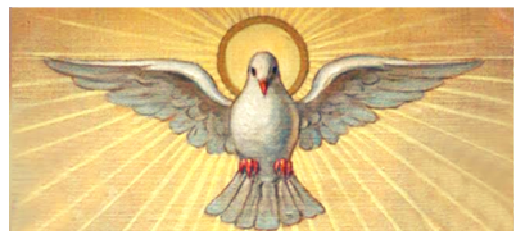
Ciertamente estamos pidiéndole mucho cuando decimos: “haz que en todo momento sigamos tus divinas y suavísimas inspiraciones..., y somete nuestra voluntad a la Tuya, a fin de que nuestra vida sea fiel reflejo de la de Jesucristo,” porque esto implica abandonar enteramente nuestros gustos y querer para cumplir sólo la voluntad del Espíritu Santo, tanto en nuestras obras como en los pensamientos, y esto es algo propio de los auténticos santos. Aunque pedimos algo extraordinario, pidámoslo con confianza, animados por San Luis María Grignón que profetizó que “al final de los tiempos, y quizás más pronto de lo que se piensa, Dios suscitará grandes hombres, llenos del Espíritu Santo y del espíritu de María. Hombres por medio de los cuales esta excelsa Soberana llevará a feliz término empresas maravillosas para destruir el pecado y establecer el reino de Jesucristo sobre el del mundo corrompido. Estos santos personajes alcanzarán un éxito total por medio de esta consagración a la Santísima Virgen, que sólo describo a grandes rasgos, empequeñeciéndola con mis limitaciones... María ha colaborado con el Espíritu Santo en la obra de los siglos, es decir, la Encarnación del Verbo de Dios. En consecuencia, Ella realizará también los mayores portentos de los Últimos Tiempos: la



formación y educación de los grandes santos, que vivirán hacia el final de los tiempos, están reservadas a Ella, porque sólo esta Virgen singular y milagrosa puede realizar, en unión del Espíritu Santo, las cosas excelentes y extraordinarias.”

Si queremos que el Espíritu Santo actúe en nuestras almas, tenemos que practicar la verdadera devoción a María Santísima: “Cuanto más encuentra en un alma a María, su querida e indisoluble Esposa, tanto más poderoso y dinámico se muestra el Espíritu Santo para producir a Jesucristo en esa alma y a ésta en Jesucristo. María y el Espíritu Santo continúan actuando en colaboración y prolongan en la historia la obra de la Encarnación, produciendo a Jesús en las almas, y perpetuando así el misterio de la Encarnación. El Espíritu Santo produce en María y por María a Jesucristo y a sus miembros. ¡Misterio de la gracia desconocido aun por los más sabios y espirituales entre los cristianos!... Cuando el Espíritu Santo, su Esposo, la encuentra en un alma, vuela y entra en esa alma en plenitud, y se le comunica tanto más abundantemente cuanto más sitio hace el alma a su Esposa. Una de las razones de que el Espíritu Santo no realice ahora maravillas portentosas en las almas es que no encuentra en ellas una unión suficientemente estrecha con su fiel e indisoluble Esposa... Creo personalmente que nadie puede llegar a una íntima unión con Nuestro Señor y a una fidelidad perfecta al Espíritu Santo sin una unión muy estrecha con la Santísima Virgen y una verdadera dependencia de su socorro... Quien desee tener en sí la operación del Espíritu Santo, debe tener a su Esposa fiel e inseparable, la excelsa María.”

“El Espíritu Santo se desposó con María, y en Ella, por Ella y de Ella produjo a Jesucristo, su obra maestra, el Verbo Divino Encarnado. Dado que ese desposorio es indisoluble, continúa produciendo todos los días a los elegidos en Ella y por Ella, de manera real, aunque misteriosa... María es el molde maravilloso de Dios, hecho por el Espíritu Santo para formar a la perfección a un Hombre-Dios por la Encarnación y para hacer al hombre partícipe de la naturaleza divina mediante la gracia.”



“¿Cuándo llegará ese tiempo dichoso en que la excelsa María sea establecida como Señora y Soberana en los corazones, para someterlos plenamente al imperio de su excelso y único Jesús? ¿Cuándo respirarán las almas a María como los cuerpos respiran el aire? Cosas maravillosas sucederán entonces en la tierra, donde el Espíritu Santo, al encontrar a su querida Esposa como reproducida en

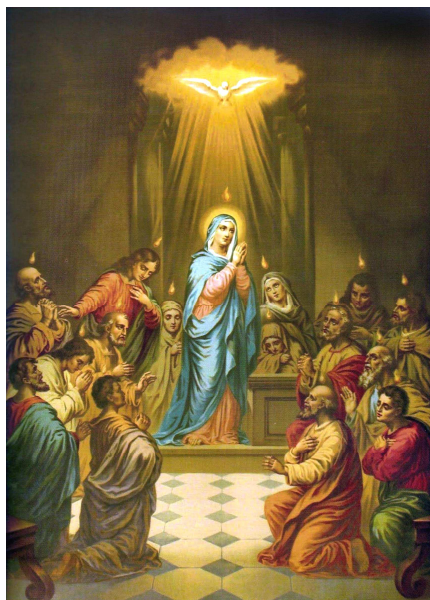
las almas, vendrá a ellas con la abundancia de sus dones y las llenará de gracia. ¿Cuándo llegará, hermano mío, ese tiempo dichoso, ese siglo de María, en el que muchas almas escogidas y obtenidas del Altísimo por María, perdiéndose ellas mismas en el abismo de su interior, se transformen en copias vivientes de la Santísima Virgen para amar y glorificar a Jesucristo? Ese tiempo sólo llegará cuando se conozca y viva la devoción que yo enseño: ‘¡Señor, para que venga tu reino, venga el reino de María!’”

En el acto de Consagración, pedimos al Divinísimo Paráclito que se digne “ser en cada instante de nuestra vida y en cada una de nuestras acciones, el Director, la Luz, el Guía, la Fuerza y el Amor de nuestros corazones.” Si realmente queremos obtener esta dirección del Espíritu Santo, tenemos que poner los medios, como explica el ‘dócil Instrumento del Espíritu Santo’ San Luis Lallemand, y reconocer que esta entrega al Espíritu Santo es la plenitud de la verdadera devoción a María Santísima:

Primero tenemos que obedecer fielmente la voluntad de Dios hasta donde la conocemos; mucho de ello está oculto para nosotros, porque estamos llenos de ignorancia; pero Dios nos exigirá cuenta sólo del conocimiento que nos ha dado; aprovechémoslo, y Él nos dará más. Cumplamos sus designios en la medida en que Él nos los

ha dado a conocer, y Él nos los manifestará más plenamente. Es preciso renovar a menudo el buen propósito de seguir en todo la voluntad de Dios, y fortalecernos en esta determinación tanto como sea posible. Hay que pedir continuamente al Espíritu Santo esta luz y esta fuerza para hacer la voluntad de Dios, para uniros a Él y seguir siendo sus prisioneros.

Sobre todo, en todo cambio importante de circunstancias, debemos rogar a Dios que nos conceda la iluminación del Espíritu Santo, y declarar sinceramente que no deseamos nada más, sino sólo hacer su voluntad. Después de lo cual, si Él no nos imparte nueva luz, podemos actuar como hasta ahora hemos estado acostumbrados a actuar, y como nos parezca mejor por el momento. Por eso, al comienzo de asuntos



importantes, se debe invocar la asistencia del Espíritu Santo. La perfección e incluso la salvación dependen de la docilidad a la gracia.

El fin al que debemos aspirar, después de habernos ejercitado durante mucho tiempo en la pureza de corazón, es ser poseídos y gobernados de tal manera por el Espíritu Santo que sólo Él dirija todas nuestras potencias y todos nuestros sentidos, y regule todas nuestras movimientos, interiores y exteriores, mientras nosotros, por nuestra parte, hacemos una entrega completa de nosotros mismos, por una renuncia espiritual de nuestra propia voluntad y nuestra propia satisfacción. Así ya no viviremos en nosotros mismos, sino en Jesucristo, por una fiel correspondencia con las operaciones de su Espíritu Divino, y por una sujeción perfecta de todas nuestras inclinaciones rebeldes al poder de su gracia. Seguid la atracción interior del Espíritu Santo y dejaos guiar por su dirección.

Pocas personas alcanzan las gracias que Dios les ha destinado, o, cuando las han perdido, logran después reparar la pérdida. A la mayoría les falta el valor necesario para vencerse a sí mismos, y la fidelidad para negociar con ventaja en los dones de Dios. Seamos fieles en cooperar con las gracias que

Dios nos ofrece, y Él no dejará de conducirnos al cumplimiento de sus designios.

Es cierto que nuestra salvación en la vida religiosa depende de nuestra correspondencia interior con la orientación del Espíritu de Dios. Si no seguimos a nuestro Señor con una fidelidad perfecta, estamos en gran peligro de perdernos, y es imposible decir qué daño podemos hacer a la Iglesia. ¡Considera cuántos pequeños apegos tenemos a los pecados veniales! ¡Cuántas imperfecciones! ¡Cuántos designios y deseos que no están sujetos a los movimientos de la gracia! ¡Cuántos pensamientos inútiles nos dan vueltas todos los días en la mente, sin contar los pensamientos de amargura y de disgusto! Esto impide más de lo que podemos decir el establecimiento del reino de Dios dentro de nosotros, y es un perjuicio infinito para nuestro prójimo; porque nuestro Señor nos ha hecho sus Ministros de Estado, y nos ha confiado su sangre, sus méritos, su doctrina, los tesoros de sus gracias; oficio que, elevándonos por encima de la naturaleza angélica, exige de nosotros en su ejercicio la fidelidad más perfecta de que somos capaces. Y, sin embargo, es asombroso ver con qué negligencia e infidelidad lo ejecutamos.

Pero lo peor de todo, es la oposición que hacemos a los designios de Dios, y la resistencia que ofrecemos a sus inspiraciones; porque o no las queremos oír, o las rechazamos cuando las hemos oído, o, cuando las hemos recibido, las impedimos y debilitamos con mil imperfecciones de apego a las criaturas, autocomplacencia y autosatisfacción. Así que nuestro mayor cuidado debe ser prestar mucha atención a las inspiraciones divinas, y ser fielmente exactos en la correspondencia a las gracias que se nos ofrecen.

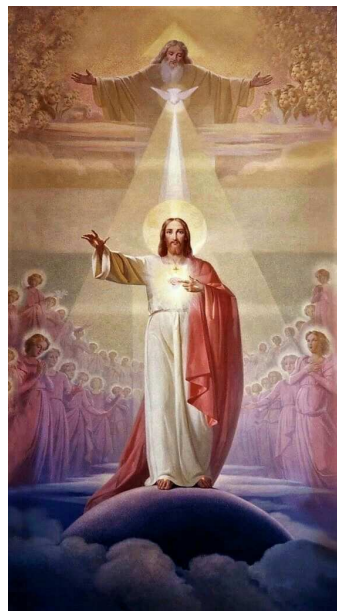
Sucede a veces que después de recibir alguna buena inspiración de Dios, nos vemos inmediatamente asaltados por repugnancias, dudas, perplejidades y dificultades, que proceden de nuestro propio interior corrupto, y de nuestras pasiones, que se oponen a la inspiración divina. Si la recibiéramos con toda sumisión del corazón, nos llenaría de esa paz y consuelo que el Espíritu de Dios trae consigo y que comunica a las almas en las que no encuentra resistencia. Debemos aspirar a purificar completamente nuestra alma, y seguir continuamente la orientación del Espíritu Santo. Las luces de la gracia vienen a nosotros por grados según nuestra disposición interior, y se van también de la misma manera, dejándonos en tinieblas.

Hay pocas almas perfectas, porque son pocas las que siguen la dirección del Espíritu Santo. La razón por la que tardamos tanto en llegar a la perfección, o nunca la alcanzamos, es que en casi todo nos guiamos por la naturaleza y los puntos de vista humanos. Seguimos muy poco, si es que lo hacemos, la orientación del Espíritu Santo, a quien corresponde iluminar, dirigir y animar.

Podemos decir con verdad que son muy pocos los que perseveran constantemente en los caminos de Dios. Muchos se alejan de ellos perpetuamente; el Espíritu Santo los llama por sus inspiraciones; pero como son

intratables, llenos de sí mismos, apegados a sus propias opiniones, hinchados con su propia sabiduría, no se dejan guiar fácilmente. Entran raras veces en el camino de los designios de Dios, y no se detienen en él, volviendo a sus propias invenciones e ideas que los engañan y desvían. De este modo, avanzan muy poco y son sorprendidos por la muerte, habiendo dado solo veinte pasos donde podrían haber dado diez mil, si se hubieran abandonado a la dirección del Espíritu Santo.

En cambio, las personas verdaderamente interiores, que se dejan guiar por la luz del Espíritu de Dios, a la que se han dispuesto con pureza de corazón, y al que siguen con perfecta sumisión, marchan a paso de gigante y vuelan, por así decirlo, en los caminos de la gracia. Lo mismo dijo San Luis María: “Se adelanta más en poco tiempo de sumisión y obediencia a María que en años enteros de hacer nuestra propia voluntad y apoyarnos en nosotros mismos. Porque el hombre obediente y sumiso a María cantará victorias señaladas sobre todos sus enemigos. Estos, ciertamente, querrán impedirle que avance, hacerle retroceder o caer, pero, – con el apoyo, auxilio y dirección de María, sin caer, retroceder ni detenerse – avanzará a pasos agigantados hacia Jesucristo por el mismo camino por el cual está escrito que Jesús vino a nosotros a pasos de gigante y en corto tiempo.”



Tenemos que reconocer la excelencia de la gracia y la injusticia de la oposición que le ofrecemos. Toda inspiración debemos recibirla como palabra de Dios, procedente de su sabiduría, de su misericordia, de su infinita bondad, y capaz de obrar en nosotros efectos maravillosos, si no ponemos obstáculo en su camino.

Si pudiéramos ver de qué manera las inspiraciones de Dios son recibidas en nuestras almas, percibiríamos que quedan, por así decirlo, en la superficie, sin profundizar más; la oposición que encuentran en nosotros les impide causar la debida impresión. Y esto viene de que no nos entregamos lo suficiente al Espíritu Santo, y no servimos a Dios con una perfecta plenitud de corazón. Las almas que están poseídas de Dios son penetradas suavemente por sus inspiraciones, que las llenan de esa paz maravillosa que siempre acompaña al Espíritu de Dios.

Uno de nuestros mayores males es que somos tan sensuales, y tan complacidos con las cosas exteriores, las estimamos y admiramos, que no tenemos gusto sino en lo que llama la atención y halaga nuestros sentidos. ¡Qué gran locura! Somos insensibles a las inspiraciones de Dios, porque son espirituales, e infinitamente elevadas por encima de los sentidos. No les hacemos caso; preferimos antes que ellas nuestros talentos naturales, las ocupaciones de distinción, la estima de los hombres, nuestras propias pequeñas comodidades y satisfacciones. Monstruosa ilusión, de la cual muchos se desengañan sólo en la hora de la muerte.

Sabiendo que tenemos necesidad del Espíritu Santo y de su asistencia, no le quitamos la dirección de nuestra alma ni usurpemos sus derechos y su oficio; porque sólo a Él le corresponde guiar las almas. Lo íntimo de nuestra alma está destinado sólo a Dios, y hacemos mal cuando llenamos el alma de criaturas y, en lugar de ensancharla por la presencia de Dios, la estrechamos ocupándola con unas pocas miserables naderías. Esto es lo que nos impide alcanzar la perfección. Todos los objetos que se nos presentan desde fuera son tentaciones a pecado; riquezas, honores, placeres, todo está lleno de trampas.

El Espíritu Santo da testimonio interiormente a las almas fervientes y fieles, de lo que son para Dios y lo que Dios es para ellas; y este testimonio disipa su miedo y forma su consuelo.



El Espíritu Santo ejerce el oficio de consolador de las almas fieles. El Espíritu Santo nos consuela en las tentaciones del demonio, y en las contradicciones y angustias de esta vida. La unción que derrama en las almas las anima, las fortalece, las ayuda a ganar la victoria; endulza sus tribulaciones y les hace encontrar su deleite en las cruces.

Sintiendo cada uno en sí este vacío como infinito que todos tenemos, y que todas las criaturas no pueden llenar, que no puede ser llenado sino por gozar de la posesión de Dios, estas pobres almas, mientras están separadas de Él, languidecen y sufren un martirio prolongado, que les sería intolerable sin los consuelos que el Espíritu Santo les da de vez en cuando. Una sola gota de estos divinos consuelos puede efectuar más que todos los placeres del mundo juntos. Estos últimos no pueden satisfacer el corazón.

“La habitabilidad de los siete dones o carismas ordinarios del Espíritu Santo en el alma en estado de Gracia, es el mismo y único Espíritu Santo, el

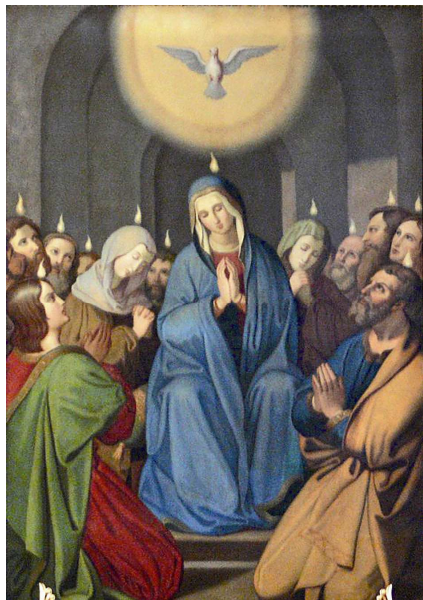
Gran Don Sobrenatural, Alma Increada de la Iglesia, septipresente o sublime Volcán encendido en erupción, según la correspondencia a la Gracia por medio de la práctica de las virtudes.” Los Dones del Espíritu Santo son siete maneras distintas y ordinarias de operar el Espíritu Santo en el alma en estado de Gracia. El Espíritu Santo opera, mediante sus siete Dones infusos, con mayor o menor eficacia, según la mayor o menor correspondencia del alma a las gracias recibidas. Los Dones actúan para fortalecer las potencias naturales y hacerlas sensibles a los movimientos de su Espíritu divino y capaces de ejercer aquellos actos de virtud, los más difíciles y los más nobles, que se llaman heroicos. Hay siete dones del Espíritu Santo; el don de sabiduría, que es el primero en dignidad, y los dones de entendimiento, ciencia, consejo, piedad, fortaleza y temor de Dios.

Los dones no subsisten en el alma sin la caridad, y a medida que aumente la caridad, aumentan también. Por eso es que son tan raros, y que nunca alcanzan un alto grado de excelencia sin una caridad ferviente y perfecta; los pecados veniales y las más pequeñas imperfecciones los mantienen como atados, impidiéndoles actuar.

Es por los dones del Espíritu Santo que los Santos logran al fin liberarse de la esclavitud de las criaturas. Nosotros, que todavía no participamos tan abundantemente de los dones del Espíritu Santo, debemos trabajar y esforzarnos en la práctica de la virtud. Somos como los que abren camino a fuerza de remar contra viento y marea; llegará un día, si Dios quiere, en que, habiendo recibido los dones del Espíritu Santo, navegaremos a toda vela delante del viento; porque es el Espíritu Santo quien por sus dones dispone el alma a entregarse fácilmente a sus inspiraciones divinas. Con la ayuda de los dones del Espíritu Santo, los Santos alcanzan tal altura de perfección, que pueden realizar sin trabajo cosas que los demás ni imaginamos; el Espíritu Santo allana todas sus dificultades y los capacita para superar cada obstáculo.

En la niñez no conocemos a Dios, ni la inmortalidad de nuestra alma, ni la eternidad de las recompensas y los castigos. Por la razón podemos aprender algo de estas verdades; por la fe las conocemos con certeza; por los dones del Espíritu Santo las tocamos y gustamos, pero todavía indistintamente. Después de la muerte las veremos, por así decirlo, sin velo. En el cielo o en el infierno tendremos una clara evidencia de ellas, una experiencia completa para siempre. ¡Ay, en qué nos divertimos, y qué placer podemos tener en las cosas de la tierra!

¿De dónde viene que los dones del Espíritu Santo produzcan tan poco efecto en las almas? ¿Por qué la generalidad de los devotos, que llevan una vida tibia, realizan tan pocos actos de los dones del Espíritu Santo, ya que, como están en estado de gracia, los poseen? La respuesta es que esto procede de tenerlos como atados por hábitos y afectos contrarios, y que los numerosos pecados veniales que cometen todos los días excluyen aquellas gracias que son necesarias para producir actos de los dones del Espíritu Santo. Dios les niega el



socorro de sus gracias, porque prevé que si se las concediera en su actual disposición, de nada les servirían, estando su voluntad atada con mil cadenas que les impedirían dar su consentimiento.

Cuando hemos vivido mucho tiempo en tal tibieza, haciendo al mismo tiempo, sin embargo, muchas buenas obras, la manera de escapar de ella es cultivar la pureza de corazón; este es el camino más seguro. Aquí no hay trampas del demonio, porque es imposible que él incite a las almas a purificarse.

Apliquémonos con empeño y sin interrupción a este santo ejercicio, con voluntad determinada a no negarle a Dios nada de lo que nos pide para conducirnos a una perfección superior; así seremos liberados de esas cadenas que hacen inútiles los preciosos dones del Espíritu Santo dentro de nosotros, y nos veremos enriquecidos con su plenitud.

Es asombroso ver a estos devotos que nada ostentan de los dones del Espíritu Santo en sus acciones y en su conducta; su vida es enteramente natural; cuando son censurados o despreciados, muestran su resentimiento por ello; exhiben tanto afán por las alabanzas, la estima y los aplausos del mundo; se complacen tanto en ellos, y aman tanto su propia comodidad, y la buscan con tanto cuidado, como todo lo que halaga el amor propio. Los pecados veniales, al oponerse al fervor de la caridad, impiden, por consiguiente, la operación de los dones del Espíritu Santo.

Si estos devotos cultivasen la pureza de corazón, aumentaría cada vez más en ellos el fervor de la caridad y resplandecerían en toda su conducta los dones del Espíritu Santo. Pero mientras vivan así, sin recogimiento ni atención a su propio interior, dejándose llevar por la corriente de sus propias inclinaciones, evitando sólo los pecados más graves y descuidando las cosas pequeñas, estos dones nunca serán muy manifiestos en ellos. ‘Es

inimaginable,' dice San Lorenzo Justiniano, 'cómo nuestro corazón se llena de pecados a menos que tengamos cuidado de estar limpiándolo continuamente.'

La razón por la cual estamos tan poco iluminados por las luces del Espíritu Santo, y tan poco guiados por los movimientos de sus dones, es que nuestra alma es sensual, y llena de una multitud de pensamientos, deseos y afectos terrenales, que apagan en nosotros el Espíritu de Dios. Son pocos los que se entregan totalmente a Dios y se abandonan a la dirección del Espíritu Santo, para que sólo Él viva en ellos y sea el principio de todas sus acciones.



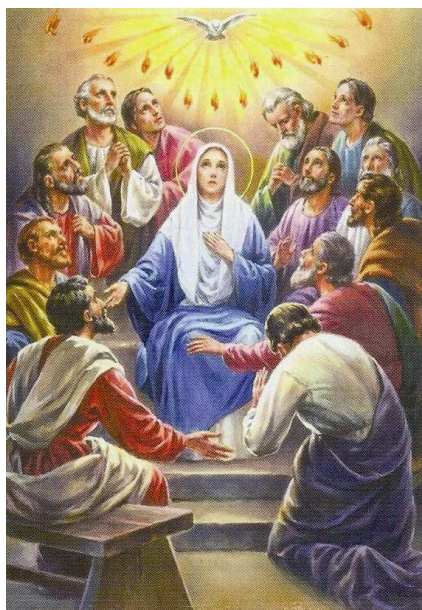
Como todos los que están en estado de gracia poseen los dones del Espíritu Santo, a veces hacen actos de los mismos; pero es sólo, por así decirlo, de paso, y tan rápidamente que apenas se dan cuenta de ellos. Así permanecen siempre en el mismo estado, sin participar de la generosidad espléndida del Espíritu Santo, debido a la oposición que Él encuentra en ellos.

El don de la sabiduría es un conocimiento de Dios, sus atributos y misterios, que está lleno de sabor. La sabiduría nos representa a Dios, su grandeza, su belleza, sus perfecciones, como infinitamente adorable y digno de amor; y de este conocimiento resulta un gusto delicioso, y es mayor o menor según el estado de perfección y pureza a que ha llegado el alma. San Francisco de Asís estaba tan lleno de este gusto de sabiduría, que al pronunciar el nombre de Dios o el nombre de Jesús, experimentaba en su boca y en sus labios un sabor mil veces más dulce que la miel y el azúcar. Al principio, las cosas divinas son insípidas, y con dificultad podemos saborearlas, pero con el tiempo se vuelven dulces y llenas de un sabor tan delicioso, que las saboreamos con placer, hasta el punto de no sentir nada más que repugnancia por todo lo demás. En cambio, las cosas de la tierra, que halagan los sentidos, son al principio agradables y deliciosas, pero al final sólo encontramos en ellas amargura.

La sabiduría es el amor por la virtud; es un gusto por el bien: cuando entra en un alma, vence la malicia que allí encuentra, y expulsa el gusto por el mal que la malicia había introducido en ella, llenando el alma del sabor del bien que siempre trae consigo. Apenas admitida, purifica el entendimiento, rectifica el gusto corrompido del corazón y devuelve al alma la perfecta salud.

La sabiduría lo refiere todo al fin último. Por el contrario, la necedad toma como su fin, su primer principio, ya sea el honor, o el placer, o algún otro bien temporal, sin tener gusto por nada más y, refiriéndolo a él todo, buscando y valorando sólo eso, desprecia todo lo demás. El mundo está lleno de este tipo de locura, y el sabio Salomón declara que "el número de los necios es incalculable."

Examinemos nuestros gustos y disgustos, ya sea con respecto a Dios y las cosas divinas, o con respecto a las criaturas y las cosas de la tierra. Este tipo de examen es un medio excelente para adquirir pureza de corazón. Debemos familiarizarnos con la práctica, examinando nuestros gustos y disgustos frecuentemente durante el día, y tratando poco a poco de referirlos a Dios.



Hay tres clases de sabiduría condenadas en las Escrituras, que son otras tantas verdaderas locuras. *Terrena*, sabiduría terrenal, cuando un hombre no tiene más gusto que las riquezas; *carnal*, sabiduría sensual, cuando no tiene más gusto que los placeres corporales; *diabólica*, sabiduría diabólica, cuando no tiene más gusto que su propia superioridad.

Hay una locura que es la verdadera sabiduría ante Dios. Amar la pobreza, el desprecio, las cruces, las persecuciones; esto es ser un necio según la estima del mundo. Y, sin embargo, la sabiduría, que es un don del Espíritu Santo, no es otra cosa que esta misma locura que sólo gusta de lo que se deleitaban Nuestro Señor y los Santos.

Ahora bien, Jesucristo, en todo lo que hizo suyo durante su vida mortal, como la pobreza, la ignominia, la cruz, dejó un olor fragante, un sabor delicioso; pero pocas almas tienen los sentidos suficientemente purificados para percibir este olor y gustar este sabor, que son del todo sobrenaturales. Los Santos han corrido tras el olor de estos ungüentos, como un San Ignacio, que se deleitaba en verse burlado; un San Francisco, que amaba tan apasionadamente la abyección, que realizaba acciones con el fin de ponerse en ridículo; un Santo Domingo, que se alegró más en Carcasona, donde fue generalmente insultado, que en Toulouse, donde fue honrado por todo el mundo; un San Juan de la Cruz que pedía al Señor "padecer y ser despreciado por Ti". A este olor y sabor se

refería Santa Teresita cuando repetía: “Atráeme, y, al olor de tus aromas, correré en pos de Ti con mi cortejo de almas fieles.”

¡Cuán diferentes son los juicios de Dios de los juicios de los hombres! La sabiduría divina es una necedad en el juicio de los hombres, y la sabiduría humana es una necedad en el juicio de Dios. Nos corresponde a nosotros ver con cuál de estos dos juicios nos conformamos. Uno u otro debemos tomar como regla de nuestras acciones. Si tenemos gusto por las alabanzas y los honores, somos necios; y cuanto más gusto tenemos por ser estimados y honrados, más necios somos. Así como, por el contrario, cuanto más amor tenemos por la humillación y la cruz, más sabios somos. El conocimiento que recibimos del Espíritu Santo nos enseña a reconocer nuestras faltas y la vanidad de las cosas terrenas, y nos muestra que no debemos esperar de las criaturas más que miseria y desconsuelo.

Así, la guía más segura es la que nos da el Espíritu Santo mediante el don del consejo, (y no debemos seguir ninguna otra), porque al seguirla estamos seguros de estar caminando en el camino de Dios y su divina providencia. Una persona está llena del Espíritu de Dios cuando Él mora en ella de tal manera que le permite realizar todos los deberes de su estado. No es presunción aspirar a la perfección del propio estado y a la realización de los designios de Dios en toda la extensión de la propia vocación.

Por la mañana debemos suplicar la asistencia del Espíritu Santo para todas las acciones del día, reconociendo humildemente nuestra ignorancia y debilidad, y declarando que seguiremos su orientación con una sumisión total y completa de mente y corazón. Luego, al comienzo de cada acción, debemos volver a pedir la luz del



Espíritu Santo para realizarla bien, y al terminar, pedir perdón por las faltas que hayamos cometido mientras la realizamos. Por este medio nos mantenemos todo el día en un estado de dependencia de Dios. Una vez tomada nuestra resolución conforme a la luz del Espíritu Santo, debemos proceder prontamente a su ejecución por el movimiento del mismo Espíritu, porque si nos demoramos, las circunstancias cambian y las oportunidades se pierden.

Del don de la piedad. La piedad es esa disposición tierna y amorosa del corazón que nos lleva a honrar y servir a Dios, y hasta en nuestros parientes y amigos. La piedad tiene un amplio alcance en el ejercicio de la justicia cristiana; alcanza no sólo a Dios, sino también a todo lo que se refiere a Él: como la Sagrada Escritura, que contiene su palabra; los bienaventurados, que lo poseen en la gloria; las almas que sufren en el purgatorio, y los que aún viven en la tierra.

Nos da el espíritu de niño hacia nuestros superiores, el espíritu de padre hacia nuestros inferiores, el espíritu de hermano hacia nuestros iguales, entrañas de compasión por los que están en necesidad y dificultad, y una tierna disposición para socorrerlos.

Este es el principio de esa dulce atracción que los atrae hacia Dios, y de esa presteza que los hace correr en el camino de su servicio. Esto es lo que les hace afligirse con los afligidos, llorar con los que lloran, regocijarse con los de corazón alegre, soportar sin irritación las debilidades de los débiles y las faltas de los imperfectos, y hacerse todo para todos.

El vicio que se opone al don de la piedad es la dureza de corazón, que brota de un amor mal regulado hacia nosotros mismos; porque este amor nos hace naturalmente sensibles sólo a nuestros propios intereses, de modo que nada nos afecta sino en referencia a nosotros mismos. Contemplamos las ofensas cometidas contra Dios sin lágrimas, y las miserias de nuestro prójimo sin compasión; no estamos dispuestos a incomodarnos para complacer a los demás; no podemos tolerar sus faltas; los insultamos por el más mínimo motivo, y albergamos en nuestros corazones sentimientos de amargura y resentimiento, odio y antipatía contra ellos. Por otra parte, cuanto más caridad o amor de Dios posee un alma, más sensible es a los intereses de Dios y del prójimo.

Un alma que no puede llorar sus pecados, al menos con lágrimas del corazón, o está llena de impiedad o llena de impureza, o lo uno y lo otro, como ocurre generalmente con los que tienen el corazón endurecido.

Del don de la fortaleza. La fortaleza es una virtud que nos fortalece contra el miedo y el temor de las dificultades, peligros y fatigas que se presentan en la ejecución de nuestras empresas. Este don es sumamente necesario en ciertas ocasiones, cuando nos sentimos asaltados por tentaciones apremiantes, a las cuales debemos resistir y resolver perder nuestros bienes, nuestro honor o nuestra vida. Es entonces cuando el Espíritu Santo asiste poderosamente con su consejo y su fuerza al alma fiel, que desconfiando de sí misma y convencida de su propia debilidad y nulidad, implora su socorro y pone en Él toda su confianza. En tales ocasiones, las gracias ordinarias no son suficientes.

La oportunidad de tener una muerte noble es tan preciosa, que ningún sabio debe perderla cuando se le ofrece. Debemos estar convencidos de que por este solo acto de generosidad cristiana, podemos ganar tanto mérito a la vista de Dios como deberíamos durante el resto de nuestra vida, si se prolongara más. Ahora bien, hay varias maneras de morir noblemente: primero, morir por la caridad cristiana, o al servicio de aquellos que están afectados por una enfermedad pestilente; otro sería morir en defensa de la fe, o morir en una misión extranjera, ya sea por mano de incrédulos, o por trabajo excesivo, o algún accidente incurrido en el ejercicio del celo apostólico; otra manera sería dar la vida por su rebaño, como hacen los preladados, pastores y superiores, o la madre que expone su vida para que nazca un hijo. La virtud de aquellos que así exponen sus vidas atrae indecibles gracias a todos los demás miembros de la Iglesia.

El don de la fortaleza se da principalmente para fortalecer la mente, de la cual destierra todos los miedos humanos, impartiendo a la voluntad y al apetito una firmeza divina que vuelve intrépida al alma. Es este espíritu el que ha hecho que los santos no teman ningún peligro cuando se trata de ejecutar los designios de Dios y promover su gloria. San Francisco Javier, animado por este espíritu, desafió a ejércitos enteros de enemigos incrédulos, tempestades, naufragios, muerte, como lo demostró maravillosamente en su viaje a Japón, que hizo en un mísero velero de un pirata, un idólatra y un adorador del diablo, que se le apareció más de una vez para aterrorizarlo, amenazándolo con que sentiría los efectos de su venganza; pero el Santo se reía de sus amenazas con escarnio, estando toda su confianza puesta en Dios. En una de sus cartas escribe que “el remedio más seguro en tales circunstancias es no temer nada, poniendo nuestra confianza en Dios;” y que “el mayor mal que nos puede sobrevenir es tener miedo de los enemigos de Dios cuando estamos defendiendo la causa de Dios.” Debemos, pues, ser valientes y sin miedo en el servicio de Dios, para que podamos avanzar en la perfección y llegar a ser capaces de hacer grandes cosas.



El vicio que se opone al don de la fortaleza es la timidez o miedo humano, y cierta cobardía natural que procede del amor a la propia superioridad y afición a las propias comodidades, que nos estorban en nuestras empresas y nos hacen huir de la vista de la humillación y del sufrimiento.

Un devoto se resuelve a hablar de cosas espirituales, a observar con exactitud las normas de la Iglesia, a practicar alguna virtud; y sin embargo, si se encuentra con tales o cuales personas, no tiene valor para cumplir su buena resolución, aunque bien sabe que después lamentará mucho haber fracasado en ello. Por un lado está nuestra obligación y la causa de Dios, y por el otro la gratificación de tal o cual persona y el temor de desagradarle. Sopesamos estas dos consideraciones, y la última prevalece. ¡Qué infidelidad! ¡Qué cobardía! Y esto es lo que hacemos todos los días. Nada señala más seguramente nuestra falta de virtud y el dominio que el respeto humano ejerce sobre nosotros. Por eso Dios nos deja solos y nos retira sus gracias, y entonces caemos insensiblemente en miserables faltas.

Así como el don de consejo acompaña al de fortaleza y lo dirige, llevándonos a emprender grandes cosas, así también la prudencia humana y la timidez se hacen compañía, apoyándose recíprocamente y sugiriendo razones en la auto-justificación.



Los que sólo se guían por la prudencia humana son tímidos sin medida. Mil aprensiones nos estorban a cada momento, y nos impiden avanzar en el camino de Dios y hacer el mucho bien que haríamos si siguiéramos la luz del don de consejo y tuviéramos el valor que brota del don de fortaleza; pero nos dejamos llevar por opiniones humanas y todo nos espanta.

Quien está animado por la fuerza del Espíritu Santo tiene un deseo insaciable de hacer y sufrir grandes cosas: “Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia.” Los frutos que responden a este don son la longanimidad y la paciencia: el primero permitiéndonos no cansarnos ni fatigarnos en emprender o hacer el bien; el segundo, no cansarse ni inquietarse de sufrir el mal.

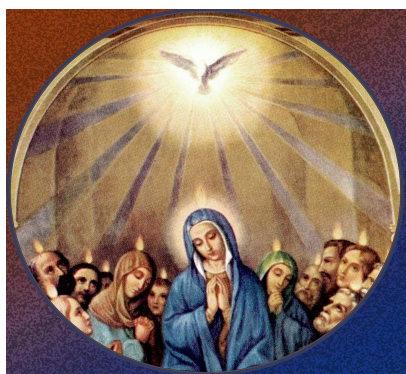
El don del temor de Dios es una disposición habitual que el Espíritu Santo comunica al alma para mantenerla en estado de reverencia ante la majestad de Dios, y de dependencia y sumisión a su voluntad, haciéndola huir de todo lo que puede desagradarle. Este don es el fundamento y la base de todos los demás, porque el primer paso en el camino de Dios es la evitación del mal, que pertenece a este don. Es a través del temor que alcanzamos el sublime don de la sabiduría. Comenzamos a gustar a Dios cuando comenzamos a temerle, y la

sabiduría a su vez perfecciona el temor. Es el sabor de Dios lo que hace que el temor de Dios sea amoroso, puro y desprendido de todo interés propio.

Los efectos de este don son impartir al alma, primero, una continua reserva, un santo temblor, un profundo anonadamiento ante Dios; en segundo lugar, un horror extremo a las más mínimas ofensas contra Él, y una resolución constante de evitar todas las ocasiones de desagradarle; en tercer lugar, una confesión humilde cuando hemos caído en alguna falta; en cuarto lugar, un atento cuidado en impedir las inclinaciones irregulares del apetito, y frecuente auto-observación, para investigar el estado de nuestro interior, y ver lo que pasa allí contrario a la perfecta fidelidad en el servicio de Dios. Dios es digno de ser servido con esta perfecta fidelidad; con este fin nos ofrece su gracia, y debemos cooperar con ella.

Nunca alcanzaremos la perfecta pureza interior hasta que vigilemos todos los movimientos de nuestro corazón y todos nuestros pensamientos, procurando que casi nada se nos escape de lo que no podamos dar cuenta a Dios, y que no tienda a su gloria; de modo que en el espacio de ocho días, por ejemplo, debemos realizar muy pocas acciones exteriores o actos interiores de los cuales la gracia no sea el principio; y si se dan algunas excepciones, sean debidas simplemente a la sorpresa, y no duren más que unos instantes, estando nuestra voluntad tan unida a Dios, que las reprime en el instante en que las ve.

Una de las mayores gracias que Dios nos concede en esta vida, y que más debemos implorarle, es la de velar tanto por nuestro corazón, que el menor movimiento irregular no surja en él secretamente sin que lo percibamos e inmediatamente corregirlo; porque todos los días somos traicionados en una multitud de tales impulsos que



escapan a nuestra observación. Tan pronto como percibimos que hemos cometido un pecado, debemos arrepentirnos inmediatamente y hacer un acto de contrición, por temor a que tal pecado impida las gracias posteriores; y éste será seguramente el resultado, si no hacemos penitencia por ello.

Se suele decir que un pensamiento ocioso, una palabra descuidada, una acción realizada sin intención directa, es un asunto menor. Esto sería cierto si estuviéramos en un estado puramente natural; pero suponiendo que somos resucitados, como de hecho lo somos, a un estado sobrenatural, que ha sido comprado para nosotros por la Sangre Preciosa del Hijo de Dios; suponiendo que de cada momento de nuestra vida dependa una eternidad, y que la menor de nuestras acciones merezca la posesión o la privación de una gloria que, siendo eterna en su duración, es en cierto modo infinita, es necesario confesar que todos los días, por nuestra negligencia y por nuestra cobardía, incurrimos en pérdidas inconcebibles por falta de una permanente conversión del corazón a Dios. Convenzámonos, de una vez por todas, de que las acciones exteriores a las que dedicamos toda nuestra atención no son más que el cuerpo, y que la intención y el interior constituyen el alma.

San Efrén, en su juventud, siendo encarcelado por algún supuesto delito, se quejó ante Dios, y presentándole su inocencia, pareció reprochar a la Providencia por haberlo descuidado. Se le apareció un ángel que se dirigió a él así: “¿Recuerdas el mal que hiciste un día a cierto pobre campesino al apedrear su vaca hasta matarla? ¿Qué penitencia has hecho, o qué satisfacción has hecho? Dios te libraré de la cárcel, pero no será hasta después de quince días. Y además, no eres el único tratado así por Dios. Ciertas personas, que están aquí confinadas contigo, son inocentes de los delitos que se les imputan; pero han cometido otros que la justicia humana ignora, pero que la justicia divina castigará. Los jueces los condenarán por los delitos de que hayan sido acusados falsamente; y Dios permitirá que sean ejecutados, en castigo por transgresiones secretas conocidas sólo por Él.”

Los juicios de Dios son terribles: habiéndonos llamado a una perfección superior, y habiéndonos esperado mucho tiempo, cuando ve que le resistimos, nos niega las gracias que tenía preparadas para nosotros, nos priva de las que nos había dado, y algunas veces nos saca de esta vida por una muerte prematura, para que no terminemos cayendo en un mal aún mayor. Esto es lo que les sucede a menudo a los devotos que viven en la tibieza y la negligencia.

Los frutos del Espíritu Santo propios de este don del temor de Dios son los de la modestia, la continencia y la castidad. La primera, porque nada conduce más a la modestia que esa reverencia amorosa hacia Dios que inspira el espíritu de temor filial; las otras dos, porque restringiendo o moderando el uso de las comodidades de la vida y los placeres de los sentidos, contribuyen junto con el don del temor a refrenar la concupiscencia.

Los frutos del Espíritu Santo no son otra cosa que virtudes infusas, cuando llegamos a ejercerlas no sólo sin dolor ni repugnancia, sino con gozo y placer.

De los frutos de la caridad, el gozo espiritual y la paz. La caridad es la primera en el orden de los frutos del Espíritu Santo, porque es la que más se parece al Espíritu Santo, que Él mismo es el amor, y por consiguiente

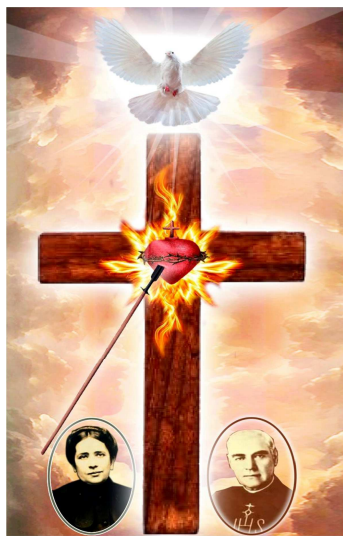
nos acerca más a la felicidad verdadera y eterna, y nos da un gozo espiritual sumamente sólido, una paz sumamente profunda.

Primero, porque participar de la santidad de Dios es participar de lo que es, por así decirlo, lo más esencial en Él. Los otros atributos de Dios, como conocimiento, poder, pueden ser comunicados de tal manera que sean naturales a los hombres; la santidad por sí sola nunca puede ser natural para ellos.

La santidad y la felicidad son como dos hermanas inseparables, y Dios se comunica y se une sólo a las almas santas. Así, la medida más pequeña de santidad, o la acción más pequeña que aumenta la santidad, debe preferirse a cetros y coronas. De donde se sigue que, al perder cada día oportunidades de hacer tantas acciones sobrenaturales, incurramos en pérdidas de felicidad inconcebibles en extensión y casi irreparables. No podemos encontrar en las criaturas el gozo espiritual y la paz, que son frutos del Espíritu Santo, porque sólo la posesión de Dios puede fortalecernos contra los problemas y los temores.

El que posee a Dios no se preocupa por nada, porque Dios es todo para él, y todo lo demás es nada para él. Ningún bien creado puede satisfacernos o contentarnos plenamente. Es la paz la que hace reinar a Dios en el alma, y le da toda la soberanía sobre ella. Por la Gracia Santificante, que es el Espíritu Santo, Dios se forma a Sí mismo una ciudadela en el alma.

Se nos enseña que nuestro Señor es tanto Dios como hombre, y lo creemos. Si de ahí se saca la conclusión



de que debemos amarlo sobre todas las cosas, visitarlo a menudo en la Sagrada Eucaristía, prepararnos para recibirlo y hacer de todo esto nuestro primer deber y ocupación, entonces dudamos y nuestra voluntad, en la práctica, resiste a la creencia del entendimiento. Si cediera a ella, nuestra fe en los misterios de nuestro Señor aumentaría cada día. Pero sofocamos con nuestros vicios este piadoso afecto, tan necesario para llegar a la perfección de la fe. Si tuviéramos una buena voluntad verdaderamente entregada a Dios, deberíamos tener una fe penetrante y perfecta.

Nuestra mente es ligera e inquieta, revoloteando por todos lados, parlotando sin cesar. La modestia la frena, la modera y asienta el alma en una paz profunda, que la dispone a ser morada y reino de Dios; así el don de la presencia de Dios sigue rápidamente al fruto de la modestia.

La modestia es absolutamente necesaria para nosotros; porque la inmodestia, aunque en sí parezca poca cosa, es sin embargo de gran importancia por sus consecuencias, y es notable señal de un ánimo poco religioso.

Los frutos de la continencia y de la castidad separan tanto el alma del amor de su cuerpo, que apenas siente sus rebeliones, manteniéndola en sujeción sin dificultad.

Si nuestro más ardiente deseo y nuestro anhelo más vehemente no es avanzar en la perfección de nuestro estado, dirijamos todos nuestros esfuerzos para alcanzar esta santa disposición.

Todo lo que destruye la paz y la tranquilidad del interior procede del diablo. Dios ha unido la felicidad y la santidad de tal manera que sus gracias no sólo santifican el alma, sino que también la consuelan y la llenan de paz y dulzura. Las sugerencias del diablo tienen el efecto contrario, ya sea de inmediato, o al menos al final; la serpiente se conoce por su cola, es decir, por los efectos que produce y por la conclusión a que conduce.



En su 32º Documento Pontificio, el Papa San Gregorio XVII Magnísimo declaró Dogma de Fe: “La Gracia Santificante es el mismo Espíritu Santo.”

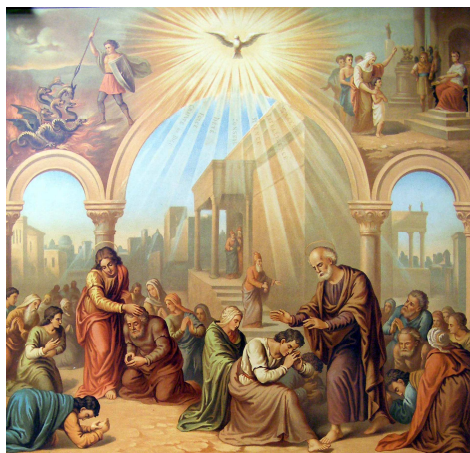
Allí explicó las excelencias de la Gracia Santificante, a saber: El Espíritu Santo es Autor de la santidad, por lo tanto, el Espíritu Santo es Santificador. La palabra santificante indica la acción del Espíritu Santo en las almas, por lo cual la Gracia Santificante es el Espíritu Santo.

La Gracia Santificante ‘es un don sobrenatural’ permanente e inherente al alma en estado de Gracia, pues no cabe duda alguna de que los dones se reciben del Espíritu Santo. La Gracia Santificante es el mismo Espíritu Santo, no de forma simbólica ni de forma aparente, sino de forma real. Resaltamos el sentido de la impetuosa fuerza del Divino Paráclito. La Gracia Santificante tiene fuerza permanente, entiéndase con la correspondencia del alma.

Adán y Eva fueron creados a imagen y semejanza de Dios. Las almas de Adán y Eva fueron divinas en su creación; pero al pecar perdieron la filiación divina para ellos y sus descendientes; con lo cual, el alma perdía lo divino y quedaba con lo humano, con todas sus terribles consecuencias.

El Creador, en su Infinita Bondad, otorgó a la humanidad muerta otra Pareja para resucitarla, y esta excelentísima Pareja la forman Nuestro Señor Jesucristo y la Santísima Virgen María. Cristo es el segundo Adán; María, la segunda Eva. Con el nuevo Adán y la nueva Eva, cumplida la Reparación infinita y la Redención, la humanidad adquiere como una segunda Creación, la filiación divina; naturalmente, entiéndase en esta humanidad a los bautizados.

La filiación divina, primera y principalmente, se adquiere mediante el Sacramento del Bautismo, que borra la mancha y la culpa del pecado original, devolviendo la filiación divina en conformidad con la Obra de la Creación.



Cuando una persona recibe el Sacramento del Bautismo recibe la Gracia Santificante, lo que quiere decir, con toda verdad, que recibe el Espíritu Santo.

San Gregorio XVII declaró Doctrina Infalible: “El bautizado, al quedar injertado en Cristo mediante el Sacramento del Bautismo, recibe, con toda certeza, al mismo Espíritu Santo, el cual se desposa místicamente con el alma, comunicando, a ésta, naturaleza divina, conservando al mismo tiempo naturaleza humana, la cual es invitada por Dios, nuestro Creador, a corresponder y a someterse a la nueva naturaleza adquirida gratuitamente; naturalmente, la naturaleza humana conserva el libre albedrío, que le hace tener y conservar libre voluntad para corresponder o no corresponder. Con esta doctrina se entiende perfectamente aquella verdad sublime: El cuerpo es templo vivo del Espíritu Santo. Esta habitabilidad del Espíritu Santo no es en modo alguno simbólica o aparente, ya que se trata de habitabilidad real y manifiesta de carácter interno. Todos sabemos y creemos que el Espíritu Santo es vivificante y vivificador, pues Él es Señor y Dador de Vida. El Espíritu Santo, al desposarse con el alma, vivifica a ésta de tal manera que, místicamente hablando, el Espíritu Santo y el alma, por estos esponsales místicos, se convierten en una sola alma en tanto en cuanto ésta es fiel al Esposo. Así como la mujer está sujeta al marido, por cuyo Sacramento del Matrimonio se han convertido en una sola carne sin destrucción de los respectivos cuerpos, pues el hombre y la mujer conservan indistintamente sus cuerpos, ya que no hay destrucción, sino sometimiento; así es también la relación del Espíritu Santo con el alma del bautizado, que no hay destrucción, sino sometimiento. Este admirabilísimo desposorio no es en modo alguno accidental, sino substancial, ya que el alma esposa recibe substancia del Espíritu Santo. En esta Substancia Divina se comprende Naturaleza Divina, no de forma simbólica o aparente, sino real y manifiesta, con lo cual el alma del bautizado vuelve a la naturaleza divina de acuerdo con la imagen y semejanza del Creador... Nuestro Padre, el Segundo Adán, que es Nuestro Señor Jesucristo, compró en su Santísima Pasión la filiación divina para la humanidad caída, devolviendo la belleza primitiva de acuerdo con los planes del Creador.”

El Espíritu Santo es Alma de cada uno de los fieles en estado de Gracia, ya que el Espíritu Santo es el Alma Increada de la Iglesia. Este profundísimo misterio, es vital para nuestra existencia sobrenatural, pues sin esa Gracia no es posible tener vida de acuerdo con los planes divinos.



El Espíritu de Nuestro Señor Jesucristo es el mismo Espíritu Santo, cuyo Espíritu procede del Padre y del Hijo; pero, al mismo tiempo, en la Encarnación del Verbo Divino, este mismo Espíritu Santo tiene Paternidad sobre la Humanidad de Nuestro Señor Jesucristo por su poderosísima intervención en la Concepción de Cristo en el vientre purísimo e inmaculado de la Siempre Virgen María. De esta verdad se desprende, como consecuencia lógica, que así como el Espíritu Santo es el Espíritu de Nuestro Señor Jesucristo, Cabeza del Cuerpo Místico, es también Espíritu de los bautizados, los cuales son los distintos miembros del mismo Cuerpo Místico; pues los miembros, por su injercción en Cristo, reciben abundantes gracias de la plenitud recibida por la Cabeza. Por el Sacramento del Santo Bautismo, es comunicada, por participación, la Naturaleza Divina de Nuestro Señor Jesucristo a los fieles.

Con la Encarnación del Verbo Divino, la humanidad, entiéndase los bautizados, adquiere mejor imagen y semejanza con respecto a Dios. Los bautizados adquieren la Naturaleza Divina que perdieron Adán y Eva por el pecado; y, por otra parte, al encarnarse la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, esta Divina Persona, al tomar carne, en cuanto Humano se asemejó a los hombres, menos en el pecado.

Meditad, reflexionad y gustad esta hermosísima doctrina de la semejanza con nuestro Creador por partida doble: De una, Él se reviste de nuestra naturaleza humana y, de otra, nos reviste de su Naturaleza Divina; pues, como veis, no cabe

mejor semejanza, cumpliéndose esa excelsa y sublime verdad: Es estrechísima y ligadísima, místicamente hablando, la relación espiritual del Dios humanado y de los hombres divinizados. ¿De qué manera podemos agradecer a Dios tan admirable semejanza? A esto no hay más que una tajante respuesta: Este agradecimiento sólo puede realizarse con la docilidad del alma esposa hacia las divinas inspiraciones del Espíritu Santo Esposo. El agradecimiento consiste en cumplir la voluntad de Dios en todo momento.

En esta admirable cuestión interviene poderosamente la Santísima Virgen María, pues Cristo vino a nosotros por



medio de Ella con la acción del Espíritu Santo, ya que el Fruto de esta purísima Virgen es Obra y Gracia del Espíritu Santo. La Excelsa Virgen María, por su dignidad de Madre de Dios, nos engendra, a los bautizados, en la Gracia. La Virgen María comunica a Nuestro Señor Jesucristo su carne y su sangre, cuya dádiva es material, pues se trata de carne y sangre, aunque con la intervención del Espíritu Santo.

La Santísima Virgen María es Madre de Dios y Madre Nuestra. La Santísima Virgen María, por su Maternidad espiritual sobre nosotros, nos da infinitamente más que nuestra madre carnal o terrena; pues mientras que ésta nos da lo material, que consiste en cuerpo y sangre, Aquella, nuestra Madre Celestial, nos da la

Naturaleza Divina como Coadjutora y Colaboradora del Espíritu Santo. De esta verdad, como Doctrina Infalible, se desprende como consecuencia que la Santísima Virgen María es Madre real y verdadera de nosotros, y no, en modo alguno, simbólicamente o aparentemente.

La Santísima Virgen María, al ser la Segunda Eva, es Madre real y espiritual que nos engendra en la Gracia; lo que quiere decir que nos comunica, por participación, Naturaleza Divina. Nos, recordamos a todos los fieles aquella santa sentencia: Quien no tiene a María por Madre no tiene a Dios por Padre.

La Naturaleza Divina la perdemos cuando caemos en pecado mortal, pues el alma pecadora es alma muerta; de cuya doctrina se desprende que la muerte del alma a la vida de la Gracia significa la pérdida de la Naturaleza Divina. El alma muerta readquiere la Naturaleza Divina mediante el Sacramento de la Penitencia, quedando readoptada la filiación. Si tenéis la desgracia de caer en pecado mortal, perdéis la Naturaleza Divina y os arriesgáis a la eterna condenación del fuego del Infierno.

El Espíritu Santo habita, con toda realidad y con toda majestad, internamente en las almas en estado de Gracia. Meditad y reflexionad en esta doctrina espiritual, para que os revistáis del hombre nuevo, para que os revistáis del nuevo Adán y de la nueva Eva, por cuya Excelsa Pareja habéis recibido, por habitabilidad del Espíritu Santo, por participación y comunicación, la Naturaleza Divina.

Nos, os recordamos esa santísima e inspiradísima frase del Apóstol San Pablo: “El Espíritu Santo es el que nos mueve a pedir lo que nos conviene, y el que nos inspira a que lo hagamos con gemidos inenarrables.” Amadísimos hijos: Para que alcancemos estos gemidos inenarrables, lógicamente Él tiene que habitar en nosotros, pues de esta forma Él puede abogar por nosotros; pues, por su desposorio con nuestras almas, Él puede conocernos y responsabilizarse, empeñando su palabra, para que lo hagamos con gemidos inenarrables. Es necesario y de justicia que el Espíritu Santo sea tenido en cuenta en su dignidad y justísima dimensión. Igualmente, es de gran necesidad para caminar en la santidad, invocar frecuentemente al Espíritu Santo.

Para que conozcáis mejor al Espíritu Santo y crezcáis en su amor, os presentamos el ‘Decenario al Espíritu



Santo’ escrito por Francisca Javiera del Valle Rodríguez, (1856-1930) costurera en Carrión de los Condes, Palencia, España; una mujer sin letras que llegó a tan gran entendimiento y profundización de la doctrina revelada sobre la Tercera Persona de la Santísima Trinidad, y consigue transmitir su sabiduría al lector, impulsándole al trato con el Espíritu Santo.

Es un alma que aprendió la ciencia de los santos sintiéndola en la escuela soberana del Divino Espíritu, que es el Maestro que ella propone a sus lectores, para llevarlos a la más elevada santidad, que es la vida del más puro amor divino; no por los bienes temporales ni aun espirituales con que nos pueda enriquecer la bondad divina, ni siquiera por la gracia, por las virtudes, por la gloria misma, ni por los goces que trae aparejada la comunicación con Dios, sino por purísimo amor: amar por amar.

El ‘Decenario’ está dedicado a la Divina Esencia, Dios único, verdadero, para honrar con él a las tres distintas Personas que en Dios existen y naturalmente tiene con el nombre del Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Las tres Personas son Dios, sin que, por ser las tres Dios, haya tres dioses; las tres son el único y solo Dios a quien yo adoro, amo, alabo, glorifico, ensalzo y bendigo, sirvo, reverencio y rindo todos los homenajes que yo

debo a mi Dios, Dueño y Señor, reconociendo en las tres distintas Personas al único Dios a quien sirvo, por ser las tres distintas Personas la sola Esencia Divina.

¡Oh mi único Dueño y Señor! Ante esa grandeza, parece justo que yo no me atreviera a moverme, temblando de temor y de respeto; pero, cuando esto quiero hacer, siento que de lo más íntimo de mi alma se levanta un amor de hijo para con el más verdadero Padre, y Padre el más cariñoso de todos los Padres, y esto, lejos de hacerme temer, me llena de una tan dilatada confianza en Dios, que no hallo cosa a que yo pueda comparar esta confianza tan grande.

Y así, como habla y pide un hijo, así yo comunico a Dios, al Padre amantísimo, Padre dulcísimo y amabilísimo, la grande pena de mi corazón y el ardiente deseo que ya tantos años tiene mi alma, y mi pena es el que no es conocida la tercera Persona a quien todos llamamos Espíritu Santo; y mi deseo es que le conozcan todos los hombres, pues es desconocido aun de aquellos que le sirven y le están consagrados.

Pido al Padre amantísimo enviarle nuevamente al mundo, que el mundo no le conoce; que lo envíe como Luz que ilumine las inteligencias de todos los hombres, y como Fuego, y el mundo será todo renovado.

¡Ven, Santo y Divino Espíritu! ¡Ven como Luz, e ilumínanos a todos! ¡Ven como fuego y abrasa los corazones, para que todos ardan en amor divino! Ven, date a conocer a todos, para que todos conozcan al Dios único verdadero y le amen, pues es lo único que existe digno de ser amado.

Que venga el Santo y Divino Espíritu, que venga como Lengua y nos enseñe a alabar a Dios incesantemente, que venga como Nube y nos cubra a todos con su protección y amparo, que venga como Lluvia copiosa y apague en todos el incendio de las pasiones, que venga como suave Rayo y como Sol que nos caliente, para que



se abran en nosotros aquellas virtudes que el Espíritu Santo mismo plantó en el día en que fuimos regenerados en las aguas del bautismo.

Que venga como Agua vivificadora y apague con ella la sed de placeres que tienen todos los corazones; que venga como Maestro y enseñe a todos sus enseñanzas divinas y que no nos deje hasta no haber salido de nuestra ignorancia y rudeza. Que venga y que no nos deje hasta tener en posesión lo que quería darnos su infinita bondad cuando tanto anhelaba por nuestra existencia. Que nos conduzca a la posesión de Dios por amor en esta vida y a la que ha de durar por los siglos sin fin. Amén.

Dedico este 'Decenario' a la Divina Esencia, y que todo sea para provecho de las almas, fin glorioso; pues en ello tiene el Espíritu Santo su mayor honra y gloria, y porque es Dios infinito en bondades, le pido que me dé el consuelo de verle amado de mí y de todas las criaturas, en el tiempo y en la eternidad, y que sea de todos conocido su Santo y Divino Espíritu.

Advertencias. Al escribir este Decenario que dedico a la Divina Esencia, Dios, es mi intención escribirlo para dárselo como prueba de cariño, por lo mucho que aprecio y estimo a todas las almas que, habiendo dejado el mundo, sólo anhelan, quieren y buscan, con grande deseo de su alma, el dar gusto y contento en todo a Dios y, cueste lo que cueste, quieren santificarse para asegurar con esto la posesión de Dios eternamente. Sólo para esta clase de personas escribo este Decenario.

Cuando he tratado, visto y hablado a almas que aspiran a la santidad, y que desconocen el camino que a ella conduce con toda seguridad, se me apena el corazón, y es grande por esto mi pena. Para ayudarlas a conseguir lo que desean con tan grande deseo de su alma, voy a decirles lo que a mí me ha sido dado y enseñado por un sapientísimo Maestro, que es fuente y manantial de Sabiduría y Ciencia.

Él ejerce su oficio de Maestro en el centro de nuestra alma y todas sus enseñanzas se encaminan a hacernos ver en qué consiste la santidad verdadera, y por qué caminos hay que ir para adquirirla y, una vez adquirida, no perderla.

Es grandemente consolador el asistir a esta escuela y ver cómo se aprenden las lecciones, por torpe que uno sea, y cómo se siente uno allí lleno de vigor y fuerzas para emprender, aun lo más arduo y difícil, cueste lo que costare el conseguirlo, sin vacilar, por cosa alguna que salga a su encuentro.

Todo se consigue, todo se adquiere con la ayuda y sutileza que tiene para enseñar este tan hábil Maestro; con qué claridad nos hace ver las astucias de nuestros enemigos y cómo nos enseña a vencerlas; en fin, entrad en esta escuela, que es la vida interior, donde se aprende el propio conocimiento y el conocimiento de Dios, y después, con la práctica propia, se consigue todo lo que os he de decir en este Decenario.

Antes de empezar este Decenario, que empieza el día de la Ascensión gloriosa de Nuestro Divino Redentor, os habéis de preparar, con resoluciones firmes, para emprender la vida interior y, emprendida esta vida, no abandonarla jamás.

No pongáis vuestros ojos en lo que cuesta; ponedlos en lo que vale; siempre ha sido así: el costar mucho lo que mucho vale. ¿Y qué es el trabajo que ponemos en el propio conocimiento, en comparación con lo que por ello se nos da?

¡Oh qué glorioso es el morir uno a sí mismo para no tener vida sino en Dios! ¿Quién podrá ni imaginar siquiera, lo que es vivir en Dios y endiosados?

Con palabras no se puede expresar; se gusta, se siente, se experimenta, se palpa, se posee, y no hay palabras para expresar lo que esto es. En fin, no pongamos nuestros ojos en los goces que traen consigo el no querer nada sino a Dios. Para gozar, una eternidad nos está ya preparada; para padecer por Él, no tenemos más que la vida presente: pues aprovechémonos de ella y padezcamos por Cristo Jesús, nuestro Divino Redentor, cuanto podamos.

¡Oh cuánto tuvo que padecer, y qué caro le costó amarnos sólo por hacernos dichosos por toda una eternidad! Pues, cueste lo que costare a nuestra naturaleza, dediquémonos a santificar nuestra alma y a dar gusto a Dios en todo. Así sea.

Nuestro Señor, único Dios verdadero, que tiene toda la alabanza, honra y gloria que como Dios se merece en sus Tres Divinas Personas; que ninguna de ellas tuvo principio ni existió una después que la otra, porque las Tres son la sola Esencia Divina: que las tiene propiamente en sí su naturaleza y son las que a su grandeza y señoría le dan la honra, la gloria, el honor, la alabanza, que como Dios se merece, porque fuera de Él no hay ni honra ni gloria digna de Dios.

¡Grandeza suma! Pero, ¿por qué Dios permite que no sean conocidas igualmente de sus fieles las Tres Divinas Personas que en Él existen?



Es conocida la Persona del Padre; es conocida la Persona del Hijo; sólo es desconocida la tercera Persona, que es el Espíritu Santo.

Pido a la Divina Esencia, que nos dio quien nos creara y redimiera, y lo hizo sin tasa y sin medida, que nos dé con esta misma abundancia quien nos santifique y a Él nos lleve.

Que nos dé su Divino Espíritu para que concluya la obra que empezó el Padre y continuó el Hijo. Pues el destinado por Dios para concluir la obra y rematarla es el Santo y Divino Espíritu.

Pido que lo envíe nuevamente al mundo, ya que el mundo no le conoce, y sin Él bien sabe mi Dios y mi todo que no podemos lograr su posesión; con Él, yo estoy cierta que le llegaremos a poseer por amar en esta vida y en posesión verdadera por toda la eternidad. Así sea.

El Santo y Divino Espíritu, es Bondad suma y Caridad ardiente, que desde toda la eternidad deseaba anhelantemente que existieran seres a quienes Él pudiera comunicar sus felicidades y hermosuras, sus riquezas y sus glorias.

Ya logró con el poder infinito que como Dios tiene, el criar estos seres por Él tan deseados.

¿Y cómo le han correspondido estas sus criaturas, a quienes su infinita bondad tanto quiso engrandecer, ensalzar y enriquecer?

¡Oh único bien mío! Cuando por un momento abro mis oídos para escuchar a los mortales, al punto vuelvo a cerrarlos, para no oír los clamores que contra Dios lanzan tus criaturas: es un desahogo infernal que Satanás tiene contra el Espíritu Santo, y no es sino por lograr que los hombres le odien y blasfemen, y dejen de alabarle y bendecirle, para con ello impedir que se logre el fin para que fuimos creados.

¡Oh bondad infinita!, que no nos necesita para nada porque en Sí lo tiene todo: Dios es la fuente y el manantial de toda dicha y ventura, de toda felicidad y grandeza, de toda riqueza y hermosura, de todo poder y gloria; y nosotros, sus criaturas, no somos ni podemos ser más de lo que Él ha querido hacernos; ni podemos tener más de lo que Él quiera darnos.

Dios es, por esencia, la suma grandeza, y nosotros, pobres criaturas, tenemos por esencia la misma nada.

Si nuestro Dios nos dejara, al punto moriríamos, porque no podemos tener vida sino en Él.

¡Oh grandeza suma!, y que siendo quien es ¡nos ame tanto como nos ama y que sea correspondido con tanta ingratitud!

¡Oh quién me diera que de pena, de sentimiento y de dolor se me partiera el corazón en mil pedazos! ¡O que de un encendido amor que le tuviera, exhalara mi corazón el último suspiro para que el amor que le tuviera fuera la única causa de mi muerte!

Le pido al Señor que me dé este amor, que deseo tener y no tengo. Se lo pido por ser quien es, Dios infinito en bondades.

Que me dé también su gracia y su luz divina para con ella conocerle a Él y conocerme a mí, y conociéndole le sirva y le ame hasta el último instante de mi vida y continúe después amándole por los siglos sin fin. Amén.

Por el Santo y Divino Espíritu fuimos creados y sin otro objetivo que el de gozar por los siglos sin fin de la dicha de Dios y gozar de Él, con Él, de sus hermosuras y glorias.



¡Mira, que habiendo sido llamado, por el Divino Espíritu, todo el género humano a gozar de esta dicha, es muy corto el número de los que viven con las disposiciones que Él exige para adquirirla!

¡Mira, que no es tanto por malicia como por ignorancia! ¡Mira que no le conocen a la Santidad suma, Bondad y Caridad infinita! ¡Si le conocieran no lo harían! ¡Están tan oscurecidas hoy las inteligencias que ya no conocen la verdad de su existencia!

¡Que venga el Santo y Divino Espíritu! Que venga, descienda a la tierra e ilumine las inteligencias de todos los hombres.

Yo aseguro, que con la claridad y hermosura de su luz, muchas inteligencias le van a conocer, servir y amar.

¡Que a la claridad de la luz del Señor y a la herida de su amor nadie puede resistir ni vacilar!

Que recuerde el Señor, lo ocurrido en aquel hombre tan famoso de Damasco, al principio que Cristo estableció su Iglesia. ¡Mira cómo odiaba y perseguía a muerte a los primeros cristianos!

¡Que recuerde el Señor, con qué furia salió con su caballo, al que también puso furioso, y precipitadamente corría en busca de los cristianos para pasar a cuchillo a cuantos hallaba!

¡Mirad lo que pasó!; a pesar del intento que llevaba, el Señor con su luz le iluminó su oscura y ciega inteligencia, le hirió con la llama de su amor y al punto Le conoce; le dice quién es, Le sigue, Le ama; y no ha tenido defensor más acérrimo de su Persona, de su honra, de su gloria, de su nombre, de su Iglesia y de todo lo que a Él, Dios nuestro, se refería.

Hizo por Cristo cuanto pudo y dio la vida por Él; mirad lo que vino a hacer por el Señor apenas le conoció el que, cuando no le conocía, era de sus mayores perseguidores. ¡El Señor da y espera!

¡Mirad, que no es cosa fácil el resistir a la luz del Señor, ni a su herida, cuando con amor hiere!

Le pido que venga ahora y si a la claridad de su luz no logran las inteligencias el conocerle, que venga como fuego que es y prenda en todos los corazones que existen hoy sobre la tierra.

¡Yo le juro al Señor por quien es, que si esto hace, ninguno resistirá al ímpetu de su amor!

¡Es verdad que las piedras son como insensibles al fuego! ¡Pena grande, pero se derrite el bronce!

¡Mirad que las piedras son pocas, porque es muy pequeño el número de los que, después de conocerle al Señor, le han abandonado! ¡La mayoría, que es inmensa, nunca le ha conocido bien!

Que el Señor ponga en todos estos corazones la llama divina de su amor y verá cómo le dicen lo que le dijo aquel su perseguidor de Damasco: “Señor, ¿qué quieres que yo haga?”



¡Oh Maestro divino! ¡Consolador único de los corazones que Te aman!

¡Que el Señor mire hoy a todos los que le sirven con la gran pena de no verle amado porque no es conocido!

¡Que venga el Consolador Divino a consolarlos!, que olvidados de sí, ni quieren, ni piden, ni claman, ni desean cosa alguna sino a Él, y a Él como luz y como fuego para que incendie la tierra de un confín a otro confín, para tener el consuelo en esta vida de verle conocido, amado, servido de todas sus criaturas; para que en todos se cumplan sus amorosos designios y todos los que ahora existimos en la tierra, y los que han de existir hasta el fin del mundo, todos le alabemos y bendigamos en su divina presencia por los siglos sin fin. Así sea.

1. Veamos en este día cuánto las criaturas debemos amar al Espíritu Santo, por ser Él como el motor de nuestra existencia y la causa de haber sido creadas para gozar eternamente de los mismos goces de Dios.

Sabemos por la fe que hay un solo Dios verdadero y que este Dios ni tuvo principio ni tiene fin; y aunque es un solo Dios, son Tres Personas distintas a quienes llamamos Padre, Hijo y Espíritu Santo y las Tres son un solo Dios, por ser las Tres la misma Esencia Divina.

Esta Divina Esencia tiene en Sí diversos atributos; y como es un solo Dios, aunque hay en Él Tres Personas, las Tres gozan y tienen la misma sabiduría, la misma bondad, la misma caridad, la misma misericordia, el mismo poder y la misma justicia.

Sin embargo, estas Tres Divinas Personas tienen, como repartidos entre Sí, estos divinos atributos. El Padre tiene como propios y como cosa que a Él le pertenece, el poder y la justicia; el Hijo, la sabiduría y la misericordia, y el Espíritu Santo, que de los dos procede, la caridad y la bondad.

Este Dios, tres veces Santo, es, por naturaleza, manantial de toda dicha y ventura, de toda felicidad y grandeza, de todo poder y gloria, por ser Él quien es, único y sin principio, pues todo lo demás que no es Dios, todo tuvo principio; y todo cuanto tuvo principio, todo es de Dios, y su existencia depende de la voluntad de Dios.

Todo cuanto hay en los Cielos y en la tierra, todo..., todo... depende de su querer, y si Él quisiera, los Cielos y cuanto hay en ellos, la tierra y cuantos habitantes hay en ella, todo, en el instante mismo de quererlo Dios, todo desaparecería y se quedaría todo como en la nada, de donde Dios lo sacó; y mientras tanto, Él quedaría en la misma grandeza y señorío, en las mismas felicidades, dichas, venturas y glorias, con los mismos poderíos y hermosuras; porque fuera de Él, nada..., nada... de cuanto existe, le puede aumentar a Dios ni un pequeño punto de su grandeza, de su hermosura, de su felicidad, de su dicha, de su poder, de su gloria; en fin, de todo lo que es; porque Él es el único Ser que es; los demás seres que existen no somos nada.

Pues, siendo quien es, y lo que es, y que fuera de Él no hay nada que le pueda hacer feliz, vedle allá, en aquellas eternidades de su existencia, siempre..., siempre..., porque las eternidades dentro de Él estuvieron... y recibieron vida de Él. Él fue quien las formó, pues en todas aquellas grandezas, felicidades, dichas, hermosuras, glorias y poderíos, sin que jamás ninguno se lo pueda arrebatar, porque nadie existe sino Él; Él es la vida, y el único que vive con vida propia, y por ser Él la vida, jamás puede morir. Su naturaleza divina encierra y lleva dentro de Sí más felicidades, dichas, hermosuras, grandezas y glorias que gotas de agua encierran en sí todos los mares, ríos y fuentes; y esta naturaleza divina de Dios está siempre como el panal de miel, destilando de Sí

lo que en Sí encierra, y como fuente siempre perenne, porque su manantial es infinito e inmenso, y de Sí despiden raudales inmensos de todas las hermosuras que en sí encierra aquella infinita bondad de Dios, la cual es atributo divino y lo tiene el Espíritu Santo como cosa que a Él le pertenece.

Vedle como si algo le faltara, porque no tiene a quien dar aquellas dichas y felicidades que de Sí despiden aquella Divina Esencia, porque la bondad es, como su carácter natural, el ser comunicativo y hacer a cuantos pueda participantes de lo que Él tiene y posee; y, ¿a quién va Dios a dar y hacer participante de lo que Él tiene si nadie existe sino Él?

Si las Tres distintas Personas que tiene en Sí esta Divina Esencia, las Tres son el mismo Ser, el solo Dios, ¿pues cómo saciar este deseo del Espíritu Santo?; ¿de qué medios se valdrá para que este atributo divino se satisfaga?

Ved lo que Él mismo nos enseña que hizo: con su atributo de bondad hizo fuerza a todos los demás atributos que hay en Dios, y todos unidos, como lo están siempre, por ser propiedad natural de la divina Esencia, todos hicieron fuerza, a la voluntad y querer de Dios, para que con su poder crease seres

que, sin ser dioses, puedan participar de sus grandezas, de sus hermosuras, de sus felicidades, dichas y glorias; en fin, de todo aquello que brota de Sí su Divina Esencia y lo disfruten mientras Dios sea lo que es, es decir, el único Ser que es, y que no tiene fin ni lo puede tener jamás; la voluntad y querer de Dios aceptó lo que pedían sus atributos divinos, y ved aquí cómo el Espíritu Santo es como el motor de nuestra existencia y la causa de haber sido creados para tanta dicha y ventura.

¿Y cómo agradecer al Espíritu Santo este beneficio si no se le conoce?

Yo por mí confieso que hasta que este mi inolvidable Maestro no me enseñó esta verdad, nunca supe tal cosa. ¿Cómo yo le iba a agradecer al Espíritu Santo este beneficio sin saberlo?; de aquí, Señor, la gran pena de mi corazón, el que no eres conocido. ¿Y cómo vas a ser amado si no eres conocido? ¿Y quién Te conocerá, Señor, como Tú eres, si Tú mismo no Te das a conocer? ¡Oh Santo y Divino Espíritu! ¡Bondad suma y Caridad inmensa, que siendo océano inmenso de inmensas dichas y glorias, era como si algo Te faltara, porque no tenías a quien comunicar y dar lo que Tú tienes!

¡Oh qué mal correspondemos a tan inmenso beneficio! ¡Qué poco apreciamos los inmensos bienes que Dios, ¡Santo y Divino Espíritu!, ha querido darnos con tanta liberalidad y largueza, sin tasa y sin medida, metiéndonos en aquel océano inmenso que en Él existe, para que eternamente, con su misma dicha, seamos



eternamente dichosos; con su misma felicidad, seamos eternamente felices; con sus hermosuras, hacernos eternamente amables a sus divinos ojos; con su grandeza, hacernos grandes sobre todo lo bello y hermoso que en los Cielos existe y crió sólo para nuestro placer y contento!

¡Oh quien me diera recorrer el mundo todo y hablar a los hombres del Espíritu Santo para que supieran lo que Él nos ha proporcionado para toda la eternidad y empezaran a amarle, quererle y servirle ahora en esta presente vida!

¡Oh Maestro mío, mi todo, en todas las cosas! ¡Si cuando estén en posesión de Él pudieran tener alguna pena, como en esta vida sucede, no tendrían otra alguna que la de no haberle conocido para a Él solo haberle amado!

Pido a la Bondad suma que venga, salga a nuestro encuentro y se haga conocer de todos los hombres, para que en este destierro no caminemos sin su compañía. Que sea el Santo y Divino Espíritu la luz que nos alumbré por los desconocidos caminos que a Él conducen, el hábil Maestro que destruya nuestra ignorancia y rudeza y nos enseñe, como Madre cariñosa, a balbucear cuando estemos en la presencia del Señor, para que, enseñados por Él en todo, no nos hagamos indignos de gozar lo que su infinita bondad nos tiene ya preparado y de ello y de Él gozemos por los siglos sin fin. Amén.

Primera resolución. El obsequio que hemos de hacer hoy a este Santo y Divino Espíritu es que con entera voluntad nos resolvamos a amar a Dios, sólo por ser quien es, no por lo que nos da ni por lo que nos ha prometido, no; y que este amor sea desinteresado de tal manera que no nos mueva a amarle ni la virtud que da, ni la gracia que aumenta, ni los dones que regala, ni los hermosos frutos que ofrece, ni las dulzuras y consuelos con que deleita; que no le amemos ni por la amistad y trato familiar que Él tiene con los que así le buscan, ni por lo que endiosa y transforma, ni por los desposorios que con el alma celebra, ni por las bodas que realiza; por nada, sino por Él mismo, que es el Cielo de los mismos cielos, única cosa que existe digna de ser amada.

¡Oh qué fino y delicado es en el amor que tiene al que le ama con este amor desinteresado! Los cielos que crió para premio de los que le habían de servir, le parecieron poco a este apasionado amante.



Por eso determinó que el premio que había de dar a los que con amor puro y desinteresado le amen, fuese dárseles Él mismo en posesión por amor en esta vida, haciendo de los dos amores un solo amor, para que, con el mismo amor, se amen y en el mismo grado los dos se correspondan.

¡Oh, hasta dónde llega su infinita bondad para con nosotros sus criaturas! ¡Hasta querer darnos su amor para que con él le amemos!

Este amor le da a la criatura el Espíritu Santo, y este amor es con el que Dios quiere ser honrado.

Pidamos este amor a este Santo y Divino Espíritu y no cesemos de pedírselo hasta que lo hayamos conseguido.

Segunda resolución: entrar dentro de nosotros y con energía arrancar de nuestro corazón todo afecto que hallemos, grande o pequeño, a cosas o a criaturas, y decir con firme resolución: ‘Señor, desde hoy, y en lo que se refiere a amar, voy a vivir como si Tú y yo solos viviéramos en el mundo, seguro de que el Espíritu Santo me dará la gracia que necesito para llevar a cabo mis resoluciones hasta exhalar el último suspiro. Así sea.’

2. Cuánto debemos al Espíritu Santo ya desde el instante mismo en que Dios creó al hombre, y cuánto por este beneficio debemos amar al Espíritu Santo.

Complacida la Divina Esencia, Dios, por la fuerza que le habían hecho sus atributos divinos, se entusiasmó, digámoslo así, y como si formara consejo toda la Santísima Trinidad para tratar el modo de crear a los seres tan deseados por el atributo de su infinita bondad, las Tres Divinas Personas que la Divina Esencia tiene en Sí ofrecieron los atributos que cada uno tiene como propios para la creación del hombre.

Para la creación entera sin el hombre, bastó el atributo de su poder; para la creación del hombre solo, pusieron en ejecución todos sus atributos Divinos.

Puestas ya como en conferencia las Tres Divinas Personas, para dar principio a la creación, esta Divina Esencia, Dios, echó como una ojeada a toda la creación, y la vio tal es, antes de haberla criado.

Allí vio ya la rebelión del ángel y la seducción de éste al hombre.

Entonces, las Tres Divinas Personas, de este Dios tres veces Santo, pusieron, en favor del hombre seducido, todos sus atributos.

El Divino Verbo se ofreció entonces también a remediar el gran mal que esta seducción iba a causar en el hombre, haciéndole caer del estado dichoso en que le había de poner la infinita bondad del Espíritu Santo.

Entonces también la sabiduría de Dios, que reside en el Divino Verbo, trazó y delineó los medios que había para reparar y remediar tan grandes males; y lo que trazó y definió fueron los caminos que había para la reparación, para el castigo y para el ensalzamiento; de reparación, al Criador ofendido; de castigo, para el ángel rebelde y seductor; de ensalzamiento, para el hombre, porque quería la misericordia del Divino Verbo levantar al hombre de su caída, dándole generoso auxilio divino.



Esta sabiduría infinita e inmensa, que todo lo abarca, no vio ni halló otro medio de reparación que el de que un Hombre Dios reparara junto con la Divina María, y a esto se ofreció este Divino Verbo, el mismo que con su sabiduría inconmensurable trazaba y delineaba.

Este ofrecimiento del Divino Verbo, segunda Persona de la Santísima Trinidad Augusta, lo aceptó la Divina Esencia, Dios, y con su aceptación quedó previsto que el Hombre Dios reparase la falta que había de cometer la criatura contra su Criador. Y en esta reparación hallase el hombre el perdón, y el ángel rebelde y seductor el mayor castigo que Dios halló con su infinita sabiduría,

para castigar su soberbia y en ella dejarle humillado, confundido, deshonrado, abatido y derrotado para siempre.

Porque Dios siempre pone remedio por donde viene el mal y castiga por donde se peca.

Para reparar al Padre Celestial la ofensa infinita del pecado de Adán y Eva, fue necesaria una pareja formada por Cristo y María en calidad de Nuevo Adán y Nueva Eva; como asimismo para que, como consecuencia gratuita, la humanidad alcanzara la Vida que perdió por el pecado de la primera pareja.

Aunque Dios vio todo esto antes de hacer la creación, no vaciló, ni desistió un instante de hacer la creación del ángel y la creación del hombre, tan deseada por el Espíritu Santo; porque la santidad de Dios, cuanto ve justo y bueno, todo lo ama y quiere, sin que jamás en ello vacile su voluntad.

Santo era lo que deseaba el atributo de su bondad que reside en el Espíritu Santo; y el carácter propio de la infinita bondad, que es, como ya dije, comunicativo, no deja de hacer bien aunque con ingratitud le paguen; sin que le mueva a ello ni el interés ni el aprecio, porque no hay cosa alguna digna de Dios, fuera de Sí mismo; sólo el hacer bien es lo que le movió.

Un rasgo de su bondad le movió, y sólo esto, a criar ángeles y hombres y la creación entera que todos vemos y admiramos; y crió Cielo para los ángeles y Paraíso en la tierra para el hombre; y luego, por otro rasgo de su infinita misericordia y caridad, Dios se encarna y asume la misión de redimir al hombre y levantarle de su caída, y esto sin interés alguno.

Dios a nosotros no nos necesita para nada; somos nosotros los que para todo le necesitamos a Él.

Dios siempre haciendo bien, aunque con ingratitud le paguen, y siempre amando, aunque no sea correspondido.



Apenas vio este Santo y Divino Espíritu los caminos trazados por la sabiduría del Divino Verbo, se ofreció Él a hermosear y enriquecer al ángel y al hombre, sin detenerse por el mal proceder; pues sabía lo mal que iban a usar de cuanto Él pensaba darles, y que esos mismos dones que Él con tanta amabilidad les daba, ellos iban a usarlos para rebelarse contra Él, que era su dueño y Señor.

La Bondad Suma, que vio antes de habernos creado el modo con que le habían de corresponder estas criaturas a quienes de la nada iba a sacar con su poder infinito, y llenarlos de vida eterna, para que con Él vivieran, y de Él eternamente gozaran, aun así no se detuvo en su deseo de hacernos felices, ni por la rebelión del ángel contra Él, ni por la desobediencia del hombre, ni por la ingratitud, mofas, insultos y desprecios que le había de hacer lo restante del género humano.

El Espíritu Santo vio que era bueno el intento y proposición que su infinita bondad le hacía, que era hacer el bien, y ante la caridad y bondad de sus atributos Divinos, que tanta gloria dan a la Divina Esencia y que tanto se gloria en hacer el bien, nada le detuvo; y aunque vio la conducta tan desagradable que iban a seguir estos seres a quienes Él tanto quería enriquecer, nada le detuvo.

Al punto que el Poder del Padre los saca y del barro los forma, Él con su soplo Divino los llena de vida, y de vida inmortal, dándoles el alma.

¡Oh qué admirable es la acción de Dios, y cuán digna es su bondad y caridad de ser imitada por todos los que a Dios sirven y por aquellos que se precian de hacer cuanto bien pueden!

¡Oh almas consagradas al servicio del Señor! Mirad cómo nos enseña a hacer el bien este Divino Maestro, desinteresadamente, sin tener en cuenta para nada, el si es amigo o enemigo, el si es pariente o extraño, el si es agradecido o ingrato. Sea quien fuere, hacer el bien que podamos por amor de Aquel que todo lo creó para nosotros, aun antes de haber existido.

Y sabiendo que íbamos a caer, antes de la caída puso el remedio para todos nuestros males y nos levantó de nuestra caída con inmensa bondad. ¡Oh, esto sí que es bondad, misericordia y caridad, y caridad perfectísima!

¡Ven, oh Santo y Divino Espíritu! ¡Ven! Enséñanos a practicar la caridad según Dios, para con ella poder agradar y glorificar aquella Divina Esencia. ¡Mira, Santo y Divino Espíritu!, que es muy triste hacer grandes caridades y muchos sacrificios, y por no saberlos hacer, ni a Ti te glorificamos con ello, ni a nosotros nos es de provecho alguno.

Porque Tú, Dios nuestro, no tienes complacencia en nuestras obras y sacrificios, cuando en ellos echas de menos la pureza de intención. Tú quieres que siempre, y en todo, obremos como hijos de tan Santo Padre, y las obras y sacrificios hechos sin la pureza de intención, ¿cómo los vas a recibir y cómo en ellos Te vas a gloriar, si por Ti no lo hacemos?

Sí, para recibir nuestras obras y sacrificios, ha de ir todo encaminado al solo fin de agradarte, y hacerlo sólo por tu amor, y que sirva todo de provecho a las almas, que es donde Tú pones tus ojos, y donde está tu mayor honra y tu mayor gloria; porque las obras hechas por tu amor Te son todas agradables, pero las que se hacen en provecho y salvación de las almas, éstas y sólo éstas son las que Tú dices que son de tu mayor honra y de tu mayor gloria.

Este es el obrar que Tú nos pides, para que en el obrar seamos hijos de tan Santo Padre y discípulos de tal Maestro.

¡Oh y qué causas hay tan poderosas para que por este fin obremos siempre! ¿De quién somos? ¿A quién y por quién vamos seguramente encaminados? ¿A quién más que a Él nos debemos? ¿Quién nos ama más que Él? ¿Quién es más solícito de nuestro bien temporal y eterno? ¿Quién se ha sacrificado por nosotros como Él?



Pues sea de nosotros correspondido, y desde hoy más, hasta el respirar sea por su amor, y por darle gusto y contento en todo.

A salvar almas, a salvar almas, que esto es la mayor honra y gloria que podemos dar a Dios.

¡Santo y Divino Espíritu! Tus enseñanzas y el ejemplo que vemos en Ti es lo que queremos seguir desde este día; para que, empezando a glorificar a Dios en esta vida, continuemos por los siglos sin fin. Así sea.

La paz del alma, disposición necesaria para que el Espíritu Santo reine siempre en nosotros.

El Espíritu Santo es muy amante del reposo y de la quietud; pero de ese reposo que siente el alma cuando no busca ni quiere otra cosa que a su Dios.

Cuando el alma está habitualmente en este reposo y quietud, y sin otro deseo de saber, si no es cuál sea la voluntad de Dios para al punto cumplirla, entonces el alma goza de una paz inalterable, y cuando esta paz tiene el alma, reina en ella el Espíritu Santo y hace allí como su morada, y dispone y gobierna y manda como aquel que está en su propia casa.

Él manda y ordena, y al punto es obedecido. Mas cuando nos inquietamos y turbamos, y con la inquietud perdemos la paz del alma, este Santo y Divino Espíritu se contrista grandemente; no porque a Él le venga algún mal, sino porque nos viene a nosotros. El alma sin paz está como inhabilitada para oír la voz de Dios y seguir su llamamiento divino.

Por esto el Espíritu Santo no reina donde no hay paz, porque este Divino Espíritu, que siempre está en aptitud de obrar, al ver al alma sin aptitud para ello, queda contristado y calla.

El Espíritu Santo quiere habitar en nuestra alma, con el único fin de dirigirnos, enseñarnos, corregirnos y ayudarnos, para que nosotros, con su dirección, enseñanza, corrección y ayuda, logremos hacer todas nuestras obras a la mayor honra y gloria de Dios.

Y sin este Divino Espíritu, ¿cómo vamos nosotros solos a saber dar gusto y contento a Dios, si el que comunica este gusto y contento de Dios es el Espíritu Santo, por ser Él la acción de Dios en el alma?

Y por esto bien le podemos llamar al Espíritu Santo, con toda verdad, el Dios familiar, cercano a nosotros; pues si la paz no puede habitar en nosotros, resolvámonos este día a que todo se pierda antes que perder la paz de nuestra alma, sumamente necesaria para lograr la habitual asistencia del Espíritu Santo, y con ella es seguro que poseeremos a Dios por amor en esta vida y en posesión verdadera por toda la eternidad. Amén.

3. Veamos en este día cómo nos enseña nuestro Divino Redentor a hacer aprecio y estima del Espíritu Santo.

Cuando el ángel miró al hombre y le vio tan inferior a él en naturaleza por una parte, y por otra vio lo mucho que Dios le amaba, apenas el Señor hubo castigado al ángel por su soberbia, quitándole la gracia y la gloria, y castigándole con el fuego eterno del infierno, el Satanás dos veces Satanás, apenas se vio condenado, no pensó en otra cosa, sino en cómo había de hacer caer al hombre, sólo porque Dios le amaba.

Como Dios le dejó gran parte de los dones de naturaleza que le había dado, quitándole la gracia, la gloria y la hermosura; y le dejó aquellos dones para castigar con ellos su soberbia, mas él los empleó todos en ver los medios de quitar a Dios el placer, que él sabía tenía en el hombre; y toda su sabiduría y ciencia y todo su poder los empleó en seducir a nuestra madre Eva, como la parte más flaca.

Consiguió seducirla, haciéndola faltar a Dios en el mandato que les había puesto; pero no logró el privar a Dios del contento que tenía en amar y ser amado del hombre.

En esto se engañó a sí mismo Satanás, porque creyó que seduciendo a los dos primeros seres humanos, Adán y Eva, les iba Dios a castigar como a él, y con esto quedaba Dios privado del contento que tenía en amar y ser amado del hombre.

Esto no le dio otro resultado a Satanás, que el tener una segunda derrota; Dios no castigó al hombre como Satanás quería; en esto fue Satanás humillado, porque el castigo que Dios puso a nuestros primeros padres fue temporal, y a Satanás se le dio eterno, por los siglos sin fin, mientras Dios sea Dios, que lo es para siempre..., para siempre.

Dios castigó a los ángeles para siempre... eternamente; porque su pecado fue una blasfema rebelión contra Dios con obstinada malicia; castigó temporalmente al hombre, porque el hombre no pecó con esa malicia, sino por seducción, y así pudo arrepentirse.

¡Oh, cómo se ven aquí las entrañas de misericordia que Dios tiene y lo que le cuesta castigarnos! ¡Cuán presto está a darnos el bien que no merecemos, y cuán tardo es para castigar el mal que hacemos!

El gozar de lo que Él goza y en Sí mismo tiene, nos lo da sin tasa y sin medida; y esto, por pura bondad, sin mérito alguno nuestro; pero el castigar el mal que hacemos, lo hace siempre con tasa y con medida; porque aunque es horrible el infierno, no encerró en él el castigo que el pecado se merece. Además, vio toda la infidelidad del ángel y del hombre antes de haberlos creado y, sin embargo, prepara todo y llena la creación entera de bellezas, todas para el ángel y para el hombre.

Y después de tenerles preparadas todas las hermosuras de la creación les crea a ellos para que desde el primer instante de su existencia sean felices y dichosos.

¡Oh cómo eres Dios mío! ¡Cómo eres todo bondad, todo misericordia, todo caridad!

Cuando Eva se dejó seducir, y ésta sedujo a Adán y, seducidos los dos, faltaron al mandato que Dios les había puesto, después que el Señor les habló recordándoles con reprensión su falta, humillados, lloraron y confesaron su culpa.

Entonces el Señor, nuestro Dios, volviéndose a la Antigua Serpiente, Satanás, le dijo que Él levantaría al hombre de su caída y que María Santísima aplastaría su soberbia cabeza.

Aquella sabiduría de Dios, como dije, reside en el Divino Verbo; y cuando aquella Divina Esencia echó como una ojeada a toda la Creación, antes de haberla creado, vio el pequeño número de almas, que fieles le habían de servir y amar; y entonces esta sabiduría inmensa e infinita inventó la manera para que, por obra de la Reparación y Redención, este pequeño número de almas fieles a su Dios quedasen congregadas, y ya no fueran miradas por Dios como meras criaturas, sino como hijos de adopción.

Llegados los tiempos decretados para redimir a toda la raza humana, el Divino Verbo se encarnó, y existe en el mundo un Dios y Hombre con Naturaleza Divina y Naturaleza Humana completa al mismo tiempo; y vive entre los hombres treinta y tres años un Hombre que es Dios.

Estos hombres entre quienes vivía este Hombre Dios, injustamente faltando a toda verdad y a toda justicia, le condenan a muerte; sube al madero santo de la Cruz. Y, ¡en qué circunstancias es crucificado! ¡Coronado de espinas, hecho una llaga de los pies a la cabeza! ¡Las espaldas descarnadas! ¡Los huesos dislocados! ¡Traspasados sus pies y sus manos con gruesos clavos! Sin tener donde descansar ni siquiera donde fijar su cabeza; y en este estado aquella Alma bendita de aquel Hombre Dios no cesa un instante de pedir y de rogar a su Padre le concediera lo que Él tanto deseaba para el hombre; esta Alma bendita, que era como un volcán de caridad para el hombre, ardientemente deseaba que quedaran congregados todos los hombres en Él, y Él sería el cuerpo, alma y vida de estos hombres en Él congregados.

Mas, unida como estaba esta Humanidad Santísima a la Divinidad del Verbo, esta Divinidad le comunica la verdad y sabiduría; y esta Humanidad bendita, con aquella bondad y sabiduría que el Verbo le comunica, por estar inseparablemente unida, pide le sea dado para el hombre su Santo y Divino Espíritu, para que todos los en Él congregados vivan como un solo cuerpo y una sola alma, y esta nueva congregación sea dirigida y enseñada



por el Espíritu Santo, y posesionado ya de esta congregación el Espíritu Santo, mire a todos los allí congregados, no como a criaturas suyas, sino como hijos de adopción, a quienes adopten la justicia de Dios sobreabundantemente reparada por el Dios hecho Hombre, la misericordia del Divino Verbo, que está unida a la Humanidad Santísima, y la caridad y bondad de este Santo y Divino Espíritu.

¡Oh Humanidad Santísima! ¿Quién sino Dios puede saber lo que Tú padecías durante las tres horas que pendiente estuviste en la Cruz?

Tú, olvidado del estado tristísimo en que Te habían puesto los hombres, sin tener en cuenta nada de cuanto padecías, sin cesar ni un momento de pedir e instar a tu Padre Celestial que te conceda lo que le pides, para todo el género humano; a todos quieres congregar y a todos quieres hacer un solo cuerpo y una sola alma. Y, ¿en qué ocasión?

¡Cuando todos están con sus insultos, mofas, y escarnios causando un griterío tal, todo contra Ti! ¡Irritando con su modo de proceder la justicia de Dios! ¡Oh, y Tú, mi vida y mi todo! ¿Qué haces cuando esto presencias? Los disculpas diciendo: “¡Padre mío, perdónales, porque no saben lo que hacen!”, y sigues negociando la dicha eterna del hombre, y pides que se dilaten tus tormentos; pero que se Te dé para nosotros su Santo y Divino Espíritu; que nos enseñe, dirija y gobierne, porque sin el Espíritu Santo no puede el hombre ser elevado a la dignidad que Tú quieres elevarle.

¡Oh almas todas! ¡Mirad el tormento mayor que todo cuanto hasta aquí lleva padecido! ¡Mirad ahora la justicia de Dios, dando a Jesucristo lo que nosotros merecemos! Ardiendo en deseos de conseguir de su Padre Celestial lo que tanto desea conseguir para nosotros.

El poder de Dios, su Padre, hace que Él quede oculto al estado pasible de la Humanidad de Cristo y queda la Humanidad de Jesucristo sintiéndose desamparada de su Eterno Padre.

Este terrible sufrimiento no lo entenderán sino los que han gustado de la unión con Dios y, estando unidos a Él, los deja y desampara; y el tormento de Jesucristo y el de estas almas es menos comparable que la realidad con la sombra; y por un momento que esto les suceda, sienten partírseles el corazón de sentimiento y dolor.

¡Qué sería este tormento para Jesucristo en la situación en que se hallaba, sufriendo tan terribles dolores, dilatándose lo que Él tanto deseaba conseguir para nosotros! ¡Y a continuación, aquel desamparo que es más pena y dolor para las almas que el mismo infierno!

¡Oh! ¡Cómo estaría aquella Alma benditísima de Jesucristo sintiendo este abandono! No ha dado un quejido en todo cuanto por Él ha pasado, y ahora exclama: “Dios mío, Dios mío, mírame, ¿por qué me has abandonado?”

¡Lo que mucho vale, mirad a Jesucristo cuánto le cuesta! Es el don sobre todo don lo que desea alcanzar para nosotros; y antes de obtenerlo, le cuesta un sufrimiento sobre todo sufrimiento. ¡Oh lo que costó a Jesucristo alcanzarnos de Dios su Santo y Divino Espíritu!

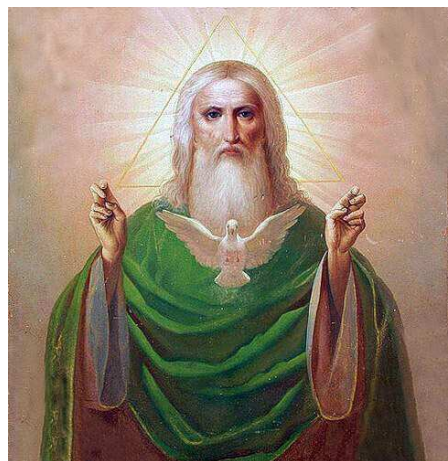
Él quería congregarnos a todos en Él, que es el establecimiento de la Santa Iglesia; y ésta no podía subsistir sin el Espíritu Santo; y Él dilata su vida, porque poder tenía, como Dios que era, hasta que consiguió de su Padre el Espíritu Santo para nosotros.

Despacha el Eterno Padre su petición; establece su Iglesia y al punto habla y dice: “Todo está consumado.”

¡Almas consagradas al servicio del Señor! ¡Aprendamos de Jesucristo, nuestro Divino Redentor, a hacer aprecio y estima del Espíritu Santo!

¡Ven, Santo y Divino Espíritu! ¡Ven a satisfacer los ardientes deseos de Aquel cuyo Cuerpo Tú formaste en las virginales entrañas de María Inmaculada!, que, aunque es hombre en el padecer, es Dios en el pedir y Dios en el desear; porque pide y desea lo que desea el Divino Verbo, a quien su Humanidad está unida. Desciende a nosotros como lo deseaba y pedía aquel Hombre Dios.

Dirígenos y gobiéranos en todo, enséñanos a glorificarle, para que, empezando en esta vida, continuemos así por los siglos de los siglos sin fin. Así sea.



La oración. Con ella, con qué gozo y alegría se vence uno a sí mismo en todo, por difícil que sea y por mucho que cueste el vencerse y mortificarse.

Mirad qué fácil le es al pajarillo el subirse a las altas enramadas y a los árboles frondosos y a dilatadas alturas con sólo dos alas que Dios le dio, y cómo cantan cuando luego de hacer su vuelo, se posan en el árbol, manifestando el placer y contento que les causa el volar.

También el alma mortificada tiene lo que el pajarillo, alas para volar; y, como él, también se posa en el árbol, y allí, alegre, manifiesta su contento.

Mirad; poned vuestros ojos en esas almas que ni quieren, ni buscan, ni desean cosa alguna ni del cielo ni de la tierra, sino a su Dios, de quien están viviendo enamoradas. Hallaréis pocas, pero las hay y las ha de haber hasta que el mundo se acabe.

Miradlas; cuando van a mortificarse, echan mano de la oración y del amor que tienen puesto en su Dios.

Como el pájaro, se remontan y suben a gran altura con sus dos alas. Con la oración y el amor que a Dios tienen, se elevan con estas dos alas sobre todo lo creado y se vencen a sí mismas; y cuando acaban de vencerse, se posan en el Monte Calvario, y allí, fijando su mirada, como si allí estuviera todavía el árbol de la Cruz y el dulce Jesús, Redentor Divino en ella, como castas palomas tienen sus arrullos con el amor de sus amores y con ellos manifiestan al amado de su alma que están dispuestas con grande alegría a aplicarse a la mortificación y propio vencimiento, tan pronto como la ocasión se les presente. Y se las presenta continuamente, porque cuando en sí no hallan en qué mortificarse y vencerse, lo hacen las demás criaturas, permitido y dispuesto por Dios.

Y cuando no hay alguna criatura que las mortifique, se encarga entonces Dios; y Dios lo hace, como quien es, grande en todo, demostrando con esto Dios al alma que quiere ser suya, que la mortificación ha de ser continuada, como lo es el latir del corazón.



Animémonos a ello, ya que no tenemos otra cosa que dar a nuestro amable Jesús. ¡Oh qué deseo tenía de dar la vida por nosotros!

Pues digámosle nosotros a Él: ¡Señor!, hambre y sed tengo de morir a mí mismo en todo, para no tener vida sino en Ti, para que, empezando en esta vida, continúe por los siglos sin fin. Así sea.

4. La escuela del Espíritu Santo; dónde la tiene, cómo la ejerce y qué es lo que enseña. Con la práctica de estas sus enseñanzas se adquiere la verdadera santidad.

Este Divino Maestro pone su escuela en el interior de las almas que se lo piden y ardientemente desean tenerle por Maestro.

Ejerce allí este oficio de Maestro sin ruido de palabras y enseña al alma a morir a sí mismo en todo, para no tener vida sino en Dios.

Es muy consolador el modo de enseñar que tiene este hábil Maestro; y para enseñar los caminos que conducen a la verdadera santidad no quiere poner escuela en otra parte, sino en el interior de nuestra alma; y se da tal arte... y maña... para enseñar..., es tan hábil y tan sabio, tan poderoso y sutil, que, sin saber uno cómo, al poco tiempo de estar con Él en esta escuela, se siente todo transformado.

Antes de entrar en esta escuela, era uno rudo, sin capacidad, muy torpe para entender lo que oía predicar; y entrando en ella, con qué facilidad se aprende todo; parece como que transmite a uno hasta en las entrañas la ciencia y la habilidad que el Maestro tiene.

Su modo de enseñar no es con la palabra; rara vez habla, alguna vez a los principios; si se practica bien la lección que Él enseña suele hablar, pero muy poca cosa, para manifestarnos con esto su agrado; y tiene que estar la práctica bien hecha, porque en esta escuela todo es de practicar lo que se enseña, y si no se practica, es cosa concluida: la escuela se cierra y no se abre.

Porque aunque la escuela se da en el centro del alma, no puede uno entrar allí si no le mete el Maestro, porque aunque la persona quiera entrar ni puede ni sabe. Lo único que puede hacer es quedarse dentro de sí, no salir fuera, sino ponerse a la puerta, y muy de corazón llorar y sentir su falta desinteresadamente.

Porque el desinterés es como la piedra de toque de esta escuela, pues todo cuanto aquí se enseña, todo hay que practicarlo desinteresadamente, si no nuestras obras no tienen mérito ante nuestro Maestro.

A los principios calla, tolera, y no castiga; porque como es tan caritativo, se compadece mucho, porque ve que no sabemos, y nunca pide ni exige lo que no podemos.

Su modo de enseñar es por medio de una luz clara y hermosa que Él pone en el entendimiento.

Cuando anda el alma muy solícita en el cumplimiento de la práctica de la verdad que le enseña, junto con la luz que dejó dicha, dan como una saeta a la voluntad, y la voluntad al recibirla se siente toda encendida en amor a su Dios y Señor, y bien sabe ella cuando esto recibe que no es adquirida, sino dada; y esto nadie se lo dice, pero el alma bien lo entiende y conoce que es así.

En esta escuela hasta en el respirar parece que se respira sabiduría y ciencia, y toda esta sabiduría y ciencia va encaminada al conocimiento de Dios y al conocimiento propio, donde está como el fundamento de todo lo que enseña, y sin estar esto bien asentado en el alma, no da paso alguno; suspende toda lección y, hasta que esta verdad no echa como raíces en el alma, no pasa adelante con sus instrucciones.

De la penitencia nada nos dice. Sin duda, a mí me parece, que no nos instruye acerca de ella porque de suyo el alma se inclina a la penitencia más fácilmente que a la mortificación; lo que sí se ve con una de esas luces que da al entendimiento es que la penitencia sola, sin la mortificación, llena de soberbia el corazón; y por eso, en esta escuela se aprende a hacer la penitencia con mucha discreción; y se ve con esta luz que da este Divino Espíritu, que Satanás anda muy solícito, inclinando a las almas a hacer grandes penitencias.

En los santos tiene un fin y en los imperfectos otro; y mientras Satanás les inclina a la penitencia, de la mortificación les retrae; en la mortificación no hay peligro, por continuada que sea. La penitencia sola no santifica; la mortificación continuada hace grandes santos; con la mortificación continuada se consigue el morir a sí mismo en todo y se adquiere el puro amor de Dios, sin el cual ni hay amistad con Dios ni unión con Él, y menos la transformación, que ésta todo lo hace el amor.

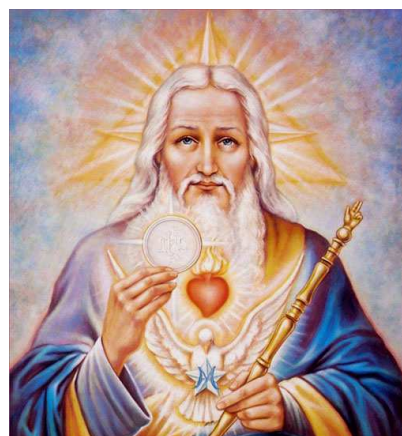
Con la mortificación continuada salimos de la propia esclavitud y nos hacemos señores de nosotros mismos. Con la mortificación continuada se llega a adquirir un reflejo del primitivo estado en que fueron puestos nuestros primeros padres; y como premio a la mortificación continuada se da Dios al alma, como en posesión en esta vida, y esto es lo que se aprende en esta escuela, porque todas las lecciones van encaminadas a esto: a la continua mortificación.

Hay una lección particular para el ayuno y nos enseña a no negar al cuerpo nada de cuanto necesita; pero a los apetitos nunca darles nada de lo que piden, quieren o desean, porque los apetitos nunca piden, quieren o desean por necesidad.

El cuerpo es el que pide por necesidad, y el cuerpo pide alimento y no pide más; pero los apetitos piden regalo y molicie, pues están siempre, como niños antojadizos, que no piden por necesidad, sino por antojo y capricho.

Por esto, a lo que más nos inclina este Maestro admirable es a la privación de todo lo que es regalo, y el alma, como tiene siempre como entre los ojos la tragedia sucedida en el paraíso, voluntariamente se priva de la fruta, queriendo, si pudiera, desagrar a Dios de la falta cometida por aquella triste madre, de cuya sangre estamos inficionados.

Porque todo cuanto se hace con las lecciones que en esta escuela dan y las instrucciones que aquí se reciben, el alma vive siempre olvidada de sí y no tiene otro fin en todo cuanto hace que el de agradar a Dios y lograr, si puede, el que Dios sea de todos amado.



De sí misma está olvidada, no piensa en adelantar en la virtud, ni en adquirir virtudes, ni en merecer gracia, ni en adquirir cielo, ni en santificarse.

Para ella y para las demás ni quiere, ni pide, ni desea sino el amar, si posible fuera, como Dios se merece.

Porque a Dios siempre hemos de tener el amor desinteresado que se enseña en esta escuela; a desear esto nos lleva y nos exhorta este Maestro Divino.

Él nos encamina a amar a Dios como Él nos ama. ¿Por qué nos ama Dios? Por nada, porque nada tenemos y nada le podemos dar. Nos ama por amarnos, pues amémosle también nosotros sólo por amarle.

Él nos quiere dar su dicha y bienaventuranza eterna; no tuvo otro fin al crearnos que crearnos para tanta dicha y ventura.

¡Oh Santo y Divino Espíritu! Mira que no atinamos a emprender los caminos que a Ti nos conducen.

El amor desinteresado que debemos a Dios, dueño y Señor nuestro, no prende en nuestras almas; la mortificación continuada es un ejercicio desconocido y estos dos ejercicios nos son tan necesarios para ir a Ti.

¡Oh Vida de nuestra vida y Alma de nuestra alma!; como al pájaro le son necesarias las alas para volar, que fue el fin para el que fue creado. Así estamos nosotros, Santo y Divino Espíritu, sin alas para volar hacia Ti.

¡Ven, Santo y Divino Espíritu! Ven como Maestro y enséñanos desde este día el ejercicio de amor desinteresado; prende ese fuego de amor divino en nuestras almas y con él es cierto que el ejercicio de la mortificación lo emprenderemos con gusto.

Ven, que viniendo Tú es cierto que todo está conseguido, que te amaremos como debemos y te daremos el consuelo que Tú tanto deseas, que es el que gozemos contigo por los siglos sin fin. Así sea.

La mortificación. La mortificación para el que aspira a la santidad debe ser lo que la respiración para el cuerpo; si ésta falta, el cuerpo no puede tener vida; así nuestra alma, en lo que se refiere a la santidad que desea.

Tanto tendré de santidad cuanto tenga de mortificación, porque la santidad es todo lo contrario de lo que muchos creen; muchos miran y juzgan por santos al que tiene éxtasis, arrobamientos, visiones, revelaciones, dulzuras, consuelos y otras mil y mil cosas que siente el alma en la vida espiritual.

Nada de esto es necesario para llegar a una gran santidad.

La santidad se adquiere por la mortificación y en ella se perfecciona por la mortificación; a los muy mortificados suele Dios darles a gustar de estas cosas como para premiar su continuado trabajo.

Porque la mortificación continuada es el purgatorio en vida para la naturaleza rebelde; ya sabe ella que para gozar nos criaron.

Por eso no es posible practicar la mortificación, sin que cueste trabajo.

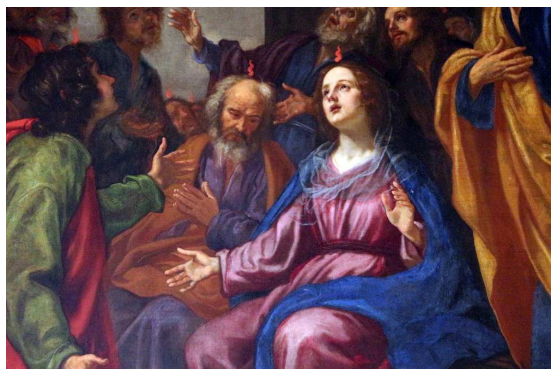
En otras cosas se adquiere como hábito y costumbre y esto hace que no cueste; pero tratándose de mortificarse y vencerse uno a sí mismo, para con ello agradar a Dios, esto siempre cuesta.

Y por esto Dios da estas cosas de dulzuras y consolaciones, en premio al continuado vencimiento en todo que el alma tiene, si está hecho con el fin único de agradar a Dios.

Pero mirad, como os miráis en un espejo, a todos aquellos que han querido ser siempre fieles al Señor. Miradles cómo lloran y sienten y se avergüenzan cuando Dios les da a gustar estas cosas.

Cómo se valen de la misma prueba de cariño que Dios les da para obligarle a que nada de esto les dé.

Pues animémonos nosotros a imitarles en esto y a mortificarnos sólo por dar gusto a Dios con ello y manifestarle con esto nuestro amor puro y desinteresado, para lograr con todo ello el amor a Dios en esta vida y continuar amándole por los siglos sin fin. Así sea.



5. Instrucciones graves que nos da este sapientísimo Maestro; y digo graves, porque son tales que, cuando no las cumplimos, Él huye de entre nosotros y nos impiden el adquirir la unión con Dios.

Las instrucciones que hoy digo nos da este sabio, hábil, prudente, discreto, activo, dulce y cariñoso Maestro, que todos estos títulos merece, porque todo esto que de Él digo, parece que, al darnos estas lecciones, todo nos lo quiere transmitir y grabar para que, así como Él obra con nosotros, obremos nosotros con nuestros prójimos en general, ya sean amigos nuestros ya no lo sean, o ya sean declarados enemigos; a todos quiere que tratemos igual, con la caridad que Él nos enseña.

Estas instrucciones no nos las da ni nos las hace ver y entender por medio de la luz que ya dije da al entendimiento; van directamente a la voluntad, pues allí las deja como impresadas y grabadas en lo más íntimo de nuestra alma, con el fin de que jamás se nos puedan olvidar, y si nosotros queremos ser agradecidos a tantas manifestaciones de cariño y amor como nos da este nuestro inolvidable Maestro, debemos tener estas sus enseñanzas no como instrucciones, sino como mandatos.

Así los debemos poner por obra y con toda la aceptación de nuestra voluntad.

Nos dice que hablemos y obremos siempre con sencillez y que a nuestro prójimo nunca le hablemos ni tratemos con doblez bajo ningún pretexto.

Dice que la sencillez es el carácter propio de los hijos de Dios y la doblez y fingimiento es propio de Satanás y sus secuaces y que esta semilla la puso Satanás en el corazón de la mujer y con ella la vanidad, cuando la sedujo a cometer el primer pecado; y dice que es tal el aborrecimiento que tiene Dios al que trata con doblez a su prójimo, que ninguno de éstos entrará a gozar de su descanso.

Nos exhorta también a que con propia voluntad nunca hagamos ningún acto, por pequeño que éste sea, y que debemos dar en nuestro corazón preferencia de aprecio y estima a todos aquellos que con sus contradicciones y privaciones nos ayuden a arrancar de nosotros la propia voluntad.

Nos exhorta a que seamos exigentes con nosotros mismos, encaminando nuestra existencia a toda virtud y perfección y a tener mucha tolerancia con los demás; que tengamos siempre mucha prudencia y obremos con discreción y que andemos con mucho cuidado, porque Satanás, nuestro común enemigo, siempre anda entre nosotros sembrando cizaña para que nosotros recojamos la discordia, que es el fruto que da la semilla que él tira y nos enseña los modos y maneras que él tiene de disfrazarse.

Usa mucho el disfraz de falso celo, que es para las almas consagradas al servicio del Señor la careta con que se cubre y aparece enmascarado con apariencias de celo, porque todo lo conoció perfectamente; porque le dio el Espíritu Santo tan privilegiada inteligencia que con ella conoció toda virtud y perfección; pero no la quiso practicar y por eso sabe tan perfectamente el oficio de seducir y engañar con virtudes aparentes y fingidas; todo lo que él abarca es aparentar y fingir.



Pues al rebelarse contra Dios, en esto vino a parar todo su saber y su ciencia: a engañar, seducir, fingir y aparentar, y esto es ahora todo su saber y toda su ciencia.

Y toda esta su ciencia, sabiduría y poder satánicos los destruimos nosotros con sólo seguir la verdad y con esto sólo le dejamos avergonzado, humillado, confundido y en su misma soberbia más y más abatido.

Vuelve a insistir en que nunca con doblez hablemos ni tratemos a nuestro prójimo por lo desagradable que esto es a Dios; y nos prohíbe hablar, decir y manifestar de cualquier

modo o manera que sea las debilidades, imperfecciones, faltas o pecados de nuestros prójimos, y dice que el modo de tratar nosotros estas cosas de nuestros prójimos es con Dios, para pedirle gracia y perdón para ellos.

Nos exhorta como a viva voz y con mucha energía, contra la envidia espiritual, que jamás nos dejemos seducir de Satanás a cometer este pecado y el que lo comete es ladrón declarado que roba a Dios la gloria y la honra que Dios se merece y que todos estamos obligados a darle.

En contradicción a este pecado dilatemos nuestro gozo cuanto nos sea posible, siempre que veamos u oigamos hablar en alabanza de nuestro prójimo y jamás nos angustiemos con esos humillos de envidia con que los imperfectos oyen las alabanzas del prójimo o cuando los ven hacer algún acto de virtud, porque dice que el que tiene este pecado está como dominado por él y cuanto ve y oye del prójimo todo le da en rostro, como si le



viera cometer graves pecados, porque la envidia espiritual roe hasta las entrañas del que la tiene y su ruina espiritual es segura.

Y digo que a viva voz nos lo dice, porque hasta los sentidos parece que participan de su instrucción.

Y nos enseña que cuando con falso celo nos veamos perseguidos, acusados y reprendidos, guardemos riguroso silencio y les abramos nuestro corazón lleno de amor y cariño, siempre que ellos nos busquen, sin darles la menor muestra de resentimiento. Porque, con todo, nos ayudan mucho a lograr más fácilmente la santificación de nuestras almas.

También nos exhorta mucho a que no tallemos ni pulamos a ninguno de nuestros prójimos, porque el que talla y pule a otro está muy lejos de la propia santificación.

También nos exhorta mucho a que tengamos gran temor y desconfianza no de Dios, sino de nosotros mismos, cuando nos alaban y ensalzan, porque la alabanza, la honra y la gloria que nos dan no la merecemos nosotros, sino Dios que es el que nos ha dado todo cuanto tenemos, y por lo que los hombres nos alaban y ensalzan.

Además, Satanás, nuestro común enemigo, sabe que de los discípulos de esta escuela él poco saca, porque no tiene posibilidad de entrar en esta escuela,

por una parte, y, por otra, aunque quiera andar por las afueras de ella escuchando, nada adelantará, porque allí no hay ruido alguno; allí todo pasa en quietud, reposo, silencio y todo en profunda reserva.

Es la reserva que allí se usa y ejercita tal, que todo cuanto allí recibe el alma, todo en el centro del alma se queda guardado y como escondido, para que ni Satanás ni las criaturas puedan saber cosa alguna.

Y se recibe, porque bien entiende el alma que le es dada una como natural reserva de lo que la dan como si la pusieran un candado para hablar, que mientras Dios no se lo quita, no puede decir cosa alguna de lo que entre Dios y el alma pasa.

Pero hay cosas que entre Dios y el alma se quedan reservadas en el mismo Dios. Una comparación: Me lleva el Rey a su palacio y me enseña las cosas que él tiene allí reservadas; de aquellas cosas me da muchas a mí; yo las guardo en mi casa también reservadamente, y de lo que me enseñó sólo para que yo lo supiera, lo viera y gozara sin otro fin más que éste, digo que quedaron en el Rey reservadas.

Satanás, que anda tan solícito por saber, no puede lograrlo ni halla medio de conseguirlo, y ¿qué hace entonces? Se vale de las criaturas, a ver si lo puede lograr, y movidas por él dicen alabanzas y ensalzamientos tales que las criaturas la suben hasta el tercer cielo como a San Pablo, con el fin de ver si la puede hacer caer en algún pensamiento vano o en alguna complacencia por donde él pudiera averiguar por dónde anda.

¡Oh Maestro inolvidable! ¿Qué son todos los sabios ante Ti? Da este tu saber a todas las almas que Te están consagradas para que con él se vean libres de todas las astucias de Satanás y consigan con seguridad tu posesión eterna. Amén.

Amar a nuestros prójimos puramente por Dios y como Dios nos manda que amemos y como Él nos enseña.

Amar a nuestros prójimos por Dios es el estar atentos en todo a prestarles nuestros servicios, si en algo nos necesitan, sin poner nuestros ojos en ellos, con el fin de ver si es nuestro amigo o enemigo, si habla bien o mal de nosotros, si es agradecido o ingrato a nuestros favores; porque si lo hacemos puramente por Dios, Dios no se puede portar con nosotros mejor que se porta.

El atributo de su bondad siempre está ejecutando sus bondades con nosotros y nosotros, ¡con cuántas imperfecciones hacemos las obras que pertenecen a su santo servicio!

Y esta infinita bondad no se retrae de darnos en abundancia su gracia, sus virtudes, sus dones y sus frutos; no aspira sino a enriquecernos y se goza y se gloria en vernos cargados de sus tesoros divinos, y cuando Él nos ve llenos de estas riquezas, es como si se honrara – ¿qué digo, como si se honrara? – se honra de veras en ello.

Y cuanto más nos da, más su infinita bondad quiere darnos.

Pues resolvámonos a amar desde hoy a nuestros prójimos puramente por Dios y como Dios nos manda amarles y como Él enseña.



Hemos de manifestar el amor a nuestros prójimos para cumplir bien el mandato de Dios, no con los afectos de nuestro corazón, que éstos son para Dios sólo, sino con las obras, gozándonos, con toda nuestra alma y corazón, cuando vemos que los demás le alaban, le honran, y le engrandecen, y no sacar nunca alguno de sus defectos, con lo que manifestamos lo aborrecible que nos es el que le alaben y ensalcen.

Esta conducta nuestra contrista grandemente al Espíritu Santo y se da por ofendido.

Y así como quiere que nos gocemos en sus alabanzas, así quiere que nos apenemos y de alma y corazón sintamos su deshonra y menosprecio. Resolvámonos desde hoy a observar esta conducta con nuestros prójimos y daremos con ello placer y contento a Dios, que tanto se goza en que demos frutos de vida eterna. Así sea.

6. Camino por donde se adquiere la verdadera santidad: no es otro, ni lo hay, que con más seguridad nos lleve y con que más pronto la santidad se consiga, que con el propio vencimiento y la propia mortificación; difícil cosa para nosotros, pero es muy fácil por la gran ayuda que tenemos en el Espíritu Santo.

¡Oh si todas las almas que aspiran a la santidad y que con delirio la desean, se convencieran de esta verdad; pronto, muy pronto, conseguirían lo que desean, porque es una pena, al menos a mí me la causa, ver tantas almas aspirar a la santidad y que no hallan el medio de conseguir lo que desean!

Ellas meditan y oran mental y vocalmente, ellas ayunan y hacen grandes penitencias, ellas visitan a los enfermos y socorren a los menesterosos, se compadecen de todo el que sufre, comulgan con fervor, oyen la Santa Misa con devoción, se confiesan con verdadero dolor de sus faltas, no digo de pecados, porque todos los que esto hacen, por la infinita misericordia de Dios no los cometen; no digo que estén libres de cometerlos, pero por la infinita misericordia de Dios no los cometen.

Y ¿cómo es que llevando esta vida no logran una mayor santificación de sus almas? Es porque les falta poner por obra lo principal que hay que practicar para conseguir la santidad.

La santidad se adquiere muriendo uno a sí mismo en todo, y esta muerte se adquiere con la mortificación de las pasiones, de los sentidos y de los apetitos, esto en lo que toca al cuerpo; en lo que toca al alma, haciendo que muera la propia voluntad, el juicio propio y la vanidad y todos los apetitos del alma.

Conseguido el vencimiento de todo esto, es cierto, certísimo, que llega esta alma a lograr la santificación. Difícil cosa de conseguir, ¿a qué negarlo?

Si la miramos por la parte que toca a nosotros, ¡oh qué difícil es adquirir la santidad!; mas si miramos a la parte que Dios tiene en la santificación de nuestras almas, ¡qué fácil es alcanzarla!

Mirad qué difícil hubiera sido a cada uno de nosotros salir de nuestra niñez natural sólo por nosotros mismos; pues esto mismo, tan difícil de lograr en lo que toca a nosotros, nos ha sido fácil salir de ella a la sombra y amparo de una madre que Dios nos dio, que nos cuidó y nunca nos dejó de amparar, hasta que con sus cuidados y desvelos hemos logrado llegar a nuestro completo desarrollo.

Pues esto que hemos logrado en la vida natural con los desvelos de una madre, en la vida espiritual lo logramos con el esmero con que nos enseña, instruye, aconseja y gobierna y nos defiende de todos los asaltos de nuestros enemigos el Espíritu Santo.

Sin Él ni tenemos nada ni podemos nada; con Él lo tenemos todo y lo podemos todo.

Él nos da todo el armamento que necesitamos y nos enseña la más hermosa y bella instrucción, donde se aprende el manejo de las armas para que, con el manejo de ellas, salgamos siempre vencedores y nunca vencidos, en los grandes combates que hemos de tener con nosotros mismos, que son los mayores; después, con los amigos y parientes, y toda esta presente vida con Satanás, nuestro común enemigo, porque tan pronto como nos resolvemos a emprender el camino que conduce a la verdadera santidad, es Satanás el que se presenta a la pelea, no fía en sus satélites.

Antes de emprender este camino sí fía en ellos, y bien desempeñan el oficio de diablos; pero a los que van camino de la santidad no fía en ninguno, de todos desconfía; él por sí mismo pelea, aunque de nada le vale.

Porque este Santo y Divino Espíritu nos hace entrar en un tan fuerte castillo y allí, retirados del mundo, desconocidos de los amigos y parientes, y hasta de nosotros mismos, luchamos y vencemos y no nos damos apenas cuenta de lo que allí hacemos, porque aquí el manejo de armas se hace con tal silencio, en tal reposo y quietud, que ni el mismo que lucha y vence se da cuenta que está luchando y venciendo; y hay luchas y derrotas brazo a brazo con Satanás, pero eso es más tarde.

Ahora, a los principios, a entrenarnos dentro de este hermoso castillo, donde Satanás no sabe ni puede saber nada de nosotros, porque tan pronto como él entiende que una alma emprende el camino que conduce a la



santidad, ya no la deja; la estudia detenidamente todas sus aspiraciones, sus inclinaciones, sus deseos, sus costumbres, sus amistades, hasta sus devociones, todo, todo, con el fin único de seducirnos, engañarnos, sin tener en ello otro fin que llevarnos a la hipocresía y fingimiento.

Porque a las almas que van camino de la santidad no las excitan las pasiones; a los principios, sí; los apetitos son los que excita desde que uno empieza la vida interior hasta que venga la muerte; siempre tiene esperanzas de vencernos por aquí y engañarnos y seducirnos con lo más santo, con lo mejor que hay. Con la gracia, con las virtudes, con la misma santidad que deseamos; por aquí nos entra.

¡Oh, si no fuera por el Espíritu Santo, pronto nos derrotaba y vencía!

Pero este Santo y Divino Espíritu con sus enseñanzas, consejos e instrucciones, nos pone tan al corriente de todas sus falsedades y astucias, que cuando él viene a la lucha ya sabemos lo que busca, lo que pretende y todo cuanto él piensa hacer de nosotros.

¡Oh lo que es el Espíritu Santo para nosotros en lo que se refiere a lograr la santificación de nuestra alma!

¡Oh qué bien sabía Jesucristo la necesidad que todos y para todo íbamos a tener del Espíritu Santo!

Por eso, cuando le seguían sus apóstoles y discípulos y les hablaba por medio de parábolas y ejemplos, con aquel trato familiar que con ellos tenía y no podía hacerles entender las cosas, ni había medio de hacerles salir de su ignorancia y rudeza, decía: “Con bautismo de sangre es menester que Yo sea bautizado ¡y cómo me angustio hasta que se cumpla!”

Porque ardía su corazón en deseos de alcanzarnos cuanto antes el Espíritu Santo.

Tenía como en reserva, guardado en su corazón, el pedir al Eterno Padre este don, sobre todo don, y esperaba a que estuviera pendiente en la Cruz para pedírselo.

Porque la sabiduría del Divino Verbo era la que impulsaba a aquel Corazón amante a desear para nosotros y la que gobernaba y dirigía a esta Humanidad Santísima; porque estas dos naturalezas, unidas como estaban, cuando hablaba Jesucristo, hablaba el Divino Verbo, sabía lo que pedía y cuándo y cómo lo había de pedir para alcanzarlo.

Bien sabía el Divino Verbo, sabiduría infinita, que sin el Espíritu Santo de poco nos valiera que el Padre nos creara y que Él, habiéndose hecho hombre, nos redimiera; sin el Espíritu Santo no podíamos llegar a conseguir el fin para el que habíamos sido creados y redimidos, porque sin el Espíritu Santo no podemos conocer a Jesucristo, y menos amarlo.

Y así como no podemos ir a gozar de aquella Divina Esencia, si no es por Jesucristo, tampoco podemos ir a Jesucristo, si no es por el Espíritu Santo.

¡Oh qué deseo ardía en aquel Corazón Divino de Jesucristo de darnos el Espíritu Santo!

Para convencer a los apóstoles y discípulos de la necesidad de dejarles, no halló otra razón más poderosa que decirles: “Conviene que Yo me vaya; porque si no me fuere, no vendrá sobre vosotros el Consolador.”

¡Oh Corazón Divino! ¡Cuánto sufriste los tres años de tu vida pública, viendo que desconocían muchos hombres la verdad y no había medio de hacerles entender las cosas según verdad ni medio de hacerte entender de ellos!

¡Oh lo que es el Espíritu Santo! ¡Oh y qué no hiciste para alcanzarnos! ¿Y por cuánto hubiste de pasar hasta que lo conseguiste? ¡Oh Santo y Divino Espíritu! Con sobrada razón enamoras con tus enseñanzas e instrucciones a todos los discípulos de tu escuela para que todos amen con delirio a este Corazón Divino que nos amó treinta y tres años con amor sacrificado. Señal la más cierta del amor puro con que siempre nos amó.

Tus exhortaciones siempre son a que amemos aquel Corazón herido por amor nuestro, que no busca ni quiere sino nuestro amor; y que, sediento, nada le refrigera sino el amor; nada pide, sino amor; no vive, si no ama, y muere por ser amado.



¡Oh Santo y Divino Espíritu! Aumenta el número de almas interiores que vengan a tu escuela y en ella aprendan a amar a este Corazón Divino que tanto nos ama.

Y mirad que este Corazón que así nos ama es el corazón de un Dios que para nada nos necesita; somos nosotros los que le necesitamos.

¡Oh almas interiores! Todas unidas hagámosle ramilletes de mirra escogida y presentémoselos a este Corazón angustiado por la falta de amor que le tienen los hombres, y digámosle que con amor sacrificado siempre le vamos a amar, y que sólo anhelamos y pedimos el que nos sea su amor la única causa de nuestra muerte. Así sea.

Poner por obra los medios de nuestra santificación.

El obsequio que hemos de hacer este día al Espíritu Santo es poner por obra y con resolución verdadera los medios de lograr nuestra Santificación.

¿Cuáles son? Ya lo sabemos: el propio vencimiento y la propia mortificación.

Difícil de practicar; pero si os resolvéis a entrar de lleno en la vida interior, allí, en la escuela, donde tenemos por Maestro al Espíritu Santo, con Él, ¡oh qué fácil es todo!

Porque apenas nos ve cobardes, Él arenga al alma de una manera tal que el oírle es encenderse el alma en deseos de emprender aún lo más difícil y con ánimo varonil entra en batalla consigo mismo y con aquel valor con que lucha, negando a sus apetitos lo que piden, sale vencedor en todo.

Y mirad el premio que le dan por haber luchado y vencido a todos sus apetitos y de todos ellos salir vencedor; dan a todos los que así luchan y vencen un premio regalado, no merecido; porque este premio, que es un don de Dios, jamás el alma podría ponerse en condiciones de merecerlo.



Pero es tal el contento que le damos cuando así luchamos y vencemos, que por premio nos da gran ayuda para luchar y vencer, y con ella Satanás queda siempre vencido y derrotado, y este premio que nos da y este don que nos regala es un modo de orar sin interrupción, que no nos impide tener ni el sueño, ni el recreo, ni el hablar con nuestros prójimos, ni el comer, ni el trabajar, sea cual fuere nuestra ocupación, con cosa alguna es interrumpida, y con ella se adquiere el trato familiar que Dios con el alma tiene.

Mirad si queda nuestro trabajo bien pagado con lo que nosotros jamás podemos merecer y tan gratuitamente nos lo da.

En esta escuela del Espíritu Santo se llama a esta oración el latir del corazón divino, por ser la ocupación continua de este corazón amante.

Con ella Jesús glorificaba a Dios su Padre continuamente, empleando su oración en la salvación de todo el género humano.

Pues trabajemos con nosotros mismos hasta darnos completa derrota, para que nos sea regalado este don.

Y una vez que nos lo den, sea también el latir de nuestro corazón la salvación de toda la raza humana, y entre en amistad nuestro Dueño y Señor con nosotros y jamás la perdamos; y habiendo empezado en esta vida, dure por los siglos sin fin. Así sea.

7. Enseñanzas e instrucciones que nos da este Divino Maestro acerca de lo que a Dios más le agrada y a nosotros grandemente nos aprovecha.

No os quiero decir nada acerca de los inmensos consuelos y dulzuras que el alma y el cuerpo, sentidos y potencias, sienten en esta escuela, dirigidos por un tan admirable Maestro como lo es el Espíritu Santo, porque el buscar a Dios por lo que da, o por lo dulce que es, es el medio de nunca gustar, ni sentir, las dulzuras y consuelos que se desean, y además es el gran estorbo y no pequeño impedimento para lograr la unión con Dios.

Todo se alcanza, todo se tiene, porque todo nos lo dan cuando sólo a Dios buscamos por quién Él es, no por lo que da ni por lo que nos ha prometido, sino sólo por ser quien es.

A Dios hay que buscarle, servirle y amarle desinteresadamente; ni por ser virtuoso, ni por adquirir la santidad, ni por la gracia, ni por el Cielo, ni por la dicha de poseerle, sino sólo por amarle; y cuando nos ofrece gracias y dones, debemos decirle que no, que no queremos más que amor para amarle, y si nos llega a decir pídemelo cuanto quieras, nada, nada le debemos pedir; sólo amor y más amor, para amarle y más amarle.

Esto es lo más grande que podemos pedir y desear, por ser Él la única cosa digna de ser amada y apetecida, y convencidos de esta verdad, pasemos adelante, hablando de lo que a Dios más le agrada y a nosotros grandemente nos aprovecha.

Es tan hábil para enseñar este sapientísimo Maestro, que lo más admirable es ver su modo de enseñar. Todo es dulzura, todo es cariño, todo bondad, todo prudencia, todo discreción.

Ya dejé dicho que no usa de palabras para enseñar, sino rara vez.

Entonces suena la voz en la escuela, pero sin verle. Mas el que oye esta voz bien sabe que Él es, y se oye después que las lecciones recibidas las ha puesto en práctica todas con amor y desinteresadamente.

Ya dejé dicho que las lecciones en esta escuela todas hay que ponerlas en práctica, y si no se ponen es tiempo perdido y da su merecido castigo.



Y el castigo que da es no abrirse la escuela hasta no haber puesto en práctica las lecciones recibidas y no practicadas.

Y aunque se practique, el no haberlas practicado a su tiempo hay que llorarlos y sentirlos con el verdadero sentir, que también enseña, que es no sentirlos por el castigo o alguna otra mira, sino sentirlos muy de corazón sólo por haberle a Él faltado y por el disgusto que le damos tan grande cuando con nuestro modo de proceder le obligamos a que nos castigue.

Como nos ama tanto..., tanto, es tan grande su sentir cuando a castigarnos le obligamos, que nos castiga, tanto por obligarle a que nos castigue como por lo que hicimos mal hecho, pues no puede dejar de castigarnos. Eso lo entendemos nosotros bien en esta escuela.

Como es tan Santo y la santidad toda es justicia, si no castigara, no digo el pecado, sino la imperfección, no sería perfecto; y no ser perfecto en Dios sería una falta y en Él no cabe falta.

Porque en lo infinito no cabe falta y Dios es infinito en todo.

Y esto que es así, no lo sabemos por las lecciones que allí nos dan; esto que ahora digo se aprende con su trato familiar que, como Maestro, tiene con nosotros.

Es cierto y os hablo con verdad; creedme, que no se le ve, pero se le siente, se le palpa, se le gusta, se le saborea, se siente uno lleno de Él; se experimenta la transformación del alma en Él, hecha por Él, porque esto el alma con cosa alguna no puede lograr, ni adquirir, si gratuitamente el Espíritu Santo no se lo da.

Porque esta Persona Divina es como la acción de Dios, que descende a nosotros para unirnos a Él y hacernos por amor como una sola cosa con Él.

¡Oh verdadera riqueza! ¡Tesoro escondido! ¡Oh! ¿Dónde estás? ¿Cómo te han de hallar los hombres? ¡Salen fuera de sí para buscarlo y está este grande tesoro en el centro de nuestra alma!

Aquí ha puesto Dios nuestro gozo, nuestra alegría, nuestro consuelo, nuestra paz, nuestra tranquilidad, el paraíso de la tierra, donde se goza y disfruta del Cielo anticipado.

El gozar de esta escuela es tan consolador, que todos los goces del mundo juntos no tienen a él semejanza. Mas queden suspendidos los goces por ahora.

Sigamos el modo de enseñar de este tan admirable y sabio Maestro.

Con esa luz clara y hermosa que trae consigo y que la pone en nuestro entendimiento y allí la deja, ve aquella verdad que pone en el alma este sapientísimo Maestro. No tiene más que hacer el entendimiento que mirar la verdad y la ve perfectamente con la claridad de la luz que para este fin le han dado; y perfectamente la entiende sin trabajo alguno; la comunica el mismo entendimiento a la voluntad y ésta la ama, o la detesta y aborrece, según de lo que sea.

Porque si la verdad dada ha sido acerca de Dios, la voluntad se lanza a amarla ciega y desinteresadamente; si es la verdad recibida de sí misma, la voluntad no se mueve a amar, sino a quitar, aborrecer y detestar.

Porque todas estas verdades conocidas con la luz que dan al entendimiento, todas van encaminadas al conocimiento de Dios y al propio conocimiento; y como en Dios, todo cuanto ve y entiende, sabe que es digno de ser amado, la voluntad lo ama ciega y desinteresadamente.

Y como en ella ve y entiende perfectamente que todo cuanto en sí hay es digno de aborrecimiento y detestación, lo detesta y aborrece, con el firme propósito de trabajar cuanto pueda, hasta lograr arrancarlo de sí.



Con el arte que se da para enseñar este tan hábil Maestro, todo causa contento y gran placer. Y así como lo poco que se hace en bien de nuestra alma, cuando no se anda en esta escuela cuesta tanto, así, al contrario, cuando en ella se anda y en ella se persevera, cuanto más se hace, más se desea hacer.

Cuando uno se convence de la necesidad que tenemos de dar muerte al amor propio, al juicio propio y a la voluntad propia, y se ponen en práctica las lecciones que da este Maestro Divino para poderlo pronto conseguir, no hay palabras para expresar la dicha que el alma siente. Porque esto de hacerse uno señor de sí, no se sabe qué cosa es hasta que se consigue.

A este señorío no hay cosa que lo supere si no es la posesión de Dios en la bienaventuranza de la gloria. Es el paraíso en la tierra.

En esta práctica y con estas muertes quedan rotas todas las cadenas de la propia esclavitud; y con este señorío es uno tan dichoso, que no hay acá en la tierra dicha que a ésta se pueda igualar; y a esta dicha la sigue otra que es eterna, la posesión de Dios por amor en esta vida, dicha tan grande, que por todos los martirios que hubiera que pasar, pasaría el alma y el cuerpo; porque esta dicha todo nuestro ser la siente, la gusta, y saborea el raudal de tan inmensas dulzuras.

Y trae consigo el mismo goce la bienaventuranza de la gloria, porque se deja traslucir un no sé qué..., que no hay palabras para expresar lo que esto es.

Es como un grabado o sello impreso que pone el Amor de los amores en lo más íntimo de nuestra alma.

¡Oh vida mía! ¡Mi todo en todas las cosas! ¡Fortaleza mía! ¡Cómo preparas al alma con tu misma fortaleza! ¡Oh! ¡Cómo es que vive y no muere el que esto recibe, pues todo tiene fuerza sobrada para acabar con la vida natural?

¡Oh cómo hieres y sanas! ¡Cómo es para morir esta vida natural! Y ¿cómo es que no muere, pues tanto lo desea?

¡Oh Santo y Divino Espíritu! ¡Quién me diera el poder de poder hacer que todos emprendieran la vida interior del alma, para que fueras conocido y todos te desearan y buscaran, para que todos contigo, con tu ayuda, con tu gracia y tus bondades, lográramos la posesión de Dios por amor en esta vida, para con esto asegurar la bienaventuranza de la gloria, donde la seguridad es completa de no poderle perder y por los siglos sin fin amarle cuanto uno puede amar!



¡Oh Santo y Divino Espíritu! ¡Date a conocer a las almas que buscan, quieren y con delirio desean la santificación de sus almas! ¡Mira cuán gustosas han de venir a tu escuela y han de practicar con entera voluntad tus lecciones!, y tendrán el consuelo de tener a quien dar tus riquezas y tus glorias, en el tiempo y por los siglos sin fin, como Tú lo deseas, Santo y Divino Espíritu. Así sea.

Hacer firme propósito de no buscar cosa alguna que huelga a consolación, sino hacerlo todo por sólo servirle y darle contento a Dios.

Es también un poco difícil el hacer las cosas y no buscar algún consuelillo en ellas; porque todo nuestro ser sabe que para gozar y sólo para gozar fuimos creados; pero, pobrecillos nuestros primeros padres, Adán y Eva, los engañó y sedujo Satanás.

Pero esto no lo sintamos, porque nos remedió el Señor nuestro Dios ante el mal. Entrad en la vida interior y veréis qué comparación hay entre los goces de esta vida y la alegría de tener a Dios reinando en nuestra alma. Mirad lo que quiere y desea que hagamos el Espíritu Santo.

El que hace esto, da a Dios un grandísimo contento y a nosotros nos atrae grandes ventajas.

Mirad; poned vuestros ojos y corazón en no cometer faltas deliberadas o a sabiendas, como yo digo; y no dar a nadie, ni a persona, ni a cosa, algún afecto del corazón, por pequeño que él sea.

Y después de hacer esto, os sentís en la oración con sequedad y vais a Misa con sequedad y comulgáis con sequedad y hacéis todo con sequedad, y los vencimientos que Dios os pide los hacéis costándoos mucho, pero si los hacéis, aunque sea llorando, por lo mucho que cuestan, no temáis.

Al menos yo bien de ello he llorado, porque me quería vencer y no podía vencerme; pero, al fin, lo hacía.

Siempre que os examinéis y no halléis faltas deliberadamente cometidas, no temáis; yo, si os viera y tratara, por esta sequedad os daba la enhorabuena; porque el hacer las cosas que pertenecen al servicio de Dios en sequedad, es señal inequívoca que a sólo Dios buscamos y que por puro amor a Él lo hacemos.

Esto bien nos lo enseñan que es así en esta escuela divina, donde el Maestro es el mismo Dios.

¿Y quién mejor que Él sabe lo que le agrada y desagrada, lo que es mejor y lo que no es tan bueno, y lo que de suyo a nosotros nos aprovecha o daña? ¿Quién mejor que Él para saberlo?

Cuando el consuelo nos mueve a hacer las cosas del servicio del Señor, creedme, no buscamos ni nos movemos a hacerlo por Dios: nos mueve a ello nuestro amor propio y lo hacemos buscándonos a nosotros.

Pues a echar a un lado los goces; que para gozar, una eternidad de sólo goces nos está preparada; a padecer y más padecer por amor de Aquel que dio la vida por nosotros. Así sea.

8. La gran batalla que Satanás prepara para el alma, cuando la ve que persevera en su camino comenzado. Sufrimiento del alma en la batalla; el gran contento que damos a Dios con ella y lo que nos dan por haber peleado, no merecido, sino dado por el amor que nos tiene.



Cuando el alma se resuelve a no querer nada si no es el seguir a su amado Redentor, y poniendo en Él fija su mirada con el único fin de hacer por Él, si pudiera, lo que ve que ha hecho y sufrido por ella su adorable Redentor, enfurecido Satanás, prepara una gran batalla y a ella trae todo su ejército infernal.

Pues, ¿qué quiere?, ¿qué busca?, ¿qué pretende conseguir de nosotros Satanás que trae consigo todas sus huestes infernales?

Según enseñanzas de nuestro inolvidable Maestro, se propone arrancar de nosotros las tres virtudes teologales. Pero donde va directamente a poner el blanco es en la fe, porque conseguida ésta, fácil cosa le es conseguir las otras dos; porque la fe es como el fundamento donde se levanta todo el edificio espiritual, que es lo que él quiere y desea y pretende destruir.

Dios entonces calla; no le impide su intento, antes prepara los caminos para que sea más ruda la batalla.

Y también Dios tiene en ello sus fines, porque el prepararle los caminos es para dejarle en la batalla confundido, burlado y derrotarlo con la más completa derrota, y salgamos nosotros vencedores de esta batalla y quedemos invencibles en lo por venir.

Cuando Satanás ya se acerca a la pelea, lo primero que echamos de menos es la luz clara y hermosa que Dios nos había dado para con ella conocer la verdad.

La escuela se cierra; la memoria y la razón, por la fuerza del dolor y sentimiento que el alma tiene, parece que se ha perdido.

¡Pobre alma! Quiere buscar a su Dios, y no sabe. Le quiere llamar, y no puede articular palabra. Todo se le ha olvidado; con tan profunda pena, se siente sola, sin compañía ninguna.

¿A qué compararé yo este estado? Nada hallo, si no es a esas noches de verano, en que se levantan de repente esos nublados tan fuertes y horribles, que por su oscuridad tenebrosa nada se ve, sino relámpagos que asustan, truenos que dejan a uno temblando, aires huracanados, que recuerdan la justicia de Dios al fin del mundo, el granizo y piedra, que parece que todo lo va a destruir.

No hallo cosa a qué poderlo comparar: sola, sin su Dios, siente venir a ella como un ejército furioso, que la gritan que está engañada, que no hay Dios, y la cercan por todas partes, llenos de retórica que le dan conferencias, sin ella quererlo, pero no la dejan un punto, y con razonamientos tan fuertes y violentos, que a la fuerza la quieren hacer creer que no hay Dios, y con horrible insolencia que no hay el tal Dios a quien ella busca, y como con poder sobre las potencias para no poder ni discurrir ni creer otra cosa si no es aquello que a la fuerza, y más que a la fuerza, quieren hacer entender y creer a uno que nada más se crea que lo que ellos dicen, y a ninguna otra cosa más se crea.

Allí está el alma toda oprimida con la más profunda pena, porque no sabe qué hizo para perder tan pronto a su Dios y la fe que en Él tenía; pues se ve entre tales consejeros por todos tan angustiada, que siente tienen su alma oprimida como uvas en el lagar; así, para no dejar en ella ni rastro alguno de fe.



Aquí enferma el alma de tanta pena, viendo que perdió a su Dios y le perdió para siempre por haber perdido la fe.

En esta tan inmensa y como infinita pena, allá a lo lejos y como una cosa que se soñó y que no se sabe que se ha soñado, se acuerda de la Iglesia y del amor que a ella debemos tener, y este recuerdo, como cuando a uno le ha faltado el conocimiento, y al volverle, quiere hablar y habla como entrecortadas palabras, así el alma sin voz, y tartamudeando, como que atina a decir: me uno a las creencias todas de mi madre la Iglesia y no quiero creer ninguna cosa más.

Y sin poder decir más, ni hablar, ni entender, así pasé meses y meses hasta pasados dos años.

Tenía dieciocho años cuando esto me pasó a mí, y cuando tanto yo sufría y lloraba sin consuelo la pérdida de mi fe, he aquí que amaneció para mí el día claro y hermoso.

Y así como yo, sin saber nada, en este estado me vi que me metieron, también ahora vi y sentí que de él me sacaron. Y cuando yo tanto lloraba la pérdida de mi fe, me vi de ella hermosamente vestida.

Tanto, que por todo pasaría antes que perder la fe; y si por un imposible, hasta la cabeza de la Iglesia dijera que no había Dios, yo le diría: existe Dios, y en testimonio de mi creencia, que me despedacen, pues hambre y sed tengo de verle.

¡Oh, lo que es Dios! ¡Oh, sapientísimo Maestro mío! ¿Por dónde me llevaste, para darme lo que me diste? Me desnudaste de la fe que yo tenía, para vestirme de una fe que nadie me podrá arrancar. ¡Oh Maestro mío, Maestro mío! Como eres, ¿quién te conocerá si Tú mismo no Te das a conocer?

Admirable eres en tu modo de enseñar, y más admirable en tus enseñanzas; pero eres inmensamente más admirable, cuando al entrar en el combate y al empezar la batalla me dejas sola y Te ocultas y ocultándote me ayudas en la pelea, para que salga de allí con el más glorioso triunfo, dejando a Satanás vencido, humillado ante sus satélites y derrotado con humillante derrota.

Y yo salí de allí con tal fe, que nunca mayor tuve; y bien puedo decir con verdad: Maestro mío, que habiéndome Tú vestido de una fe, la mayor que se puede tener, yo vivo sin fe, porque pasada esta tan cruel batalla, por ser con Satanás la pelea, me han dado a gustar, tener y sentir, poseer y gozar cuanto creí; por eso digo, que habiendo echado en mi alma hondas raíces la fe, que nadie me la podrá arrancar, y habiéndome Tú vestido de tan brillante fe, vivo sin fe; porque ahora tengo ya en posesión lo que creía y esperaba.

De la esperanza, ¿qué diré?, ¿que la tengo o que no la tengo? Diré, que ya tengo en posesión y en alto grado más de lo que yo esperaba.



arrullo de tus castos amores, y de Ti quedarán prendadas y enamoradas para siempre. Acuérdate, Bondad suma, que el Criador nos dio un corazón para amar y ser amados, y ellos no hallan sino amores falsos, fingidos y rastreros. Demuéstrales este tu amor, puro, casto, desinteresado, fuerte, dulce, afable, consolador, constante, duradero, que se dilata más y más cada día, que ni la muerte les separa, pues pasa a los confines de la eternidad, y allí por aquellas eternidades se dilata, y dilatado, ama por los siglos sin fin, mientras dure tu existencia que pasa y traspasa las eternidades, porque las eternidades Tú las formaste, todas salieron de Ti, Vida que siempre viviste en dilatados amores, y con ellos amáis a todos cuantos quieren ser de Ti amados. ¡Haz que entiendan esta verdad, dulce Bien mío!

¡Saca a las inteligencias de tanta ignorancia e ilumínalas con tu luz clara y hermosa, y que vean con ello lo infinito y dilatado que es tu amor; haz también que no quieran, ni busquen, ni deseen otro amor que el tuyo y correspondan a tu amor! ¡Cielo de los mismos cielos! Tenga yo el consuelo de verte conocido y amado de todas tus criaturas.

¡Oh! ¡Qué será verte por los siglos sin fin, dilatar las venideras eternidades, para los que Te han buscado, servido y amado, y dilatarlos en dilatados amores, los más puros y deleitables, como son los que brotan de la pureza y santidad de Dios, Divina Esencia, de las divinas perfecciones que en Él están encerradas, y de ellas gustar, sin que nadie nos lo pueda impedir, ni estorbar, ni disminuir; antes bien, aumentar!

¡Oh! ¿Qué será este vivir? ¡Señor, aquí me tienes! Ya sabes lo que Te quiero decir, y dame por ello, el que se cumplan en tus criaturas tus designios amorosos en el tiempo para que continuemos por los siglos sin fin. Así sea.

La confianza en Dios. El obsequio que hemos de hacer este día al Espíritu Santo, es no desconfiar jamás de Dios, ni entregarnos al desaliento, porque es el camino trazado por Satanás para llevar las almas a la desesperación.

Nunca le deis entrada en vuestro corazón a la desconfianza y al desaliento; mirad a Judas en qué total desesperación vino a parar por entregarse al desaliento. Y mirad a Pedro lo que fue por la confianza en Dios.

¿Por qué le llamó nuestro dulce Jesús a Judas, amigo, y a ninguno llamó con este nombre sino a él? Fue para alentarle a la confianza en Él.

¡Oh si Judas en aquel momento que el Señor le llamó amigo hubiese reconocido y llorado su pecado! ¿Creéis que Judas se hubiera desesperado y por lo tanto condenado? No.

Nuestro Maestro inolvidable, hablándonos de la grande falta que cometemos, cuando de Él desconfiamos, nos dice: que Judas, si hubiera ido a Jesucristo, confiando en que le perdonaría su pecado, Él no sólo le hubiese perdonado, sino que le hubiera tenido siempre como amigo y con obras le hubiera mostrado el título de amigo que le dio.

Pero Jesucristo solo no pudo salvarle; porque Dios que nos crió sin nosotros, nos dice este sapientísimo Maestro que no nos salvará sin nosotros.

Y ésta es otra prueba más del amor que nos tiene, por habérselo así manifestado. Porque sabiendo Dios, como sabe, lo astuto que es Satanás y lo que trabaja para que de Dios desconfiemos y no acudamos a Él, así cuando pecamos y le ofendemos, como cuando le damos gusto y contento en todo, ¿qué es lo que quiere Dios que hagamos? Siempre ir a Él con la misma confianza.

Pues qué, ¿nos ama menos Dios que nos ama nuestra madre? Mirad: siempre nos mira Dios como niños; porque siempre, en lo que a Él se refiere, como niños obramos.

Cuántas veces en nuestra niñez nos advertía nuestra madre: mira, no hagas tal cosa, que te vas a hacer daño; mira que te pego si haces tal cual cosa. ¿La hacíamos? Y al pie de la letra nos sucedía lo que nuestra madre nos había dicho.

Y ¿qué hacíamos? Pues gritar, y más gritar, llorar y decir: mamá..., mamá. Y si el daño que nos hicimos fue grave, ¡cuántos ayes dábamos a nuestra madre!, y no fiábamos ni de nosotros mismos, ni de nuestros amigos, ni de vecinos, ni de parientes, porque sabíamos que más que todos nos ama nuestra madre.

Así en lo espiritual. Aunque nos pegue y nosotros lo sepamos, clamamos por nuestra Madre.

Y nuestra Madre, ¿qué hace entonces? Ni aun nos castiga. Porque viendo el grave daño que tenemos, pone sus ojos en curarnos y nada más.

Y con título amoroso nos demuestra lo mucho que nos ama y lo que siente nuestro daño.

Pues si Judas, en lugar de desconfiar y entregarse al desaliento, como tierno niño que llama a su madre, hubiera llamado y pedido el perdón a Dios, Dios con entrañas que tiene más amorosas que las de una madre, le habría dado su gracia, le habría ayudado con ella al arrepentimiento y al dolor y todo quedaba remediado; Dios satisfecho y Judas en la amistad y gracia de Dios otra vez.

¡Oh, cuánto se apenó Jesucristo por no haber Judas observado esta conducta!

¡Pues no le apenamos también nosotros! ¡No nos entreguemos a la desconfianza y desaliento! Llamémosle siempre que cometamos imperfecciones, faltas y aun pecados graves.

Que Él, con su gracia y con su ayuda, remedia todos nuestros males, y quedamos tan perfectamente curados, como si nada nos hubiera ocurrido. Y observando siempre esta conducta, seguros estamos de poseer a Dios por los siglos sin fin. Así sea.



9. La última batalla que Satanás tiene con el alma, la más astuta que ha podido discurrir su saber y su malicia, pues lleva por fin en sus intentos el robar a Dios lo que es de Dios, y al alma llenarla de soberbia y con ella lograr el separarnos de Dios para siempre.

Viendo Satanás que con todo lo que él ha hecho para arrancar la fe del alma no ha podido lograr su intento, entra en sospecha si Dios habrá intervenido en la pelea; y sospechoso de esto, se resuelve a no entrar ya él en lucha con nosotros directamente ni con ninguno de sus secuaces, sino hacer que lo hagan las gentes que nos



tratan y hasta el mismo confesor, no diciendo éste nuestros pecados, porque en esto tiene que dejarse matar primero antes que decir ningún pecado; pero lo que sucede es que da muestras de aprecio al penitente, y puede hacerlo sin faltar al sigilo, y a esto es movido por Satanás. Y movidos por Satanás, he aquí que las gentes del mundo, sin fundamento y sin verdad, empiezan a decir: unos, que hacen grandes penitencias; otros, que tienen éxtasis, revelaciones, visiones, que son muy amados de Dios y favorecidos, y así otras mil cosas.

Y así como por medio de las campanas en un instante sabe todo el pueblo que hay quema y dónde la hay, así las criaturas, movidas por Satanás, hablan e inventan cosas que no hay. Todo movido por Satanás.

Porque ¿qué le importa a él que no haya verdad en lo que dicen para lograr lo que él intenta con todo ello? La cosa es, que tales cosas levantaron y dijeron, que con todo ello la gente dio a uno por santo. Y así en adelante la gente le llama y le apellida.

¡Pobre alma! ¿Qué sería de ti si no fuera por lo que has visto y aprendido en esta escuela divina, donde te dan por espejo a Dios, y en Él te miras y no dejas de mirarte hasta que bien te conozcas?

¡Oh! ¿Qué sería de ti, pobre hijo de Adán, si no te hubieran hecho ver con aquella verdad con que ves y palpas las astucias de Satanás y todos los intentos que se propone? Y ¿cómo te hubieras ahora escapado de sus garras, con el saber y poder que tiene, pues todo se lo dejó Dios, y él lo emplea todo en seducirte y engañarte astuta y maliciosamente?



¡Bendita seas, Luz Divina! ¡Mil y mil veces seas bendita! Porque con tu claridad conocí a Dios, grandeza suma, santidad consumada, fuente y manantial de toda perfección, verdad inmutable, poder infinito, vida verdadera, por quien yo vivo y en quien tengo la vida segura; pues por Él no la he de perder, porque Él me dio la verdadera vida del alma que hoy tengo y vivo; si hay algo en mí que no es pecado, de Él es; y si hay algo que merezca alabanza, Él me lo ha dado; yo de Él lo he recibido; yo nada mío tengo, porque soy la misma nada.

El barro fue mi principio y la tierra es la herencia de todo mi linaje. ¿Quién, si no es Dios, merece alabanza?

¡Oh! Anatema sea el que pronuncie alabanzas, y no las encamine a Dios, que es la única cosa que existe digna de ser alabada. ¡Oh, lo que somos cuando tu luz sobrenatural no ilumina nuestras inteligencias! Ladrones somos, pues Te robamos la alabanza que Tú mereces y la damos a las pobres criaturas. Somos ciegos, pues no vemos la verdad. Somos ignorantes, pues ignoramos dónde está

la verdad y dónde tiene su principio. Somos unos necios, pues necedad y grande necedad es el creer que una criatura pueda ser lo que la llaman y apellidan, cuando por sí sola ni un paso acertado y menos bien dado puede dar por el camino que a la santidad conduce. Somos insensatos, porque, ¿qué mayor insensatez se puede cometer, como la que nosotros cometemos, cuando vemos que la infinita bondad de Dios, viendo la pobreza de su criatura, la viste de sus virtudes y la adorna con sus dones, y la favorece cuando ve su miseria y ruindad, y en lugar de engrandecer y alabar la bondad de Dios que se lo da, alabamos a la pobre criatura que lo ha recibido?

¿Habrà mayor insensatez que ésta? Tú, que alabas los ayunos y penitencias hasta tal punto, y que le llamas y apellidas santo. ¿Sabes tú si en lo que hace, obra con la pureza de intención que debe, o si da a Dios en ello lo que Él le pide, o deja de hacerlo y hace lo que no debe; o haciéndose querer por lo que obra, por lo cual Dios grandemente se disgusta, y tú le llamas y apellidas santo?

¿Acaso Dios se paga con exterioridades, como nos pagamos nosotros? ¡Oh, que la verdadera santidad no la puso Dios tan afuera! La puso dentro y muy dentro, y allí quiere Dios que la busquemos, y allí sólo la veamos, y por lo que allí hay, juzguemos.

¡Y qué difícil es esto de conocer! Está allá en lo más íntimo del alma y del corazón; tan oculta y escondida a todos. Si no es Dios y nuestro entendimiento que allí se meta y vea lo que Dios aprueba y reprueba, ¿quién lo podrá saber? Si allí a nadie le es permitido entrar; ha dispuesto Dios, Sabiduría infinita e increada, que nadie

pueda penetrar, si no es Dios y la misma alma, y allí sin ruido de palabras, los dos secretamente se hablen y se entiendan.

Y esto que ha dispuesto Dios, al pie de la letra se cumple. Pues ¿cómo y por qué alaban sin saber? ¿Quién los mueve a ello? Nadie, sino Satanás.

Porque como Satanás quiso privar a Dios del contento que tenía en amar y ser amado del hombre, ahora es el instrumento que Dios tiene más útil y más a propósito para labrar, tallar y pulir a todos los verdaderos santos.

¡Oh! ¡Cómo no escarmentará con las derrotas que ha llevado! Pero ¿cómo va a escarmentar, si la soberbia y la venganza y la envidia son como su vida? La rabia es un mal que nunca se quita; muriendo se acaba. Y como él no pudo morir, siempre vive y vivirá en rabia y desesperación.

Como tiene tanto poder y tanto saber, y es tan malicioso y vengativo, tan mentiroso y traidor, hasta está convencido de que nos va a engañar; si no es por un camino, por otro.

Y Dios que tiene dominio sobre todos los poderes del infierno, calla, le deja que maniobre. Y cuando Satanás y todo su ejército tienen ya todo preparado, he aquí que el alma, con su Dios, derrota a Satanás y a todo su ejército dejándoles a todos burlados y confundidos.

Y sin Satanás saberlo, contribuye a que el alma, más y más enamorada de su Dios, le ame; a que Dios más se complazca en el alma y más la ame, y salida de la pelea adquiriera el alma, por su medio, un estado, al cual jamás hubiera acaso llegado y ahora en posesión lo tiene, pues se lo han dado como en regalo por la pelea, lucha y combate que con él ha tenido.

¡Oh qué modo tienes tan divino, Maestro mío inolvidable, de enseñar al alma, y por la propia experiencia hacerla ver y sentir las mismas cosas en tu sabiduría inmensa! ¡Dios inmutable en las batallas!

Pues lo más grandioso, lo más hermoso, lo más consolador y bello es verte vencer sin luchar, derrotar sin destruir, sin ser visto, ni sentido, ni oído de tus contrarios. La paz, la tranquilidad, el reposo y la quietud, son las armas que Tú enseñas a bien manejar, y con su manejo destruir a cuantos quieran pelear. Haz, Señor, que con estas armas luchemos siempre, para que quedemos vencedores de nosotros mismos, y triunfando de nosotros mismos, dejemos a Satanás para siempre derrotado y confundido. Así sea.



Hacer todas las cosas en verdad. Obsequio muy agradable al Espíritu Santo es hacer todas las cosas en verdad y con verdad, y según le gusta a Dios que las hagamos. Y una de las cosas hechas y dichas en verdad y con verdad es que ni alabemos, ni vituperemos, ni deseemos, ni rechacemos cuando en todo ello no echemos de ver la verdad. Alabar con verdad es cuando alabamos a los Santos beatificados por la Iglesia. Esto lo quiere Dios y es muy de su agrado.

Pero alabar a los que entre nosotros viven, porque les veamos favorecidos de Dios, esta alabanza no es dada según verdad.

Porque si se quiere alabar lo que se ve bueno en uno, alábase a Dios, que es el que se lo da y no se alabe a aquel a quien se lo dan.

En esto hemos de hacer lo que hacemos cuando vemos a un pobre vestido por la caridad de un rico; que luego los unos y los otros decimos cuando al pobre le vemos: Mira, ese traje y todo lo que lleva ese pobre se lo dio don Fulano, y nombramos a ese caritativo. Y con esto hacemos una cosa, según verdad.

Porque si en lugar de alabar al que se lo dio alabamos al que lo recibió, si nos lo oye una persona de buena inteligencia y sensata, nos diría, y con sobrada razón: ¿Por qué no alabas al que se lo ha dado y no al pobre que lo ha recibido? ¿No ves que eso no está bien y, por tanto, no se debe hacer?

Tampoco nos hemos de angustiar cuando nos vituperan, ni hemos de desear que nos alaben, porque tampoco en ello hay verdad.

Ver a uno hacer una cosa que está bien hecha y es razonable que así lo haga, y que al que lo hace le alabamos y le tenemos por santo. Sepamos todos que con esta alabanza hacemos el oficio de Satanás. Y es que todos los hijos de Adán tenemos una tendencia a la vanidad, como natural en nosotros, que todos hemos de hacer lo que podamos por arrancarla. Y que esto es verdad, vedlo en todos; alabad a uno, nunca por ello se pierde la amistad.

Decid a uno lo que decimos a un enfermo: mira que no estás bien; te he notado esto y esto, que son síntomas de enfermedad; él no se resiente, pero decirle que tiene tal y tal defecto, veréis si pierde o no la amistad.

¿Qué es esto sino efecto de la vanidad que reina en nosotros?

Pues ni alabemos ni queramos ser alabados, y habremos dado un paso por el camino de la verdad.

Y si queréis alabar, alabad a Dios, que es el que nos da cuanto de bueno tenemos, y con esto habremos hecho una cosa muy del agrado del Espíritu Santo. Así sea.



Los libros de esta escuela son dos: el primero que estudiamos nosotros tiene dos partes.

Se llama este libro “La Humanidad de Nuestro Adorable Redentor”. La primera parte toda ella contiene los hechos externos de Jesucristo, Divino Redentor nuestro.

Esta primera parte de este libro se estudia hasta que con el continuado estudio queda en nuestra memoria como un dibujo, y esto es para que siempre y en todas partes andemos en su presencia, y si logramos esto, nos dice nuestro Maestro que nos basta.

La segunda parte de él contiene la práctica de su contenido. En la práctica cada uno lo ha de hacer según sus fuerzas y según su capacidad; porque en esta escuela, aunque todos hemos de practicar las mismas cosas, como nuestro Maestro es tan prudente y discreto, tan compasivo y misericordioso, que nunca nos exige más de lo que cada uno puede; quiere que pongamos los ojos en el libro que Él nos da y cada uno haga allí lo que en el libro vea.

Porque esta Humanidad Santísima de nuestro Redentor, aunque para todos es el libro abierto que han de aprender y practicar, pero este Maestro inolvidable nos enseña y dice que también es el gran arquitecto, que dibuja y traza y levanta los edificios muy distintamente los unos de los otros.

En todos pone los mismos cimientos y emplea los mismos materiales; pero en su modo de levantarlos hay inmensa variedad.

Porque mientras a unos los levanta poniendo en ellos un solo piso, a otros con dos, a otros con más, y a algunos los levanta a grande altura, y a otros les pinta y herosea por dentro, dejándolos muy lisos por fuera; a otros los herosea tanto por fuera como por dentro; a otros los levanta en sitios donde no son conocidos ni vistos de nadie; a otros los pone para que de todos sean vistos y conocidos.

En fin, todo lo hace como su grande sabiduría lo traza, lo quiere y dispone. Lo que quiere es que cuando veamos a uno de los discípulos de esta escuela que le levanta Dios a grande altura y a nosotros nos deja, que le



ayudemos a dar gracias a Dios, porque se digna fijar en él su mirada y no cesemos de dar gracias por ello, pero jamás a la criatura la ensalcemos ni alabemos, porque nosotros no podemos saber si merece alabanza por lo que tiene o merece desprecio por lo que hace.

Porque al ver la disposición en que se hallan el corazón y el alma, que es lo que Dios mira y por lo único que se disgusta o complace, esto no lo podemos nosotros ver, porque en el corazón y en el alma, ¿quién puede entrar si no es Dios? Nadie más que Dios.

Cada uno en sí mismo vea lo que a Dios le agrada y lo que le disgusta.

Pongamos nuestros ojos en ver el interior de Jesucristo, para ver la disposición de aquella Alma bendita y de aquel Corazón amante, cómo obraban y el fin que llevaban en todas sus acciones, para nosotros hacerlo por los mismos fines que Dios hecho Hombre obraba.

Y esto muy bien se ve y se aprende en esta segunda parte del libro, que es en lo que nosotros hemos de insistir únicamente.

El segundo libro que hay en esta escuela está sólo a la disposición de nuestro Maestro. No nos lo explica, porque este libro, todo lo que él contiene, está sobre todo el entender de toda inteligencia humana.

Y para que tengamos una idea clara y verdadera de lo incomprensible que este libro es, ¿qué hace?

Como es tan sabio, tan poderoso y sutil para enseñar, cuando estamos ya al final de la práctica de la segunda parte del libro primero, queriendo como premiar nuestro esmero en poner en práctica cuanto hemos visto en él, ¿qué hace entonces?

Nos habla y nos dice que aquel libro tan sobre nuestro entender tiene por título “Divina Esencia, Dios”, y al punto se siente el alma con todas sus potencias que no es ella, sino con una fuerza superior que no sabe ella qué es, pero que arrebatada su alma y sus potencias.

Y la arrebatada sobre todo lo criado, no sólo de la tierra, sino de lo que llaman firmamento y nosotros llamamos Cielo, donde Dios puso a los ángeles cuando los crió.

Pues sobre estos cielos, allá... en inmensas y dilatadas alturas, fue arrebatada mi alma por una fuerza misteriosa y con tanta sutileza, que así como nuestro pensamiento, en menos tiempo de abrir y cerrar los ojos, recorre de un confín a otro confín, allí con esa mayor ligereza yo me veía allá, en aquellas inmensas y dilatadas alturas, y allí donde tiene Dios su palacio imperial, me hallé...

Lo que allí hay, ¿quién lo podrá explicar, si arrebatada el alma, a vista de aquellas bellezas, nada sabe decir? Todos cuantos allí están gozando de Dios se ven, se miran, se dan el parabién los unos a los otros.

Allí no hay palabra alguna que se oiga pronunciar. ¡Oh lenguaje divino!, que mirándose en Dios todos se entienden, y arrebatados todos, todos glorifican a Dios, y corriendo aquellos cielos tan dilatados con aquella agilidad con que se les ve siempre, y siempre están todos como en la presencia de Dios metidos, vayan donde vayan, recorran lo que quieran.

Siempre se hallan en la presencia de Dios y siempre arrebatados con su divina hermosura y belleza. Porque Dios es océano inmenso de maravillas y también como esencia que se derrama, y siempre se está derramando.

Y como lo que se derrama son las grandezas y hermosuras, dichas, felicidades y cuanto en Dios se encierra, siempre el alma está como nadando en aquellas dichas, felicidades y glorias que Dios brota de Sí.

Dios es cielo dilatado y por eso siempre se están viendo y gozando nuevos cielos, con inconcebibles bellezas y hermosuras, y todas estas bellezas y hermosuras siempre las ve y las goza el alma como en el centro de Dios. Y recorriendo aquellos anchurosos cielos nuevos siempre el alma se halla eternamente feliz.



¿Oh, quién podrá decir qué es aquello?

Si los querubines vinieran todos a la tierra, y con aquella inteligencia tan privilegiada que Dios les ha dado, y con el ardiente deseo que todos ellos tienen, de que Dios sea conocido en sus obras, empezaran a hablar, nada nos sabrían decir ni darnos siquiera idea de lo que aquello es.

De nuestro Dios, ¿quién habrá que nos pueda hablar y decir algo? No tiene cuerpo, ni forma, ni figura alguna. ¿Quién, por lo tanto, nos podrá decir cómo es Dios? ¿Qué cuerpo, forma o figura tiene la perfección de todas las perfecciones, la perfección de todas las hermosuras, si casi no podemos describir adecuadamente ni las cosas que vemos y palpamos?

Si no, decidme: ¿Qué forma tiene la claridad? Y ¿qué la aurora de la mañana? Y ¿qué la vida nuestra? ¿Y la de todas las flores, plantas y de todo cuanto tiene vida?

¡Oh vida que siempre viviste! ¡Única vida que vive! ¡Oh Dios mío y todo mío! ¿Quién habrá que nos pueda hablar de Ti y decirnos lo que eres?

Si el que Te ve queda arrebatado y olvidado de sí, no sabe si vive en sí, porque el solo recordarte transporta y saca de sí, ¿quién podrá decirnos algo de Ti? ¡Oh!, ¿a qué compararse el conocimiento de Dios que se adquiere en esta escuela divina y el que tenemos antes de entrar en ella?

No hallo otra comparación si no es la del ciego de nacimiento, que sabiendo lo que es la naturaleza por lo que le han dicho, de repente le quitaran su ceguera y viera la naturaleza tal cual ella es. ¡Qué bien sabría decirnos la diferencia que hay entre lo que le habían dicho y lo que ella es!

Pues, ¡Maestro mío!, tráenos a todos a tu escuela, para que, como el ciego, veamos lo que Tú eres, porque nadie nos lo puede decir.

¿Cómo va a poder decirnoslo con palabras la criatura que de su principio es la nada? ¿Cómo va a poder saber decirnos qué cosa es, lo que es, siendo incomprendible por su grandeza y majestad inmensa? No hay inteligencia humana ni angélica, por dilatada que sea, que nos lo pueda decir, porque toda dilatación que no sea lo dilatado de Dios, todo tiene su término, y llegando a su término, de allí no pasa. ¿Quién nos va a hablar de Dios y decirnos lo que es?

Nadie, nadie, ni del cielo ni de la tierra. Es foco de eterna luz, que encierra inmensos fulgores; manantial de perfecciones que encierra toda virtud. Cada una de sus infinitas perfecciones tiene su modo de ser, y por naturaleza es infinita en hermosura y belleza, tan arrebatadora, que el que la ve se arrebata y queda como enajenado y absorbido en la misma belleza y hermosura, y siente el transmitir de aquella hermosura y belleza, y al sentirlo, nuevamente se siente enajenado, absorto y arrebatado por una dicha y felicidad, que siente el alma en sí misma.

Y esta dicha y felicidad las ha sentido a la vista de una de las perfecciones de Dios.

Pues, ¿qué sentirá a la vista de todas las perfecciones y virtudes y atributos de Dios?

Y ¿qué será verse cada uno amado de Dios ante todos los ángeles y ante todos los hombres, con un amor como es el amor de Dios, que deja el alma embriagada en una felicidad, que no tiene semejanza, que llena de hartura, sin que el alma tenga cosa alguna que desear?

Que al alma y cuerpo aquel amor de Dios da hartura en toda clase de felicidades, dichas y glorias, sin que este amor de Dios disminuya ni deje de amarnos por los siglos sin fin.

¿Qué sentirá entonces el alma, cuando se vea tan amada para siempre, de Aquel que es la única cosa que es?

Y ¿quién nos podrá explicar o decir lo que el alma siente a la sola vista de Dios, cuando de sólo verle se queda el alma toda como anegada en aquellos piélagos inmensos, mares sin fondo, cielos que no tienen fin en lo inmenso y dilatado?

Porque todo esto encierra en sí aquella Esencia Divina.

Pues ¿quién habrá que nos pueda decir lo que es Dios, si lo que se siente al sólo verle, nadie lo puede decir, porque se queda el alma sin vivir en sí y vive sólo en Dios y endiosada? Y así, ¿qué nos podrá decir, si endiosada su vivir es absorta y enajenada y arrebatada por la hartura de todas las felicidades?

Pues ¿cómo va a poder decir lo que es Dios?

¿Quién hay que arrebatado pueda articular palabra, y aunque pudiera, cómo va a saber decir lo que está sobre todo entender?

Y si esto produce la vista de Dios, ¿qué será lo que sentirá el alma, cuando se dé Dios al alma en posesión, para que a Él goce y goce para siempre? Y si estos efectos causa en quien le ve, ¿qué gozará poseyéndole?

¿Qué será Dios en Sí mismo?

¡Oh grandeza suma! ¡Vida que siempre viviste y con tu propia vida! Porque Tú eres el que has dado a todos los seres la vida.

¡Oh, quién me diera poder tener ahora en esta presente vida un infinito gozo para gozarme con él de que seas quien eres!

¡Oh, y que los hombres nieguen tu existencia, siendo Tú la única cosa que es y vive con propia vida! ¡Oh mi todo en todas las cosas! Habla, y déjate sentir de un confín a otro confín de la tierra, y di a todas las criaturas que para nada nos necesitas; que si nos deseas, no es con otro fin que el de remediar nuestras necesidades, y sacarnos de nuestra poquedad y miseria, y darnos la dicha y felicidad que buscamos y no hallamos, ni la podemos hallar; porque no existe sino en Ti, que eres fuente y manantial de toda dicha y ventura. ¿Y cómo la van a buscar en Ti, si en Ti no creen; si niegan tu existencia?

¡Oh Santo y Divino Espíritu! Ven; descende a la tierra y hiere a todos como Tú sabes herir, para que así, heridos por Ti, no resistan más tiempo a tus llamamientos divinos y dejen esas niñerías en que están entretenidos, engaño satánico con que Satanás gana los corazones de los hombres; para que seducidos y engañados, pasen la vida distraídos con niñerías, y así los coja la

muerte y pierdan el fin para el cual fueron creados.

¡Santo y Divino Espíritu! No nos dejes en nuestros vanos entretenimientos.

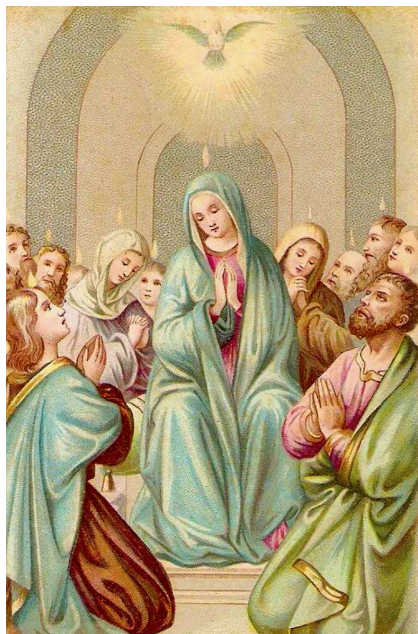
Fuérganos a ir a Ti con el poder que tienes como Dios que eres.

Haz que en todos se cumplan tus amorosos designios, y seas de todos alabado, ensalzado, glorificado, y nosotros gocemos de tus bondades divinas y todos en tu divina presencia endiosados por Ti vivamos por los siglos sin fin como Tú lo deseabas, aun antes de nosotros existir. Así sea.

Las tres virtudes teologales. Hemos de prometer este día al Espíritu Santo el guardar, conservar y trabajar cuanto nos sea posible, para que nadie nos pueda arrebatar estas virtudes Divinas.

Entre las criaturas ninguna sabe, como lo sabe Satanás, lo que valen estas virtudes.

Siempre anda como cazador, sin descanso en su busca, a ver si las puede cazar.



Cuando él se gloria mucho con la caza que coge, es cuando lo hace por las soledades, porque anda en acecho por la soledad.



Si hace presa, seguras tiene las tres. Pone como blanco la fe, y como a ésta hiera, seguras tiene las otras dos; porque las heridas en la fe son de muerte.

Si hiere con su flecha infernal a la esperanza o a la caridad, no se gloria tanto con su caza; porque estas heridas sanan pronto.

Pero si hiere en la fe, como esta herida es mortal, ¡cuánto se regocija en ello! Estas virtudes forman las tres como un solo árbol. La raíz y el tronco, es la fe; las ramas, son la esperanza; los frutos, la caridad.

Si cortan las ramas, con su corte queda el árbol sin ellas y sin fruto; pero el árbol no desaparece, porque como existe la raíz y el tronco, pronto echa otra vez las ramas y éstas vuelven a dar frutos.

Pero si lo que quitan del árbol es el tronco o la raíz, pierde las ramas y los frutos de ellas, el árbol desaparece; porque quitados el tronco y la raíz, las ramas y los frutos mueren.

¡Almas consagradas a Dios en las soledades del claustro, que tanto aprecio y estima hacéis de lo que llamáis visiones y revelaciones! Haced más aprecio y estima de un acto de fe, que de todas las visiones y revelaciones; creed

ciegamente las que Dios tiene reveladas a su Iglesia, y las que la Iglesia aprueba, y ninguna más.

Y con esto habremos dado un grandísimo consuelo al Espíritu Santo. Así sea.

Almas consagradas al servicio del Señor, os aprecio y estimo tanto porque sois la porción escogida de Jesucristo, Divino Redentor nuestro. Animaos a entrar en esta escuela divina, donde nos enseñan a vivir como hijos de tan Santo Padre, como esposas de tan dulce Dueño y cómo debemos obrar los discípulos de tan Santo e inolvidable Maestro. ¡Oh lo que esta Trinidad augusta nos tiene ya preparado para el día que vayamos a aquella casa paterna a la celebración de nuestras bodas, cuya fiesta ha de durar por los siglos sin fin! Recibid el cordial afecto que os tengo en el Padre que nos creó, en el Divino Verbo que nos redimió y en el Espíritu Santo, nuestro Santificador, a cuya Trinidad augusta sea dada toda alabanza, todo honor y toda gloria por los siglos sin fin. Así sea.

Los Premios de esta escuela de la devoción al Espíritu Santo, no son merecidos, sino dados por pura bondad de nuestro inolvidable Maestro, el Espíritu Santo. Son dados a las potencias de nuestra alma; mas todo nuestro ser siente la gran dicha que traen consigo estos premios, porque son recreo y placer al cuerpo, y para el alma un cielo anticipado.



Premios a la memoria. Traslados que la hacen ir, sin poner esta potencia trabajo alguno, a Belén, a Egipto, a Jerusalén, siguiendo a Jesucristo en su vida pública, al Tabor en la transfiguración, al huerto de los olivos, al pretorio, por las calles de Jerusalén, al Calvario, vista amorosa de nuestro adorable Redentor, etcétera, etcétera.

Premios al entendimiento. Conocimiento de la Divina Esencia y de sus Tres Divinas Personas; acomodado este conocimiento a la capacidad de la inteligencia humana. Conocimiento de la creación, del ángel y del hombre; de la rebelión, desobediencia y castigos; de la Encarnación del Divino Verbo, etcétera, etcétera.

Premios a la voluntad. Ósculos del más apasionado y fino de los amantes. Dardos de amor Divino; heridas en el alma; transformación del alma en Dios; delectación la más tierna y amorosa, a la manera que lo es un niño que estando en los brazos de su madre en el más dulce reposo, al mismo tiempo que reposa es alimentado con leche; así lo es aquí el alma, con sabiduría y ciencia y posesión que hace en el alma toda la Santísima Trinidad.

“Mil vidas si las tuviera daría por poseerte, y mil... y mil... más yo diera... por amarte si pudiera... con ese amor puro y fuerte con que Tú, siendo quien eres... nos amas continuamente.” Francisca Javiera del Valle.

Desde su origen, el espíritu del mal no ha perseguido más que un solo objetivo: usurpar el lugar del Todopoderoso y constituir aquí abajo un reino para resarcirse de la pérdida del reino del Cielo, del que lo excluyó su rebelión. Para conseguir su objetivo con mayor seguridad, tiene por costumbre el comportarse como ‘la mona de Dios’, de imitar todas sus obras, mostrándose de la misma forma que si fuera Dios, haciendo una

parodia de sus milagros y de sus obras. La Antigua Serpiente, en su continua ambición de elevarse hasta igualar a Dios, quiere reinar en las almas, quiere conseguir que los hombres se entreguen voluntariamente a su



dominio, y no solamente en las obras exteriores, sino que comparten también sus inicuos pensamientos de rebeldía contra su Creador y cierran obstinadamente las puertas a cualquier influjo de la Gracia. Hoy Satanás está reinando en el mundo, pues no sólo los gobiernos sino también los individuos se someten a él. La corrupción y los incentivos al pecado se propagan por los medios de comunicación, los colegios, etcétera. Dios jamás permite a Satanás el dominio directo de la voluntad humana, aun cuando habite en un alma por el pecado. Pero los apóstatas de hoy no se contentan con sólo tener a Satanás en las almas, sino que están inventando aparatos electrónicos para implantarlos en los cerebros a fin de que las mentes sean dirigidas directamente por lo que llaman 'inteligencia artificial', que sería capaz de comunicarles nuevas habilidades y conocimientos, y capacitarles para realizar cálculos complejos. Parece algo que equivale a la marca de la bestia. Cualquiera que se someta a recibir tales implantes y tecnología está prácticamente entregándose al demonio, pues así Satanás llegará a dominar totalmente la subvoluntad del cerebro accidental, y tendrá así más posibilidades de someter al alma al imperio del cuerpo para obrar el mal. Aquí se cumple que "los hijos de este siglo o amadores del mundo, en lo que atañe a sus negocios materiales, son

más sagaces e interesados que los hijos de la Luz o seguidores del Evangelio en lo que concierne al negocio de su salvación eterna," pues ponen tanto empeño en someterse al diablo. Pero, cuando vemos que el diablo intenta conseguir para sí lo que corresponde solo a Dios, nuestro deber es hacer lo diametralmente opuesto. Esto de la 'inteligencia artificial' es como una figura o representación de la manera en que debemos someter nuestro entendimiento y nuestras almas al imperio de Dios. El ideal del buen cristiano es entregarse al Espíritu Santo y ser guiado por Él en todo, tal como se expresa en esta oración: "Tomad, Señor, toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad. Todo mi haber y mi poseer, Vos me lo disteis, a Vos, Señor, lo torno; todo es vuestro; disponed de ello conforme a vuestra voluntad. Dadme vuestro amor y gracia, que ésta me basta, sin que os pida otra cosa. Amén." Para conseguir este ideal, necesitamos de la oración y de los Sacramentos, y tenemos que consagrarnos sinceramente al Espíritu Santo y apartar de nuestra mente todo lo que sea contrario a su acción. Sólo así podremos cumplir la Ley de Dios: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda el alma, y con todo el entendimiento, y con todas las fuerzas." Ahora que vivimos con la esperanza de un inminente nuevo Pentecostés, es preciso que los apóstoles marianos de los últimos tiempos estén apercibidos, pues el Espíritu Santo vendrá sobre nosotros sólo si María reina en nuestros corazones. Adelante pues, cada día haciendo mayores esfuerzos para amarla más, para extender su devoción, para unirnos más íntimamente a María, que es nuestra Reina, nuestra Madre, el único camino para llegar al Cielo. Todo con María, por María, en María y para María. Un día no lejano, su Inmaculado y Dolorido Corazón triunfará.

La Santa Biblia Palmariana, al hablar de la Santísima Trinidad, dice: "El Antiguo Testamento fue la era del Padre; el Nuevo Testamento, es la del Hijo; y el Reino Mesiánico, será la era del Espíritu Santo, la era del amor. En cada era, la economía de la Gracia es perfecta para su tiempo. El Reino Mesiánico vendrá en virtud de los méritos de Cristo y María ganados en el Calvario, y será la confirmación del triunfo total y absoluto de la Obra de la Reparación y Redención; pues, si bien Cristo triunfó plenamente al morir en la Cruz, sin embargo, la manifestación absoluta y total de ese triunfo, tendrá lugar con la implantación del Reino Mesiánico en su Gloriosa Segunda Venida; ya que, a partir de este momento, Satanás ya no podrá jamás tentar a los hombres, pues no tendrá poder alguno sobre ellos. He aquí que el Reino Mesiánico será de paz y felicidad absolutas. Los hombres que, como viadores, pasen a vivir al Reino Mesiánico, serán confirmados en Gracia conforme al estado de justicia original; y los que nazcan en el Reino Mesiánico, serán concebidos en estado de justicia original. Tanto unos como otros, gozarán ya del estado esencialmente glorioso y vivirán en la santidad, conforme a la singularísima economía de la Gracia que corresponde a esa Era. Por tanto, con el Reino Mesiánico, Dios jamás probará ya a los hombres; mas estos podrán obtener mayores grados de méritos según la medida de su amor."

En un sermón, San Gregorio XVII habla de esta era del Espíritu Santo: "En el tercer milenio, acontecerá el Retorno de Cristo para implantar su Reino Mesiánico de paz en la tierra; en el tercer milenio, comenzará la era del Espíritu Santo... se realizará el Retorno con gran majestad y gloria de Cristo, para juzgar a vivos y muertos

e implantar su Reino Mesiánico de paz en la tierra; o sea, vamos a prepararnos para la Era del Espíritu Santo, porque, dentro del tercer milenio, acontecerá la Era del Espíritu Santo, porque el Reino Mesiánico de paz, que Cristo va a implantar en la tierra en dicho tercer milenio, es la era del Espíritu Santo, la era del Amor, la era de la Gracia, la era del reino de Cristo sobre Satanás: Reino definitivo, pues, hasta ahora el reino de Cristo sobre Satanás es parcial, no por causa de Cristo, sino por causa de nosotros, que todavía estamos imperfectos, todavía estamos con tendencia al mal, debido a este cuerpo que llevamos, este cuerpo propio de la naturaleza caída, máxime si este cuerpo de naturaleza caída ha de vivir en medio de un mundo corrompido y, si esto fuera poco, este cuerpo tiene que soportar las embestidas de Satanás y sus huestes...



No basta el pensar que el Espíritu Santo vive en el alma de cada uno de nosotros cuando se está en gracia; hay que aspirar a más, hay que aspirar a recibir con gran atención las divinas inspiraciones de ese Paráclito, que vive en cada uno de nosotros en estado de gracia; y ese Divino Paráclito, que habita en el alma del que está en gracia, está continuamente transformando el alma; mas, cuántas y cuántas veces, el alma no se deja transformar por el Divino Paráclito. Por eso, viene la caída, porque desaprovechamos las múltiples gracias que derrama el Divino Paráclito en el alma del que está en gracia. Si queremos permanecer en gracia hasta la muerte, hemos de estar todos muy atentos a las gracias que derrama el Espíritu Santo, que habita en el alma de cada uno cuando está en gracia. Incesantemente, el Espíritu Santo está modelando el alma; mas, ¡cuántas y cuántas veces cometemos la terrible ingratitud para con el Espíritu

Santo, echándole de nuestra alma!, pues, cada vez que se peca mortalmente, se expulsa al Espíritu Santo del alma, por cuanto que la Gota de la Sangre Purísima de María desaparece y, con dicha Gota, desaparecen todas las concomitancias y uniones. ¡Oh!, ceguera la del alma, que no sabe beneficiarse de las gracias abundantísimas que el Espíritu Santo derrama en ella. ¡Oh terrible ceguera!, la del alma que es ingrata a su Divino Habitador, el Espíritu Santo. No basta que no pequemos mortalmente, no basta eso; evitemos también los pecados veniales, evitemos también las pequeñas imperfecciones, evitemos también los pequeños defectos, porque si no, el alma poco a poco se va habituando a vivir con menos gracias, de manera que se hará más fácil la expulsión del Espíritu Santo, porque Satanás intentará continuamente que el alma del ser humano quede desposeída del Espíritu Santo, porque la presencia del Espíritu Santo en el alma es un obstáculo terrible para Satanás; máxime, que el Espíritu Santo expulsó del alma a Satanás, por medio de la recepción del Santo Bautismo, porque somos concebidos con la habitabilidad de Satanás en el alma, como bien sabéis, mas, por medio del Santo Sacramento del Bautismo, al recibir las aguas bautismales y, con ellas, la Gota de Sangre de María, recibimos al Espíritu Santo, de tal manera que el Espíritu Santo sopla en el alma del nuevo bautizado, expulsando a Satanás. Es algo impetuoso la entrada del Espíritu Santo en el alma del que es bautizado: Entra con un ímpetu, un ímpetu desbordante; y el Espíritu Santo no quiere tener parte alguna con Satanás, de manera que el Espíritu Santo entra en el alma para reinar; mas, el Espíritu Santo necesita de la colaboración del alma, para que no venga Satanás y le expulse y entre otra vez ese Maligno. Necesariamente, el Espíritu Santo necesita de la colaboración del alma.



Por eso, no basta que vivamos en estado de gracia, no basta que vivamos con el Espíritu Santo habitando en el alma de cada uno de nosotros. Hay que anhelar el ser perfectos, naturalmente, en la medida de lo posible. Y si, por desgracia, nuevamente caemos, levantémonos rapidísimamente de la caída. Cristo con los brazos abiertos, y María con sus brazos abiertos también, están levantando al que ha caído en pecado mortal, para que se arrepienta y vaya al confesionario a confesar su pecado mortal. Cristo y María, con vehemencia, esperan que se levante el que ha caído en pecado mortal; no solamente esperan con vehemencia que se levante el que ha caído, sino que le ayudan a levantarse. Cristo y María quieren habitar también en el alma de ese que ha pecado y, por tanto, desean ardientemente que salga de ahí Satanás, para entrar Ellos y, de esa manera, el Espíritu Santo tome posesión del alma. ¡Oh! ¡Bendita sea el alma del ser humano, que no se deja arrebatar la presencia del

Espíritu Santo! ¡Bendita sea el alma del ser humano, que lucha hasta la muerte contra Satanás, para no perder la habitabilidad del Espíritu Santo! ¡Oh amadísimos hijos entrañables de Nuestra alma sacerdotal!... es necesario que el alma vea con plena claridad la abismal diferencia de tener al Espíritu Santo o de no tener al Espíritu Santo, y, por tanto, de tener a Satanás. ¡Bendita sea el alma de cada ser humano, que se convierte en una ciudad amurallada, en una ciudad fortificada, en una ciudad toda ella vigilante, para que el Espíritu Santo no salga de ella! ¡Bendita sea el alma que se convierte en una ciudad santa, a imitación de la Inmaculada Virgen María, la

Ciudad Santa, la Ciudad Celestial, la Ciudad Santa de Dios, la Mística Ciudad de Dios, María! ¡Bendita sea el alma que se convierte de verdad en una mística ciudad de Dios, no pasajeramente, no transitoriamente, sino permanentemente! He aquí dónde estriba la gran luz contra la ceguera del alma, porque el alma, que pierde la habitabilidad del Espíritu Santo, está ciega; y no hay peor ceguera que la del alma. ¡Bendito aquel que no tiene ojos corporales!, porque así puede tener los ojos espirituales, los ojos del alma, más dispuestos para recibir las gracias. ¡Bendito sea aquel que carece de ojos, que carece de vista!, porque, de esta manera, el mundo que rodea no le entorpecerá para que el alma vea con toda claridad a su Divino Huésped, el Espíritu Santo.”



Ahora que el mundo está consagrado al Espíritu Santo, tenéis nuevas obligaciones, pues vuestra vida y vuestro ser entero están consagrados al Espíritu Santo, que es el Alma de nuestras almas, y tenéis que dedicaros a Él con especial esmero y atención, ocuparos en Él. Si queréis llegar a ser del número de los apóstoles marianos que quedarán confirmados en Gracia con la nueva venida apoteósica del Espíritu Santo, es preciso que hagáis lo que es de vuestra parte. Nuestro Señor Jesucristo advierte en el Santo Evangelio que “quien es fiel en lo poco, también lo es en lo mucho; y quien es infiel en lo poco, también es infiel en lo mucho;” por lo que podemos deducir que, antes de daros aquellos dones tan extraordinarios, va a poner a prueba vuestra fidelidad en seguir al Espíritu Santo según vuestras capacidades, y si “no habéis sido fieles, ¿quién os fiará las riquezas verdaderas, que son las de la Gracia?” Así se cumple que “a todo aquel que tiene, se le dará más, y con abundancia; pero, al que no tiene, aun lo que parece que tiene, se le quitará.” Entregaos pues a la Purísima Esposa de Dios Espíritu Santo para que Ella os lleve por el camino de la humilde y amorosa sumisión a las inspiraciones del Divino Espíritu en todos vuestros pensamientos, palabras y obras, para que así se cumpla de verdad el deseo de Nuestro Señor: que la Iglesia de los Últimos Tiempos esté completamente consagrada al Espíritu Santo.

Dado en El Palmar de Troya, Sede Apostólica, día 26, Fiesta de Santa Ana y de San Joaquín, Padres de la Santísima Virgen María, julio de MMXXII, Año de Nuestro Señor Jesucristo y séptimo de Nuestro Pontificado.

Con Nuestra Bendición Apostólica
Petrus III, P.P.
Póntifex Máximus



Petrus III P.P.